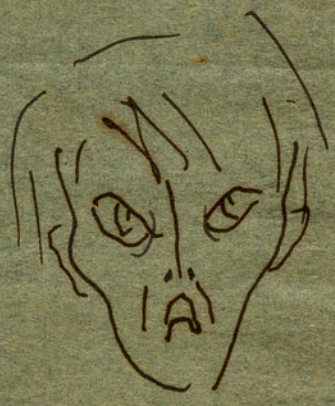
Cap-004(1)

{ sis Lapdevila

Tierra sin Primavera



1954

Cap. 004 (2)

Dramatis Personae

La abuela
El nieto
Pedro
El general Palmiro.
Las comadres.
Los niños.
Casiano el loco.
El banquero.
El conde de Tal
El marqués de Cual.
El general.
Otro banquero.
Una ricachona.
Otra ricachona.
Una ricachona retrato.
Una pranuja miserable.
La condesa de Tal.
La ricachona.
La mujer del banquero.
Y otros - pente o pentuzo - que irán apareciendo cuando el autor lo parezca bien.

I

En una casuca aldeana, en el llano y al pie de los montes. Una casuca triste y fría: fría de falta de risas y de paz, de desamparo y desolación.

Al fondo el portón que se abre al camino, —camino de irás y no volverás, de la guerra y de la muerte— y sus ventanas. A la derecha el hogar, de ancha campana, en el que arde un fuego mísero.

A la izquierda una puerta, dos o tres sillas, [illegible] la boca negra de una puerta: la de la alcoba que conduce al [illegible], habitado antaño por los que se fueron y no volverán, abandonado a los ratones y a la lechuza.

Las paredes, blancas de cal. El techo, cruzado por enormes vigas negras.

[illegible]

Una alacena. Un harnero. Una hoz.

En un rincón, el camastro donde duermen la abuela y el nieto.

— La noche. Noche de invierno, con nieve y dolor en el monte. Noche helada y helada.

Acurrucados junto al hogar, la abuela y el nieto.

Un gran silencio.

Cap-004(4)

El nieto: Tengo miedo.

La abuela: [illegible] También yo. ¿Pero eso qué importa? El miedo es hoy dueño y señor del mundo. Vino cuando murió la esperanza. Algo íbamos a tener [illegible], los míseros, los débiles. Fué lo único que nos dejaron los poderosos: el miedo y nuestro miedo es su fuerza. [illegible] acostúmbrate a él, haz de él tu compañero, el compañero de tu infancia triste. No le rechaces, no le ahuyentes. Un día, cuando llegues a mozo [illegible] y lo recuerdes, te hará fuerte. El miedo engendra el odio.

El nieto: No entiendo tus palabras. No sé lo que me hablas. Pero lo que me hablas me da un miedo más grande.

La abuela: Mejor que mejor. De tu miedo de hoy nacerá mañana tu coraje. Puede que yo no lo sea porque [illegible] ya soy muy vieja, tú muy niño y el mañana de que te hablo es tu mañana de hombre. ¡No olvides tu miedo de niño cuando seas hombre, rapaz! ¡Sé, cuando llegues a hombre, fuerte, implacable, inmisericorde como han sido con nosotros! ¡No olvides ni perdones la noche triste de tu niñez!

El nieto: ¡Esto está tan oscuro!

La abuela: ¿Oscuro? ¿Con el fuego?

El nieto: Ya no da llama.

La abuela: ¿Y la luna? ¿Lo que no tenemos hoy la noche toda blanca de luna?

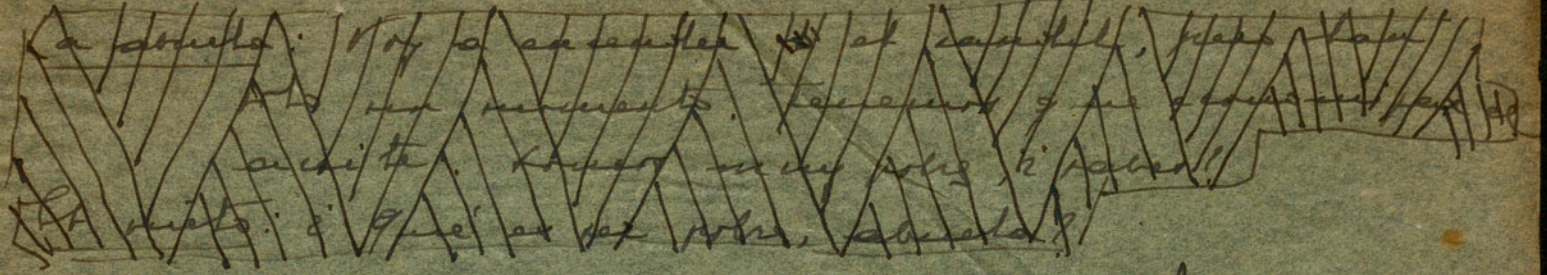
El nieto: Será en el campo y en el monte, pe-

Cop.004(5)

ro lo que es en casa... Diríase que tiene miedo a entrar.

~~La abuela: Voy a encender el candil, pero tan solo un momento. Tenemos que economizar de aceite. Somos muy pobres, ¿sabes?~~

~~El nieto: ¿Qué es ser pobre, abuela?~~



La abuela: Mírala como se pasea por los campos del cielo

El nieto: Su luz, abuela, hace más fríos los campos de la tierra.

La abuela: Diríase un farol de noche de fiesta, de noche con baile y canción.

El nieto: Ya no hay fiesta, abuela; ya nadie canta y se ríe como antes.

La abuela: Ellos sí se ríen. De nuestras lágrimas nace su risa; de nuestro dolor, su alegría.

El nieto: ¿Ellos? ¿Quiénes son ellos?

La abuela: Los que tienen dinero, los que tienen pan, los que tienen una casa con fuego y con luz.

El nieto: ¿Los amos?

La abuela: Esos, sí; los amos: el alcalde, el cura y el sargento, los otros, que les bailan el agua.

El nieto: ¿Y comen todos los días, abuela?

La abuela: Todos los días.

El nieto: ¿Y no pasan frío como nosotros?

La abuela: No pasan frío.

El nieto: ¿Ni tienen miedo?

La abuela: Les protege Dios.

El nieto: ¿Por qué no nos protege también a nosotros?

Gp-001(6)

La abuela: Porque nosotros somos los malos y ellos los buenos.

El nieto: No tener dinero ni fuego en el lar, ni pan en la alacena ... ¿eso es ser malo?

La abuela: Así parece.

El nieto: Dicen ellos, el cura, el alcalde, el sargento, que mataron a todos los malos. Y diciéndolo se ríen mucho. ¿Matar es una cosa muy alegre?

— La abuela, ensimismada, entristecida, calla.

La mano helada del viento golpea en la puerta, ulula en la chimenea.

¿Han llamado?

La abuela: Es el viento.

El nieto: Tengo miedo.

La abuela: Voy a encender el candil, pero tan sólo un momento. Tenemos que economizar el aceite. Somos muy pobres, ¿sabes?

El nieto: Dime, abuela: ¿por qué se es pobre?

La abuela: En otras tierras, no sé. En la nuestra, porque no supimos matar. Son muchos, un legión, los que se han enriquecido robando a los pobres ... y matándolos después.

Ya ves tú: robarle a un pobre. Parece cosa de broma. Broma siniestra.

— La abuela enciende el candil, que cuelga en el revellín de la chimenea.

Cap. 004(?)

El nieto, de pronto: ¿Y madre? ¿También era mala?

La abuela, extrañada: ¿Tu madre? ¡Una santa!

El nieto: ¿Pues entonces porque la mataron?

La abuela, comprendiendo: ¡Ah, sí! Mala, muy mala. Tanto como nosotros.

El nieto: ¿Tanto como tú?

La abuela: Pues, claro.

El nieto: ¿Y me quería como tú me quieres?

La abuela: Más. Muchísimo más.

— El niño se levanta, se acerca a la vieja y, ciñéndole los brazos al cuello, la besa.

La luz mortecina, lívida del candil arroja contra la pared, aplastándolas, las sombras disformes de la vieja y el niño. El viento, ciego, enloquecido corre aullando los caminos blancos de nieve.

El nieto, atemorizado: Andan en la puerta, abuela. Quieren entrar.

La abuela: Es el viento.

El nieto: ¿No serán los fantasmas?

La abuela: Puede.

— El niño, empavorecido, se busca cobijo en el regazo de la vieja —

Hace ya mucho tiempo que ésta es tierra de fantasmas.

El nieto, con un hilo de voz: Tengo miedo, abuela.

La abuela: Mejor que mejor. El miedo guarda la

viña.

El niño, con extrañeza: ¿La viña?

La abuela: La del corazón, que da racimos de odio. Cultívala con amor, cuidado, para que a su tiempo sea óptima la cosecha. Conserva tu miedo, no lo eches a perder. Tu miedo de niño será mañana tu fuerza de hombre. Ellos, los sandios, creen que con el miedo nos aniquilan, nos aplastan para siempre. Se equivocan. Ho piensan en el mañana. Ho piensan que la noche acabará y llegará el alba. Esperándola, me tienes a mí. Vieja soy, pero hasta que no amanezca no te abandonaré.

El niño: ¿Y padre? ¿Porque no viene? A su lado no tendría miedo.

La abuela, con un hondo suspiro. Lo mataron también, de fijo. Y si vive es mejor que no venga. Lo matarían ante mis ojos.

El niño: ¿También padre era malo?

La abuela: También. Como tu madre. Como yo.

— Con un odio inmenso —

¡Lobos!

El niño: ¿Nosotros?

La abuela: Ho: ellos.

El niño: ¿Los buenos?

La abuela: Los buenos, sí. Lobos, los buenos.

— En voz baja —

Pero con los lobos se acaba también. ¿Sabes cómo? ¡Con los cepos que les arma el miedo, padre del odio!

— Una pausa. Silencio que hacen más denso los apagados ruiditos de la noche aldeana: una carcoma en las vigas, el aullido del viento en los árboles desnudos, los copos de nieve repicando tenuemen-

te en los cristales. Cap. 001(9) 9

El nieto: abuela: tengo hambre.

La abuela: Has cenado ya.

El nieto: Una escudilla de sopas. Poca cosa. Tengo hambre.

La abuela: También yo, pero no queda en casa el más mísero cuscurro de pan.

El nieto: ¿Pues y mañana? ¿Como haremos mañana?

La abuela: Mañana, Dios dirá... No: Dios no dirá nada. Dios está ciego y sordo y no nos ve ni nos oye a los pobres. Se ha pasado a los ricos, y les bendice la tripa podrida y el corazón podrido.

El nieto: Tengo hambre, abuela.

La abuela: Como yo. Hambre, miedo y frío como yo. Buenos compañeros en nuestra noche triste. Hambre, miedo, frío casi siempre suelen andar juntos. Acuéstate. Durmiendo se irán el hambre, el miedo y el frío. Pero, no temas; no irán muy lejos. Se acurrucarán como lebreles en el quicio de la puerta. Guardarán la casa, la casa del odio, contra los lobos.

El nieto: ¿Los lobos? ¿Tú crées, abuela, que bajarán al llano?

La abuela: No, porque estan ya en él.

— En voz muy baja, agarrotada por el miedo y el rencor:

Lobos de sotana y pistolón,
de zarpa torpe y homicida.
Puñado de fiemo el corazon
y en la boca podrida
el escarnio y la condenación

El nieto: ¿Rejas, abuela?

Cap-004 (10)

La abuela: Como todas las noches. Mi oración de todas las noches. Anda, acuéstate. Es ya muy tarde y te estás cayendo de sueño.

—Lo desnuda. Lo acuesta.

El niño se arrodilla en el camastro y juntando las manos, implora:

El nieto: Padre nuestro, que estás en los cielos...

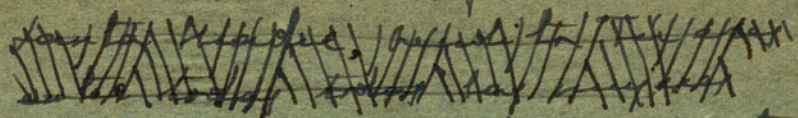
La abuela: No; esa oración, no.

El nieto: Tú me la enseñaste.

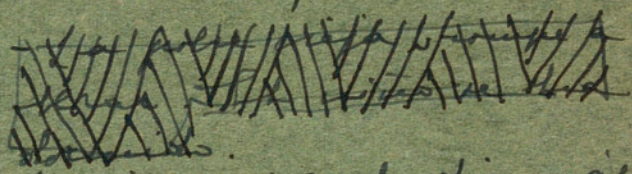
La abuela: Eran otros tiempos, es una oración para otros tiempos. Tu padre no está en los cielos. No sabemos dónde está, pero seguro que no está en los cielos. Tu padre era un hombre, todo un hombre, que te besaba y te cantaba con la boca llena de risas y los ojos encandilados. Dejémosle tranquilo a Dios, que ya no está en el cielo azul, sino en la iglesia negra. Tu madre sí está en el cielo. Y es a ella a quién debes rezar. Todas las noches, todos los días, en todas las horas de tu vida. Olvida las oraciones que te enseñé cuando vivíamos felices, olvida las oraciones que rezan los lobos y reza conmigo la oración de los tiempos aciagos:

Madre mía que tanto sufriste
santa madre que, muerta, no puedes morir,
madrecita buena que me diste
tu sangre, tu voz y tu risa,
siempre, a todas horas, me acuerdo de ti.
Madre mía que un día te fuiste,
desde entonces ya no hay amanecer.
santa madre, vivimos muy tristes
porque nos dejaste y no has de volver.
¿andarás buscándonos, madrecita?
¿o te habrás perdido, nos habrás perdido?

Dime: ¿es que las madres se pueden perder?
¿O estarás con ellas y no te sabemos ver?



madre que se llevó la muerte
al castillo de frío y no volverás,
Santa Madre bendita tú eres,
bendita entre todas las mujeres...



Yo te pierdo mucho, ¡cada día más.
No creas que has muerto: las madres
no mueren jamás.

— El niño se ha dormido.
La vieja le arropa y lanza
un hondo suspiro de pena
infinita. Yo el arrapiezo, dormido, no puede verla y ella
puede dejar de fingir y abandonarse al dolor.
Una pausa larga, densa.
El viento en el camino. Y en
la puerta, llamando apresuradamente, una mano.
La anciana se sobresalta, se
acerca temblando a la puerta,
pregunta:

¿Quién es?

Pedro: Pedro, abre, madre. Pronto.

— La anciana va a lanzar
un grito de alegría delirante,
pero, amedrentada, se tapa la
boca con la mano, ahogando

Cap. 004 (12)

el grito. Temblando de júbilo y de miedo abre la puerta con mano torpe. Se cuela de rondón Pedro, que cierra tras él y acoge en sus brazos a la viejuca, besándola en los ojos ~~[illegible]~~ llenos de lágrimas, en la frente pálida, en los cabellos blancos.

Pedro es un mozancón alto y membrudo. Montera, botas, capote de monte. Bajo el capote, el fusil.

La abuela, casi sin habla: Te creía muerto. Muerto en la guerra.

Pedro: ~~[illegible]~~ Pues, ya ves: ~~[illegible]~~ vivo.

La abuela: ¡Tardaste tanto! ¡Murieron tantos!

Pedro: Pude escapar a la muerte. Me fui con los del monte, ~~[illegible]~~ un puñado de valientes. Cada día somos más numerosos. ~~[illegible]~~ No podrán con nosotros. ~~[illegible]~~ ¿La guerra? No ha terminado.

~~[illegible]~~

– Apaga el candil de un soplo –

La luz, a estas horas, podría delatarnos.

La abuela: ¿Nadie te ha visto en el pueblo?

Pedro: Nadie, no temas. Además, me guardan las espaldas unos compañeros.

La abuela: Pero podrán seguir tus huellas, marcadas en la nieve.

Pedro: Ni eso: sigue nevando y la nieve las borrará.

– Se pronto –

¿Y Paloma?

– La abuela vuelve el rostro y rompe a llorar. Pedro comprende y con el rostro contraído por un dolor atroz

Cap-004 (13)

pregunta:

¿Muerta?

La abuela: Cerca de la frontera, cuando huíamos. La mató una bomba. La enterramos al borde del camino, abriendo una hoya muy grande por si otra bomba acababa con nosotros. No quisimos seguir adelante. No quisimos abandonarla. Regresamos al pueblo. La guerra había terminado... (así por lo menos lo creían entonces...) y a nuestro regreso todo eran músicas y risas jubilosas en los vencedores. ¡Nunca vi cosa más triste y siniestra que aquella alegría!

Pedro, besándola otra vez, abrazándose a ella como si, a pesar de su hombría, buscase en ella apoyo: ¡Pobre vieja! ¡Pobre y santa viejita mía!... ¿Y padre? ¿Durmiendo?

La abuela: Para no despertar. Lo mataron también ante mis ojos.

Pedro: ¡Cobardes asesinos de mujeres y ancianos!

La abuela: Más cobardes, mucho más cobardes de lo que imaginas. El pobrín no se metía con nadie y no había nada contra él. Pero era tu padre, ¿comprendes? y ya que no podían cazarte a ti había que cazarle a él; había que provocarle, enfurecerle, ponerle fuera de tino, acabar con su paciencia de santo. ¿Sabes como lo consiguieron? Llegaron un día seis o siete, capitaneados por el sargento y el hijo del alcalde, cogieron al perro, "Turco"... ¿te acuerdas de "Turco", tan manso, tan leal?... lo ataron al pecal del huerto y empezaron a darle de palos, riéndose. El pobre can aullaba que daba pena y estaba lleno de sangre.

No pude contenerle al viejo. Salió, desesperado, amonestándoles por su crueldad. ~~[illegible]~~ — Tapándose los ojos — Lo mataron a palos. Lo dejaron tendido, ~~[illegible]~~ en el suelo, con la cabeza hendida, muerto. El perro, que aún vivía, se arrastró hasta él para morir a su lado. Y yo quise morir también, pero no podía: tenía que vivir para tu hijo.

Pedro: ¡Cobardes! ¡Cobardes! ¿De qué fiemos y de qué pus os hijo Dios? ¿Qué pútridas entrañas os parieron?

— Con trágico arranque, cogiendo a la viejecita por los hombros y acercando mucho su rostro fuerte al de ella, marchito —

¡Pero, pagarán! ¡Pagarán, madre! ¡Te lo juro! Vive, madre. Acuérdate: vivir para ver. ¡Vive y espera!

— La abuela ~~[illegible]~~ le coge silenciosamente de la mano y le conduce junto a la cama donde duerme el niño.

La abuela: ~~[illegible]~~ Esperaremos los dos. Te esperaremos los dos.

— Pedro se inclina y le ~~[illegible]~~ besa a su hijo.

El nieto, despertando: Tengo miedo, abuela.

Pedro: ¡Hijo mío!

El nieto, ~~[illegible]~~ incorporándose en el camastro: ¡Por fin has vuelto, padre!

~~[illegible]~~

— La abuela, presa de páni-

Cap-004(15)

co, con fuerzas nacidas del pánico, le aparta a Pedro del camastro, y le dice al pequeño:

La abuela: ¿Que tonterías son esas? ¿Padre? ¡Quien sabe por dónde andará tu padre! ¡Quien sabe si vive todavía!

El nieto: ¡Me ha besado, abuela! ¡Le he visto!

La abuela: ¿A oscuras? ¡Vamos! ¡Vamos! Estarías soñando. Has soñado que veías a tu padre, comprendes? Lo has soñado. Dime que lo has soñado.

El nieto: Sí, abuela.

La abuela: Y a dormir de nuevo, que la noche es larga, muy larga. A dormir... a dormir...

El nieto: Sí, abuela. Y a soñar.

Pedro, ~~[illegible]~~ acurrucado en el suelo, a los pies del camastro, en voz muy baja: Y a esperar.

— La abuela se sienta en el suelo, junto a Pedro. Una larga pausa q en la que a poco, nace la pausada respiración del niño, ya dormido.

La abuela, con la voz hecha susurro: ¡Loco! ¿No comprendes que si sabe que has vuelto puede contarlo en el pueblo? Pero no te ha visto, yo le haré creer que no te ha visto, yo le haré creer que ha soñado... Y ahora vete. ¡Vete por lo que más quieras! Vete y guárdate mucho. —

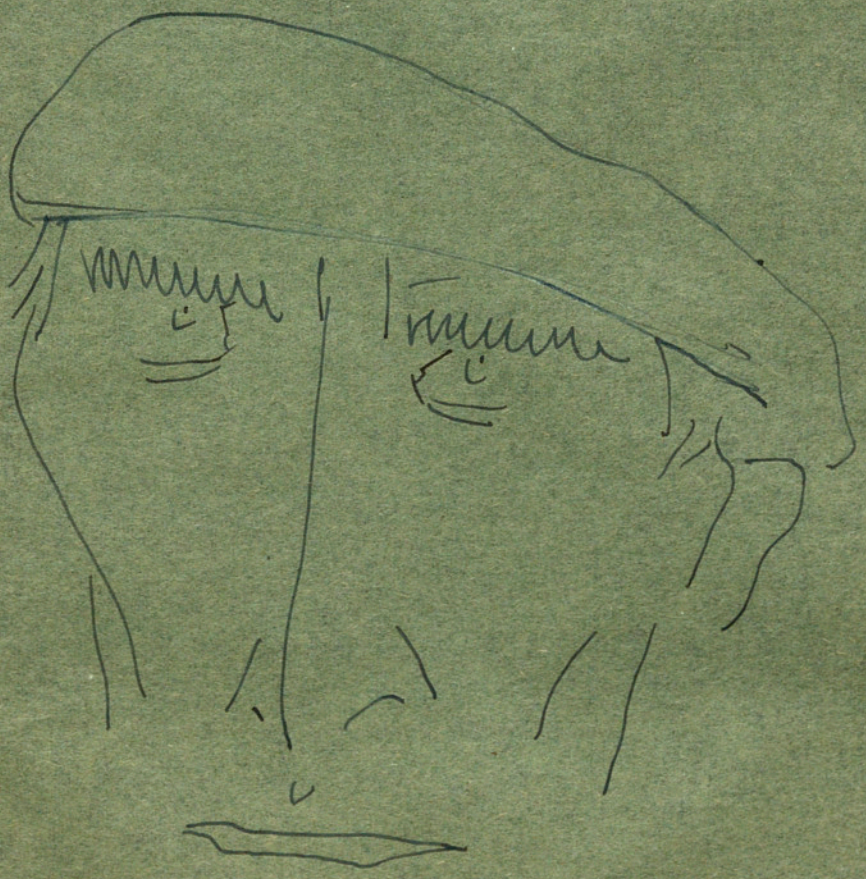
Pedro: Sí, madre. Me guardaré, no temas: por él y por ti... Sabréis de mí... Volveré...

La abuela: Cuando asome el alba y puedas afrontarla a rostro descubierto

Pedro: Cuando asome el alba, sí. Cap. 304 (16) 16

– La sesa. Y a rastras, madre e hijo se acercan a la puerta y la entreabren quedamente. Pedro sale. La abuela cierra y, poniéndose en pie se acerca a la ventana, limpia con mano trémula el vaho del cristal y mira anhelosamente al exterior.

La nieve, aborrascada, borra los caminos. Lejanos ladridos de perros. En lo alto de la casa, el chiot siniestro de la lechuza.



Cap. 004(17)

II

Un salón en el palacio real. No hay rey, pero hay palacio. No hay rey, pero hay amo. Lujo pesado, barroco, — sin la exuberante y desbordante alegría del barroco — ceremonioso y oficial. Grandes cortinones de velludo morado decorados con el blasón nacional: columnas, cuernos de la abundancia, corona, águila rapaz.

Una lámpara de cristales pende, como una araña enorme, del techo.

Un sillón que tiene el empaque de un sillón del trono: terciopelo morado, brazos y respaldo áureos. Sillón de teatro. Sillón para morir en el último acto del melodrama.

Un espejo de cuerpo entero.

— Entra un criado — uniforme de opereta, de opereta para nuevos ricos(1) — que dá vuelta al conmutador eléctrico. La lámpara se ilumina, centelleante.

En el umbral de la puerta han aparecido dos guardias etíopes, vestidos con riqueza y mal gusto. Dos comparsas de Las mil noches y una noche vistos por los modistos de Hollywood.

Los dos etíopes penetran en la estancia, miran debajo del sillón, detrás del espejo, levantan los pesados cortinones por si hay alguien que se esconda tras ellos.

(1) opereta, meldrama. Teatro. Teatro vil y depravado.

Cap-004(18)

El criado: No hay nadie. ¡Loado sea Dios, que protege la vida de su Excelencia!

— Sale, gritando:

¡Su Excelencia puede venir! ¡No hay peligro alguno para su Excelencia en el salón de las meditaciones!

— Los dos etíopes, en posición de firmes, se sitúan uno a cada lado de la puerta.

Música: una marcha que quiere ser solemne. ~~[illegible]~~ muchos clarines y tambores. Música ratonera. Solemnidad de pega.

Y entra, con aire grave, altanero, de figurón, El general Palmiro. Apenas ha pasado el umbral, la puerta se cierra. Cesa la musiquilla.

El general Palmiro, al verse solo, mira con escama a su entorno. Escudriña, a su vez, debajo del sillón, detrás del espejo y de los cortinones. No se siente seguro — a pesar de los guardias etíopes — no se fía ni de su som-

Cáp-004(19)

bra.

Se sienta en el sillón.

El general Palmiro no tiene, físicamente, nada de heroico. Diríase, por lo que de torpe y plebeyo hay en él, un sargento con disfraz de general. Bajito, barrigudo, patizambo, calvo o poco menos, nariz semítica y, bajo la nariz, una sombra de musgo: el bigotillo ralo. Ojos hurvidos, gachones, de vieja comediante de melodrama. que se acuesta con los tramoistas. Mirada turbia y cruel, de iluminado, de esquizofrénico. Voz aflautada de marica.

Viste un uniforme blanco, recamado de oro y con el pecho cuajado de condecoraciones. Fajín color violeta con enormes borlas doradas.

Se contempla con disgusto en la gran luna del espejo.

El general Palmiro, hablándole a su imagen: ¿Qué? ¿Me miras? No me gusta que me mires. Eres el único que se atreve a mirarme frente a frente, cara a cara. Me parece una insolencia, un desacato a mi autoridad omnímoda. A los amos no se les mira así. A los amos se les mira con miedo y tú

Cap-004(20)

no me tienes miedo. Ya sé, sí: tú eres yo, el amor. ¡Pero qué pobre hombre desgraciado y protervo hace de mí! ¿Lo que los otros me ven cómo tú, y por miedo mienten, me adulan? Tú eres la verdad, pero a mí la verdad, ¿saber? no me hace gracia. Cada uno tiene su verdad, su verdad para uso personal, que ha creado de un amasijo de mentiras. Yo tengo también la mía, la única, por lo tanto, respetable; la única en la que hay que creer. Mi verdad de amor, de vida, de hombre existencial. La verdad de los otros no me interesa, no cuenta. Y tú eres la verdad de los otros. Por eso me veo en ti tal cual soy - tripudo, pernicorto, ridículo -, y no como quisiera ser, como tienen que ser los amos: alto, gallardo, apuesto. No me gusto en ti. No me gusta tu insolencia, tu cinismo, tu verdad. A los amos se les miente siempre. Lo obligatorio, profesional. ¿Qué haríamos los que nacimos para mandar sin la mentira de los que nacieron para obedecer? La verdad resulta siempre desagradable y amarga. La verdad es siempre subversiva, insurrecta y demagógica. Habrá que suprimir la verdad en mi reino de la mentira. Pero para ello será preciso suprimir los espejos, con los que la comedia es imposible.

— El general Palmiro, medita buscándole solución al problema. Su pobre cabeza no acierta

con ello -

I si suprimo los espejos, se amotinarán las mujeres.

- al espejo -

Las mujeres os aman no porque sois la verdad sino porque, con vuestra complicidad, crean la mentira.

- Repunto -

¡Ya está! Desde hoy queda prohibido a los hombres mirarse en el espejo.

- Furioso, con furia de histérico, de monigote histérico -

No quiero verte más. No quiero que me veas. Tu no sabes retocar, como los fotógrafos. Tu no sabes mentir.

Sale cerrando de un portazo. -

III

Prima hora de una tarde de invierno. Cielo limpio, azul. El muro blanco de la casa está poniéndose rubio con el sol, alegría y consuelo de niños y ancianos.

La abuela, con otras dos comadres, (– vestidas de negro las tres, tocadas con negro pañuelo –) sentadas en el quicio de la puerta en arco, remienda unos harapos. El nieto juega con otros tres arrapiejos.

– Tirando con desden un puñado de pedregüelas, dice

Uno de los niños: Este juego es muy aburrido.

Una comadre: Claro: es juego de niños pobre.

Otro de los niños: Vamos a jugar a los soldados.

La abuela: Ho, que es juego de criminales.

El niño, extrañado: ¿De criminales?

La abuela, arrepentida de sus palabras: Bueno, yo me entiendo.

Una comadre, con miedo: Ho vayas a repetirlo por ahí. Te meterían en la carcel y te darían muchos azotes. Conque, cósete la boca ... que a boca cerrada no entran moscas.

Otra comadre, riendo con desgarro: ¡Pero si ya no las hay!

Una comadre: Porque estamos en invierno, tonta.

Otra comadre: Tampoco las hay en verano. Huye con todas des.

de que empezó a escasear la comida.

La abuela: Pues en las casas de los amos se come abundantemente.

Otra comadre: Sí, pero los amos son tan malos que ni las moscas se atreven con ellos.

La abuela: ¡Mala peste acabe con mala suerte!

Una comadre: ¡Así revienten!

Otra comadre: Amen.

Un niño, a los otros: Pues vamos a jugar a justicias y ladrones.

La abuela: Tampoco.

El niño: ¿Tampoco?

Una comadre, con risa apagada y fría: Pues claro. Sería como mentar la soga en casa del ahorcado.

— Los niños se miran con extrañeza. Las viejas callan, ensimismadas —

Un niño: Yo, mano sobre mano, como los mayores, me aburro.

El niño que propuso el juego: ¡Toma! Y yo. ¿Por qué no nos dejarán jugar a los que nos dé la gana?

Un niño, señalando a las viejas: Será porque de un tiempo a esta parte siempre están muy tristes y malhumoradas.

El nieto: No es por eso.

Un niño: ¿No?

El nieto: No. Es que ya no sabemos jugar como an-

tes.

Otro niño: Pues bien juegan los hijos de los ricos.

El nieto: Eso, sí.

Un niño: ¿Porque será?

El nieto: ¡Vé tú a saber!

Otro niño: Será cierto que ya no sabemos jugar. En casa, madre siempre llora y falta el pan. Y yo he olvidado todos mis juegos.

Un niño: Y yo.

El nieto: A mí me pasa lo mismo. Y cuando veo jugar a los ricos, a los que comen todos los días y no me admiten en sus juegos, me entra una gran extrañeza.

— La abuela suspira hondamente y la hacen coro las dos comadres —

Una comadre: Suspiramos porque no nos atrevemos a maldecir.

La abuela: Pero cada suspiro es una maldición!

Un niño: Además, no tenemos juguetes. Antes sí los teníamos: peonzas, bolos, soldaditos de plomo, caballos de cartón, aleluyas.

Otro niño: Todos los juguetes han desaparecido. ¡Cosa más rara!

Un niño: Se fueron cuando se fué el pan. Los que padecen hambre no saben jugar. ¿Qué necesidad, pues, tienen de los juguetes?

El nieto, de pronto: ¡Ya está! He inventado un nuevo juego.

Otro niño: Eso es imposible.

El nieto: ¿Por qué ha de ser imposible?

Otro niño: Porque los juegos de los niños los inventan siempre los mayores.

El nieto: Esta vez, no.

Un niño: ¿Y en qué consiste el juego?

El nieto: En contarnos lo que soñamos cuando llegan las noches que, sin los sueños, serían tan largas y desnudas.

Un niño: Y eso, ¿no será cosa de hombres?

El nieto, muy seguro de sí: ¡Quita! Los hombres no sueñan.

Otro niño: Pues, vamos. Empieza tú.

Un niño: No: tú.

El nieto: Yo el primero.

— Se sientan en corro y se disponen a desenredar la cándida y misteriosa madeja de sus sueños. El nieto comienza, en voz alta:

Pues habéis de saber que la otra noche me sucedió una cosa maravillosa.

Un niño: ¿Una cosa maravillosa?

Otro niño: ¿Qué es, di?

El nieto: Después de tanto tiempo como ha pasado sin verle, ya no me acuerdo cuanto pero sí que es mucho, vi a mi padre.

— Las dos comadres levantan los ojos cansados de la labor mísera que están haciendo, y les miran a La abuela y

y al nieto. La abuela, 26
muy pálida, se ha quedado sin
habla. Cap. XII (26)

Estaba blanco de luna y de nieve. Era muy
hermoso. Con él, nuestra casa sin luz se llenó
de resplandor. Se acercó a mi cama y me besó.
La abuela, atajándole al capaz con voz es-
pesa de angustia: ¡Niño! ¿Qué bobadas estás diciendo?
¿Que le viste a tu padre? ¿Como podías verlo? Eso es imposible. No era,
no podía ser él. Era un fantasma, com-
prendes? Un fantasma del mundo de tus
sueños.

— Ha llegado Casiano, el loco.
Es un hombre alto, muy flaco,
casi esquelético, vestido
de andrajos — gaban, alpargatas, sin camisa pero con corbata, cubierta la cabeza con un
negro pañuelo ceñido a las
sienes — con grandes barbas cu-
biancas.
Silencioso, se detiene ante el
grupo mirándole era al uno
ora al otro con la ancha
y límpida mirada de sus
ojos azules.

El nieto: Ya lo sé, abuela: de mis sueños, sí, pero
mi padre.
La abuela: Un fantasma.
El nieto: Un fantasma, sí, pero mi padre.

Casiano el loco: Buenas tardes.

Las comadres, los niños: Buenas tardes, Casiano.

La abuela: Buenas tardes, pobrín.

Casiano el loco: Vengo del bosque. os traigo esto.

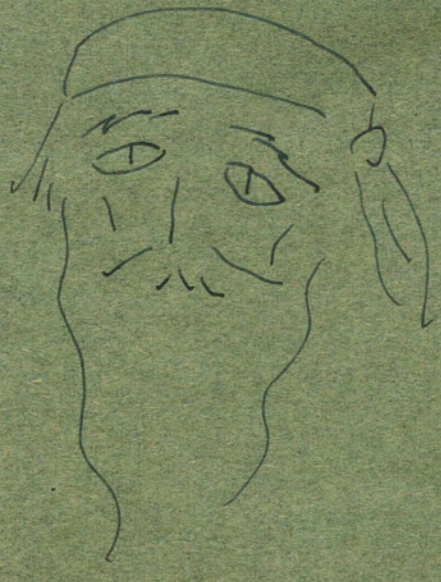
— Les da unos puñados de bellotas —

Las comadres: Dios te lo pagará, Casiano.

Casiano el loco: ¿Dios?... ¡ah, sí: ya sé... Dios... pero no el de los sensatos. Con ese no quiero tratos.

El nieto, agarrándole del gabán al loco: Dime, tú que lo sabes todo: ¿cuando se sueña se vive también?

Casiano el loco: Nosotros, sí. Nosotros no tenemos otra vida que la de los sueños.



Un salón en el Círculo de las Clases Directoras, el más rico de la ciudad, el de más postín. Para ser socio del Círculo de las Clases Directoras se necesita tener mucho dinero, estar forrado de billetes.

El más importante de los salones del círculo: el de actos. (Se prestaría a interpretaciones irreverentes, irónicas decir "Salón de Honor", pues todo el mundo sabe que los distinguidos socios del Círculo de las Clases Directoras hace ya mucho tiempo se pasaron el honor por la cruz de los pantalones)

Alfombras tupidas, tapices, muchas luces, algún madro. y un retrato del general Palmiro en traje de gran gala y con todas sus condecoraciones. Pecho abombado, mirada retadora, aire sanduqueramente napoleónico. Se trata, claro está, de un retrato de grandes dimensiones y enorme marco dorado; de un retrato de Presidente de Honor.

Todo lo del salón - decorado, mobiliario - muy nuevo y muy lujoso.

Es día fastuoso para la ilustre casa: día de inauguración. Habrá sesión solemne, que presidirá el general Palmiro. Habrá bendición de la casa, que correrá a cargo del cardenal primado. Los socios - el Duque de Tal, el marqués de Cual, el Conde de Fulano, el barón de Zutano, el vizconde de Mengano, y otros distinguidos fantoches - andan fisgando de salón en salón, muy

contentos al verse tan bien aposentados. además de los duques y marqueses algún que otro ministro, algún que otro banquero, algún que otro general. La crema, el cogollo, la flor y nata.

Sin embargo, en tan ilustres personajes hay un algo, un tic de rabiosa caricatura que los hace risibles y arquerosos. Bajo el frac y el uniforme — tapadera inutil — se adivinan lo deforme, lo innoble, la lacra inmunda.

El banquero: Ha costado muchos millones, pero está precioso.

El conde de Tal: Mucho mejor que antes.

El marqués de Cuas: La canalla, instalándose aquí, había hecho de nuestro círculo un establo. ¡Pasharar la casa donde tan heroicamente se dispararon los primeros tiros de la gloriosa insurrección!

El general: Nuestro ejército avanzaba y las gentes de los pueblos huían de nosotros. La ciudad estaba llena de refugiados que no sabían donde meterse...

El banquero: Y se metieron aquí. ¡Cochinos!

El general: Cuando la chusma se instala en los palacios hay que gastar después, al echarla a palos, un dineral en fumigaciones.

— Riendo —

Pero aquí no fué necesario. La aviación actuó de insecticida y no dejó títere

con cabeza.

El conde de Tal: Yo le tenía mucho afecto a la casa, de la que fuí fundador. Pero cuando me enteré del bombardeo y de que no había quedado un solo superviviente para contarlo, pues, la verdad, me alegré. Me alegré, sí, señor. ¡Justo castigo a su perversidad!

El general, orgulloso: La verdad es que como nuestra aviación no hay otra.

Otro banquero - abundan en la fiesta - en otro grupo: Por fin acabamos con los rebeldes.

Un ricachón, con regocijo de sádico: ¡Les acogotamos!

Otro ricachón, con sentimientos tan cristianos como los de su compadre: ¡Los hicimos cisco!

Un ricachón novato, tímidamente: ¿Los rebeldes? ¿Pero los rebeldes no fuimos nosotros?

Un granuja ministrable: ¡Hombre, no, por Dios! Nosotros fuimos los que nos sublevamos pero fuimos también los vencedores. Y los vencedores, sépalo usted, no son nunca los rebeldes. ¡Pues no faltaba más!

- El ricachón novato le mira asombrado, hecho un pasmarote, al granuja -

Un banquero: Y ahora, señores, somos de veras los amos y tenemos el sacrosanto y patriótico deber de enriquecernos.

El ricachón novato: El país, después de la guerra, ha quedado muy pobre.

El banquero: Los pobres, querido, son nuestra más abundante fuente de riqueza. Sin los pobres, no lo olvide usted, es imposible enriquecerse. Y sino, pruebas al canto: ¿cómo

Cap. 004 (31)

marchan sus negocios desde que terminó la guerra y pusimos los destinos de la nación en las manos del general Palmiro?

El ricachón novato: ¡Magníficamente! ¡Con un quinientos por ciento de beneficio... y me quedo corto!

— Volviéndose reverencioso al retrato del Espadón —

¡Que Dios le bendiga!

El banquero: Y le dé larga vida.

El granuja ministrable: Y a nosotros con él para, con él, salvar a la patria.

El conde de Tal, que se ha unido al grupo: amen.

El ricachón novato: Lo malo es que...

El conde de Tal, patriota 100%: ¿Lo malo? Aquí no hay nada malo. En nuestra patria todo es bueno, ópimo, inmejorable.

El ricachón novato, un tanto corrido: Sí, claro: aquí, sí; aquí todo es bueno. Pero nuestros aliados han perdido la guerra y en Europa vuelve a resonar la palabra nefasta: Democracia.

El granuja ministrable: No haga usted caso: las palabras se las lleva el viento.

El banquero: En el fondo debemos alegrarnos de la derrota de los que un día fueron nuestros aliados.

El ricachón novato, estupefacto: ¿Alegrarnos?

El banquero: ¡Pues claro! Nos dieron armas, muni-

Cap-004(32)

ciones, hombres y dinero para que pudiéramos sublevarnos con ciertas probabilidades de éxito. Una vez victoriosos nosotros, se lanzaron ellos a la guerra por su cuenta y la perdieron. Se habría ganado, tendríamos que pagar las deudas contraídas. Mientras que ahora, muertos nuestros protectores, ¡si te he visto no me acuerdo! ¡Hay que ser realistas, señores!

El ricachón novato: Pero los vencedores no quieren saber nada de nosotros. Nos aíslan como si fuéramos pestíferos; han roto las relaciones diplomáticas con el benemérito general Palmiro; dicen que somos un pueblo atrasado, un rebaño de borregos gobernados por cerdos.

El banquero: Tampoco eso tiene importancia. Yo, la verdad, confío en que las naciones democráticas rectificarán su línea de conducta y acabarán abriéndonos los brazos.

El ricachón novato: ¿Usted cree?

El banquero: ¡naturalmente! Dar tiempo al tiempo.

El ricachón novato: ¿Pero por qué?

El banquero: Porque en el fondo los políticos que hoy nos repudian son tan cerdos como nosotros.

La condesa de Tal, cotorreando en un grupo de señoras: ¡Lo que hemos padecido, Jesús bendito, durante los tres años de guer-

ra!

La ricachona, ingenuamente: Yo, como mi marido no era ~~[illegible]~~ ~~[illegible]~~ rico todavía ~~[illegible]~~, me adapté pronto a la escasez.

La condesa de Tal, con altiva condescendencia: ¡Dichosa usted!

La ricachona: ~~Hoy~~ Puede que hoy no supiera acostumbrarme.

La mujer del banquero: ¡Tener que vivir escondidas, con nombre falso, vestidas como la gentuza!

La condesa de Tal, horrorizada: Ho me lo recuerde. Hoy, al verme con un traje decente y pudiendo lucir algunas joyas, me siento resucitar. Eso, sí: resucitar, pues aquello era la muerte en vida.

La mujer del banquero, señalando el retrato: ¡Todo se lo debemos a ese héroe, a ese santo!

La condesa de Tal: ¡Espejo de caballeros cristianos y patriotas!

La ricachona: ¡De militares pundonorosos!

La ~~[illegible]~~ condesa de ~~[illegible]~~ Tal: ¡Que ~~[illegible]~~ magnífica idea la de obligar que su retrato esté en todas partes!

La mujer del banquero: Resulta enternecedor y reconfortante verle en todos los escaparates: en las farmacias, las perfumerías, las corseterías, las tiendas de modas, ~~[illegible]~~ los almacenes de muebles, ~~[illegible]~~ las sucursales, los sastres, los zapateros.

La ricachona: Dicen que también lo han puesto en las tabernas.

La mujer del banquero: y van a ponerlo en los sellos de correos. 34

La ricachona: ¡Que felicidad!

— Entran unos policías disfrazados de caballero - el frac es de alquiler - que se sitúan estratégicamente. Y entran otros mamarrachos. Una orquesta, invisible, ataca los primeros compases del himno patuerista. Y aparecen el Cardenal Primado, repartiendo bendiciones, y El general Palmiro, en uniforme de gran gala.

Los mamarrachos levantan el brazo con la mano abierta, como el que quiere cerciorarse de si llueve o no, y gritan acompasadamente:

¡Palmiro! ¡Palmiro! ¡Palmiro!

Cap-004(35)

V

La carcel. Una celda en la carcel. Una celda individual en la que se hacinan cuatro o cinco presos. (paredes leprosas.) Alta, una ventana con reja y cristal legañoso.

El montañés, recién llegado: ¿Y vosotros, también estáis aquí por rebeldes?

El ladrón: Yo, no. No me interesa la camisa de once varas de la política.

— Con una chispa de orgullo —

Estoy por ladrón.

El montañés: Pues me extraña, porque desde hace un tiempo los ladrones suelen andar libres y verse muy agasajados.

— a los otros —

¿Y vosotros?

— Indicando al ladrón —

¿También por robo?

El joven: Yo era maestro de escuela.

El montañés: Mala recomendación.

El viejo: Yo, librero.

El montañés: Peor.

El comerciante: Yo hacía mi poquito de fraude.

El montañés: ¿Tendero?

El comerciante: Paños y géneros de punto.

El montañés: Les robabas a los pobres.

El comerciante: ¿Los pobres? Los pobres no llevan camisa.

El ladrón: Ladrón, como yo. Pero disfrazado

de persona decente.

El joven: Como los caballerosos y abnegados señores que nos gobiernan.

El comerciante: Yo estoy aquí por un error

El viejo: Puede que aciertes, pues ~~[illegible]~~ de un tiempo a esta parte la carcel no es el lugar más adecuado para los ladrones.

El comerciante: No soy un ladrón sino un comerciante.

El montañés: Tanto monta.

El comerciante: Y palmirista acérrimo.

El montañés: Sí, claro: como todos los ladrones.

El ladrón: ¡Alto ahí, ~~[illegible]~~ Como todos, no. Todavía hay clases.

— El comerciante ~~[illegible]~~ se aparta prudentemente y se acurruca en un rincón.

El joven, al montañés: ¿Y a usted, porque le han traído? Digo: si puede saberse.

El montañés: Puede saberse, pero...

— Con recelo y bajando la voz —

¿estáis seguros de que no hay soplones entre vosotros?

El ladrón: ~~[illegible]~~ Soplones, o chivatos, los hay aquí y en la calle y en todas partes. Pero no temas: yo no lo soy. Los chivatos ~~[illegible]~~ hay que buscarlos entre las personas llamadas decentes... Además yo soy muy cuco, ¿sabes?, tengo mucha vista y, ~~[illegible]~~ aunque no en-

tiendo jota en esos líos de la politi- 37
ca, creo que hay que estar a bien con
vosotros.

Cap. 004 (32)

El joven: ¿Porqué?

El ladrón: ¿Que porqué? ¡Pero si es claro como la luz! Porque los inquilinos de esta honrada casa no son siempre los mismos. Y las cosas pueden cambiar el día menos pensado y vosotros llegar a ministros.

El viejo: Si no cambian, es posible que el ministro seas tú.

El ladrón, muy digno: Yo robo a cuerpo limpio.

— Un silencio. El joven, El viejo y El ladrón le miran curiosamente al Montañés. Este, sonriendo, pregunta:

El montañés: ¿Qué? ¿Queréis saber quien es el nuevo inquilino, el nuevo compañero? No tengo inconveniente en decirlo.

El joven: Puedes confiar en nosotros. A mí me encarcelaron porque no iba a misa.

El viejo: A mí porque vendía libros de autores que emigraron o han sido fusilados. Los libros, los quemaron. A mí, sin juzgarme, me condenaron a pudrirme en esta cloaca.

El joven: Si lo prefieres, puedes callarte. No necesitamos saber tu nombre, ni tu edad, ni tu estado civil. El hecho de estar aquí con nosotros sin haber robado basta y sobra. Eres, como nosotros, un inconforme, un rebelde. Ahí va mi mano.

El viejo: y la mía.

El montañés, riendo: No, si no tengo porque ocultarlo. Los guardias y ~~[illegible]~~ polizontes ~~[illegible]~~ de la camada no pueden equivocarse conmigo. Soy uno de los del monte.

El joven: ¡Guerrillero!

El montañés: Guerrillero.

—Le miran con admiración, con respeto, con afecto emocionado— Me prendieron gracias a un soplón, que ~~[illegible]~~ ya no les irá nunca más con el soplo. Lo liquidaron a la mañana siguiente a la puerta de su ~~[illegible]~~ casa, degollándolo con una hoz. No dijo ni "pío". Me enteré en la carcel del pueblo. Les entró miedo de que escapara y con una escolta que parecía la de Palmiro me trajeron aquí. En los pueblos empiezan a tener miedo, a tenernos miedo. Sólo se saben seguros en las grandes ciudades. Pero llegará ~~[illegible]~~ día en que también atacaremos las grandes ciudades; las grandes ciudades en las que todo el mundo se mira con recelo, en las que todo el mundo se ~~[illegible]~~ calla; las grandes ciudades dónde la vida ha muerto.

El joven: Llevas razón. Se vive más intensamente preso en la carcel que, libre, en la calle.

El montañés: y en el monte. En el monte se vive también.

El viejo: La calle es otra carcel: una carcel sin rejas en la que no se puede dar un paso sin topar con diez polizontes. ¡Que prolífica

la policía de Palmiro! se reproduce como las 39

~~[illegible]~~ chinches. El joven: En la calle, creyéndose libre, o queriendo engañarse creyéndolo, se calla uno por ~~[illegible]~~ miedo a caer en esta ratonera: la carcel. Pero una vez aquí y sabiendo lo que a la mayoría nos espera, rompe uno a hablar ya sin miedo alguno.

Cap-005 (39)

El montañés: ¿Sois muchos?

El viejo: Muchísimos.

El ~~[illegible]~~ joven: Esta, antes, era una celda ~~[illegible]~~ individual. Ahora, contigo, somos cinco sus inquilinos. Y puede que nos manden algún otro.

El viejo: ~~[illegible]~~ En las ~~otras~~ demás ciudades ocurre lo mismo: las cárceles están llenas a rebosar. ~~[illegible]~~.

El joven: Por eso se dan tanta prisa en fusilar: para dejar un poco de espacio libre a los nuevos, huéspedes.

El montañés: ¿Se fusila mucho?

El viejo: Todos los días.

El joven: Al amanecer y al morir el día.

El viejo: Antes los tienden a palos. Después, ~~[illegible]~~ ~~[illegible]~~ como las palizas son tan atroces que dejan señal para toda la vida, no pueden ponerles en libertad, pues no conviene que las gentes se enteren de como nos tratan, y optan por fusilarnos.

El montañés: ¡Bandidos!

El joven: La celda del fondo del corredor es la de los condenados a muerte. Algunos se pasan allí ~~[illegible]~~ largos meses.

El montañés: ¿Sabiendo que van a morir?

Cap-004(40)

El joven: Sabiéndolo, sí, pero no mando.

El montañés: ¡Bandidos!

El viejo: Los escogen al buen tun-tun. Este quieco y el otro también.

— Pasos lentos, pesados de la patrulla en el corredor.

El ladrón: Ya van a por ellos.

El viejo: ¿No se lo decía?

El ladrón: Son muy puntuales.

— Todos, excepto el comerciante, se ponen en pie y, silenciosos, se aproximan a la puerta. Ruido de llaves al fondo del corredor. Un silencio grave, ~~[illegible]~~ agobiante, angustioso. Una puerta que se cierra. Y, de pronto, un griterío delirante, ~~[illegible]~~ iracundo, a todo lo largo del corredor: son los otros presos que, desde sus celdas, saludan por vez postrera a los que van a morir.

Voce: ¡Vale!
¡Hermano!
¡Compañero!
¡Vale!
¡Vale!
¡Vale!

— ~~[illegible]~~ Se ~~[illegible]~~ alejó la patrulla, escoltando al reo, ~~[illegible]~~ a los reos. Un silencio, un largo silencio. Y, lejanas, unas

descargas.-

El joven: Todas las mañanas y todas las noches les despedimos con las mismas voces. Con ellas no se sienten tan solos. Gracias a ellas, antes de morir piensan que si salimos con vida tal vez les vengaremos.

El ladrón: Y todas las mañanas y todas las noches ~~[illegible]~~ nos obsequian, por haber gritado, con una tanda de palos.

— Y en efecto, se abre la puerta de la celda y aparecen en su marco ~~[illegible]~~ tres o cuatro tipos patibularios armados con vergajos.

Los presos se echan al suelo.

(El montañés procurando cubrir con su corpachón al viejo librero) Los carceleros les golpean con estúpida saña, con saña brutal.

El comerciante: ¡Señores, por Dios! ¡Yo no he gritado! ¡Yo no he gritado! ¡Soy palmirista! ¡Les aseguro que soy palmirista!

— Un vergajazo en la cara le deja sin resuello. Los carceleros salen. A poco se les oye en la celda inmediata —

El montañés: ¡Cobardes!

— al viejo —

¿Le han hecho ~~[illegible]~~ mucho daño?

El viejo: Esta vez, no: gracias a usted. Pero a usted sí se lo habrán hecho.

El montañés, sonriendo: No tiene importancia.

soy fuerte, duro de pelar. ¡Me daban unas ganas de liarme a puñadas con ellos!

El joven: Guárdese de hacerlo. Pagaríamos todos con la vida.

El viejo: al fin y al cabo, esas dos raciones diarias de palos no son gran cosa. Lo malo es cuando le llevan a uno a declarar. ¡Es espantoso! Para que el reo "cante", le muelen a palos, le cuelgan por los pies y se lanzan a él a vergajazo limpio, le retuercen los testículos, le queman los ojos. Son muchos los que mueren en el tormento. Otros, antes de volver a la celda, tienen que pasarse muchos días en la enfermería.

El montañés: A mí me llevarán también.

El viejo, con lástima: Seguro.

El montañés: Pero yo, hagan lo que hagan conmigo, no "cantaré".

El joven: Porque se desmayará usted. Pero una vez pasado el desmayo recomienza el tormento. Y es tan grande el sufrimiento, tan atroz, que se acaba por declarar, por "cantar".

El montañés: Yo, no. A tozudo no me gana nadie. ¿Yo, delatar? ¿Yo, cantar? ¡Vamos, hombre! Ni haciéndome picadillo van a conseguirlo.

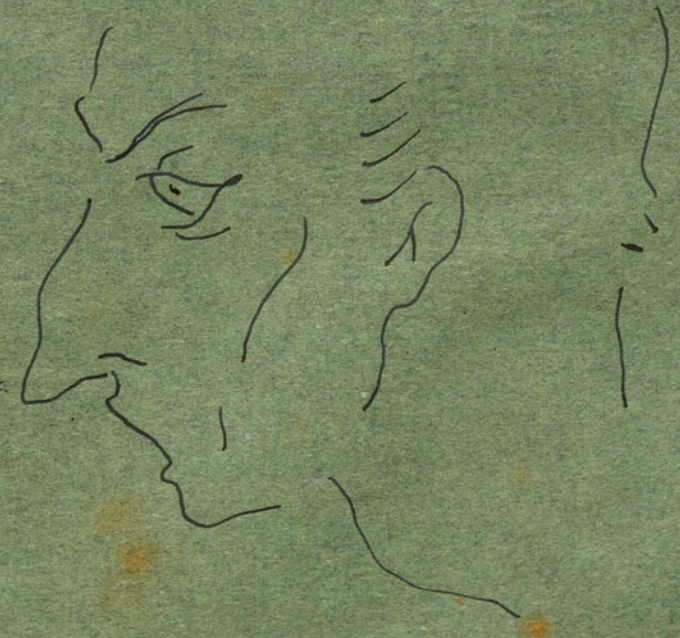
El viejo: Otros muy ternos, claudicaron enloquecidos por el sufrimiento. No se puede resistir.

El montañés: Sí se puede. Es muy fácil. Lo más fácil del mundo.

Cap. 004(43)

— abriendo mucho la boca
y mostrando los dientes —
Fijaos en mis dientes.
~~¿[illegible]?~~ Son magníficos, verdad!
Enteros y cabales. Dientes de lobo para luchar
con el lobo. Pues bien: si me veo perdido, pronto
a desfallecer, con ellos, con estos dientes, ¡de
una dentellada me parto la lengua!

— Por el alto ventano entra
la luz roja del atardecer.
~~[illegible]~~ En el interior de la car-
cel un clarín ~~[illegible]~~ — toque
de queda, lento y prolongado —
rasga el aire espeso de an-
gustia y de crimen.



Cap. 004(44)

VI

El campamento de los insurgentes en el monte, en lo más alto y tupido del monte.

Paisaje áspero y dramático, fácil a la defensa y a la emboscada. Pinos, robles, hayedos, encinas. La boca negra de una cueva.

Un pequeño grupo de insurgentes: el Estado Mayor. Algunos, ya maduros, casi viejos; otros, muy jóvenes, casi adolescentes, que se echaron al monte por reunirse con el padre o con el hermano o para librarse del servicio militar. Sentados en corro otros guerrilleros fabrican, con botes de conservas, bombas de mano. Otros dos cepillan con mucho cuidado unos uniformes de la Policía Rural y otro les saca brillo a las botas de montar.

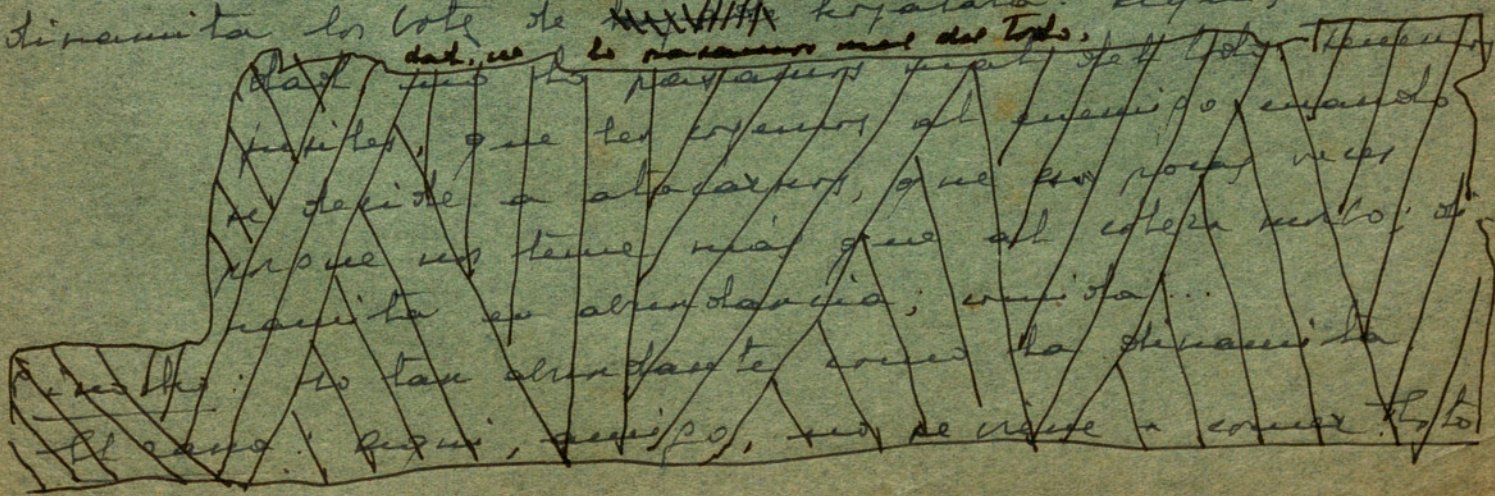
Algunos se llaman Pedro, Juan o Antonio, como todo el mundo. Los más, usan nombres retumbantes y pintorescos: Pancho Villa, el Negus, Napoleón, Fray Amador, Pinocho, el Rana, el tío Trabuco...

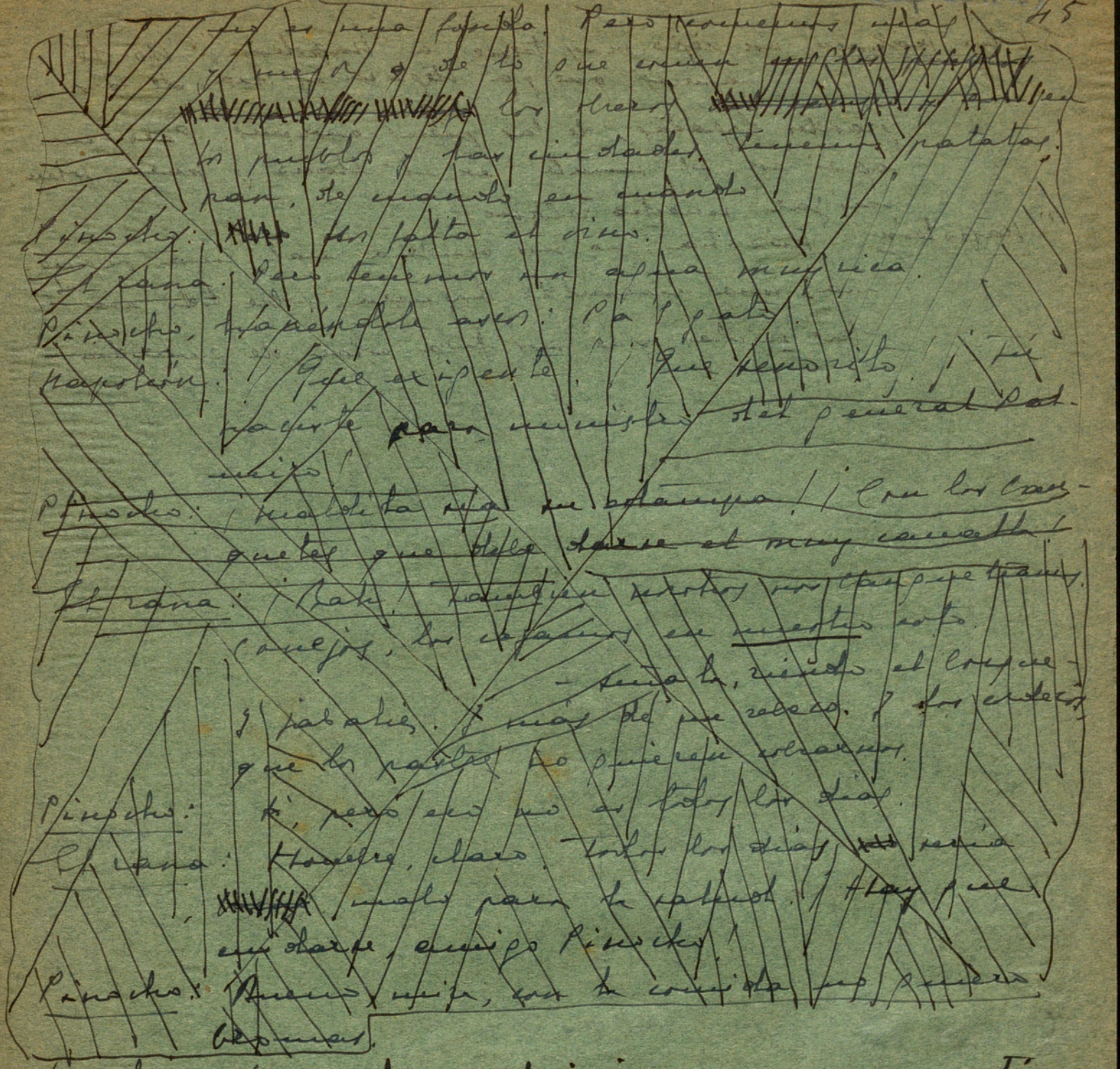
Es una tarde inicial de invierno, cuando todavía el aire huele a otoñada a pesar de haber llegado ya las primeras nieves.

El rana, en el grupo de los que cargan con dinamita los botes de hojalata: aquí, la verdad, no lo pasamos mal del todo. Tenemos fusiles, que les cogemos al enemigo cuando se decide a atacarnos, que en pocas veces porque nos teme más que al cólera morbo; dinamita en abundancia; comida...

Pinocho: no tan abundante como la dinamita.

El rana: aquí, amigo, no se viene a comer. Esto





Napoleón: Lo malo es el invierno, que ya se está acercando a paso de lobo. No podemos encender fuego, porque el humo nos delataría, y nos helamos de frío.

El rana: En los días de niebla sí podemos encender: la niebla y el humo son buenos compañeros y se funden en un abrazo... Lo

Pinocho, a Napoleón: "Tienes razón y me

Cap. 004(46)

te sobra. al invierno no se le puede 46
combatir a tiros. Es nuestro peor enemigo.
Deja desnudo al bosque y ~~[illegible]~~
para que con mayor facilidad se aven-
turen por él los que vienen a cazarnos.
En verano nos ~~[illegible]~~ ocultan las matas.

El rana: y a ellos tambien, no lo olvides. En invier-
no nos ven más pronto, pero lo mismo
nos ocurre a nosotros con ellos. y hasta aquí
no se atreven a subir.

"Napoleón: a mí lo que me jorobo es el frío. No
puedo con él.

El rana: ~~[illegible]~~ los que nos esperan tambien
padecen frío. y ~~[illegible]~~ si nosotros lo com-
batimos a tiro limpio, ellos no tienen más que un arma para
~~[illegible]~~ ~~que combatirlo~~ combatirlo: la esperanza.

El que cepilla el uniforme: (a su compañero) El ~~[illegible]~~ jefe es un hombre
raro.

El otro: ~~[illegible]~~ Por algo es el
jefe.

El que cepilla el uniforme: ¿Por lo que de raro hay
en él?

El otro: Todos los del monte tenemos nuestras raze-
zas.

El que cepilla el uniforme: apenas habla.

El otro: Por lo visto, te gusta la oratoria. ¿O quieres
que nos cuente chascarrillos?

El que cepilla el uniforme: ¿Se llama verdaderamente sal-
vador?

El otro: No sé, ni me importa. Pero es salvador.

— El que cepilla le mira
asombrado —

¿No comprendes, verdad? Tiene ~~[illegible]~~ muy
cerrada la mollera. Cerrada a piedra y lodo.

que ni puede combatirselo.

y de esta manera si no acabamos con él lo aminoramos

El que limpia las botas: Muy preguntón te levantaste.

El otro: A ver si te enteras: importa el hombre y no el nombre. ¡Hoy el lobo se llama cordero. ¿Que mucho capitán no se llama salvador? Lo importante es que lo sea. Y lo son, tenlo entendido, todos los que se echaron al monte, capitanes o soldados. Salvadores todos. Tú, también.

El que limpia las botas: Pero hay que saber serlo. Hay que sufrirlo y aguantarlo todo por serlo: el hambre, el frío, el miedo.

El que cepilla el uniforme: Yo no tengo miedo. Y soy tan hombre como el que más.

Pinocho: Pues yo sí. Yo le tengo miedo al ruido, a los ruidos. El hombre perseguido les teme a los ruidos que no puede explicarse. Y el bosque está lleno de ellos. Ruidos misteriosos, como en los cuentos de brujas. Bosque de cuento de brujas. Mundo de fantasmas sin voces humanas pero con ruidos apagados y misteriosos que nos crispan los nervios y nos enloquecen: el gotear del agua en las hojas secas, el salto de una liebre o de un lobo en el carrascal, el murmullo del regato, que se confunde con una conversación en voz baja... Todos los ruidos del bosque, sobre todo durante la noche.

El que limpia las botas, dando ya su trabajo por terminado: ¡Chiquilladas! El miedo es cosa de

chiquillos.

— Se entra en la mesa y para volver a salir a poco sin las botas. —

Pinocho: Y de hombre. ¿Cuando has visto tú que los hombres no tengamos miedo? Lo que pasa es que, cuando somos como hay que ser: muy hombre y muy de veras, le retorcemos el pescuezo al miedo.

— Repitiéndose, acompasadamente y cada vez más cerca, el ~~XXXXXXX~~ siseo breve y apagado de la lechuza. Los guerrilleros cojen sus fusiles y a una seña del capitán se adentran en el bosque. El capitán, con los cuatro o cinco de su estado mayor, atiende en acecho.

Comparece Pedro.

Pedro: Salud.

El capitán: Mucho tardaste.

Pedro: No por gusto. Tuve que esconderme. Los Carvajales me dieron cobijo. Montalvo cayó. ~~XXX~~

~~Ex~~ El capitán: Mala suerte. ¿Muerto?

Pedro: Prisionero.

El capitán: Peor. ¿La Policía Rural?

Pedro: Sí.

El capitán: Mal va a pasarlo el pobre.

— Una pausa. El capitán saca un bloque de papel del bolsillo de la chaqueta de piel, escribe a lápiz en él unas líneas, arranca la hoja y llama:

¡Aguilucho!

— acude el llamado. El capitan le entrega la hoja del papel. —

Esta noche te llegarás al pueblo.

— a Pedro —

¿Dónde fué?

Pedro: En Valle del Moral.

El capitan, al aguilucho: Te llegarás a Valle del Moral. Tienes que entrar en el pueblo sin que nadie te vea, sin que nadie te vea clavar este papel en la puerta de la casa cuartel de los Rurales y, sin que nadie te vea, volver aquí antes de que amanezca.

El aguilucho, cogiendo el papel: Se hará, capitan.

El capitan: ¿Necesitas escolta?

El aguilucho: Prefiero ir solo.

El capitan: Adelantaré una patrulla hasta la salida del bosque por si te persiguen. Saldrás del campamento a las once de la noche.

El aguilucho: Sí, capitan.

El capitan: Puedes, si quieres, echarte un sueño.

El aguilucho: Muy bien, capitan.

— Vase El aguilucho —

El capitan, a Pedro: Cuéntame ahora lo sucedido.

Pedro: Salíamos ya del pueblo...

El capitan: ¿Habías visto a los tuyos?

Pedro: A los que quedan: mi madre y mi hijo. Mi mujer murió en un bombardeo, cuando huía con los viejos y el

rapaz. A mi padre lo mataron a palos.

El capitán: ¿Te conoció alguien del pueblo?

Pedro: No me vió nadie.

El capitán: ¿Pues, entonces?

Pedro: Topamos con los rurales, que ya no van en pareja, como antes: patrullan en grupos de ocho. Nos dieron el alto. En vez de contestar a tiros... ¿No valía la pena, verdad?

El capitán: No valía la pena.

Pedro: ... procuramos escabullirnos, ocultarnos. Yo, en casa de los Carvajales; Montalvo en casa de la Ribereña, que le fué con el soplo al teniente. ¡Loba!

El capitán: ¿La Ribereña? ¿Pues no era de los nuestros?

~~Pedro:~~ ¿Qué demonio la indujo a la delación?

Pedro: El demonio del hambre. O el del miedo. Uno y otro tienen enloquecidas a las gentes.

El capitán: Habrá que darle lo suyo.

Pedro: Ya, no. Cuando me buscaban en casa de los Carvajales, me fuí para el chozo de la Ribereña. Como libertarle a Montalvo era imposible, me vine para acá. Ya en el bosque, vi como sacaban a los Carvajales. Les arrimaron al muro y les fusilaron.

El capitán: ¿Al matrimonio?

Pedro: Y al niño. Después le prendieron fuego a la casa.

— Un breve silencio. —

El capitán: El miedo. Tienen miedo, les enloquece el demonio del miedo. Están perdi-

dos.

Pedro: Sí, pero, mientras, los Carvajales, los pobres... ¡y tantos otros!

El capitán: Déjalo, que eso corre de mi cuenta. De nuestra cuenta. Por algo estamos aquí.

— De nuevo el siseo de la lechuza, señal convencida. De nuevo la mano al fusil. Y comparece, entre dos guerrilleros, El emisario.

El emisario: salud.

El capitán: Hola, Shanti. ¿Qué le ocurre al "Cariñoso"?

El emisario: Dióme este papel

— Le entrega uno, que saca de la faja. El capitán lo lee —

Atacá esta noche y necesita refuerzos.

El capitán, a sus compañeros: Me pide veinte hombres. Se le darán.

Fray amador: Mala noche para atacar. Podía haber esperado unos días.

El capitán: ¿Mala por qué?

Fray amador: Por la luna. Y por la nieve.

El emisario: Según parece, no podía esperar. Tenía que ser hoy.

El capitán: Con luna y con nieve, atacaremos. No se le puede dejar en el atolladero al "Cariñoso."

— Al emisario —

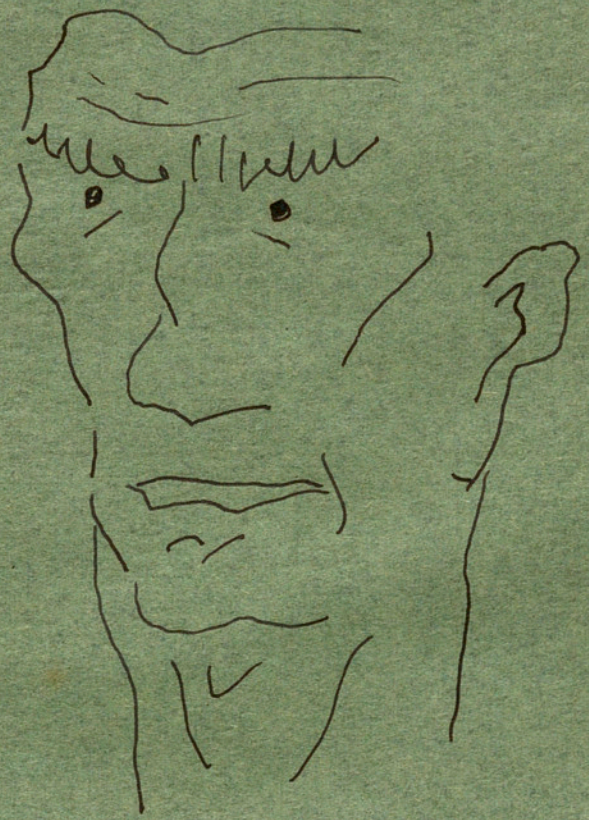
Tú te quedarás con nosotros: para guiarnos.

— a los guerrilleros —

~~[illegible]~~ yo ~~[illegible]~~ capitanearé el grupo.
Esta noche atacaremos.

(Cap. 004 (52)

— La luna asoma por entre ~~[illegible]~~ los árboles y pinta chafarrinones de oro en la nieve. —



Cap. 004 (53)

VIII

La tapia del cementerio. La puerta con hierros, como las de las cárceles: hay que guardar bien a los difuntos. Ante la puerta, dos cipreses montan la guardia.

Cercanas, las casas del poblacho y la torre de la iglesia. Lejos, cerrando el horizonte, el monte con sus picachos encapezuzados de nieve.

Es al atardecer, cuando ya la tarde se apresta a convertirse en noche.

Del cementerio sale el sepulturero, que se aleja cantando:

El sepulturero:

Levántate, morenita,
levántate, resalada...

— Por la esquina de la tapia asoma la cabeza Casiano el loco.

Casiano el loco: Ya se fué. Ya tengo el paso libre. A casita, a casita. A dormir en paz y gracia de Dios.

— Se entra en el cementerio y cierra tras de sí la puerta. Una larga pausa.

Pasan La abuela y otras viejas, encorvadas por el azote de los años y de la miseria. Lleva cada una, colgado al brazo, su capacho más o menos lleno.

Llega ~~cantando~~ por la mañana, cantando, y cantando se marcha por la noche. Canta para los muertos, para que le oigan los muertos que sin él y sin mí estarían muy solos. Canta siempre unas canciones muy alegres, las únicas que deben cantarse a los muertos. ~~para~~ Le

Llaman el Tío alegrías y sus coplas, como rosas, se quedan prendidas en la fronda de los cipreses para que se las aprendan los pajarillos que se cobijan en ella cuando llega la noche.

– Cantando, como un eco, en tono menor:

Levántate, morenita,
levántate resalada...

– La canción parece venir de muy lejos –
En mi boca, ¡que triste y apagada suena la canción!

andan lentamente, derrengadas por la fuerza caminata.

La abuela: Poco es lo que traemos.

Una comadre: Muy poco.

Otra comadre: Cada día nos dan menos.

La abuela: Porque sólo podemos pedir en casa de los pobres, que cada día están más pobres.

Una comadre: Pedir. Mendigar. ¡Que vergüenza, Dios mío!

La abuela: Los pobres no dan limosna, comadre. Parten con nosotros su pedazo de pan, que no es lo mismo.

Una comadre: Tú dirás lo que quieras, pero pedir o mendigar me parece lo mismo.

La abuela: Nosotras pedimos. Otros, roban.

Otra comadre: También nosotras, si se tercia.

La abuela: A los ladrones, que no carecen de nada. Robarle a un ladrón es cosa meritoria.

Una comadre: Coger unas patatas o unas frutas no tiene importancia.

La abuela: No la tiene, pero procura que no te pillen los ladrones. Digo: los amos. Lo pasarías mal.

— Se alejan las ancianitas mendigas.

Una pausa larga. Todo ha enmudecido en el campo. En el pueblo brillan unas pocas luces. En el cielo se encienden, par-

jadeantes los luceros.
Llega la pareja de los Rurales. Capotes negros. Negros sombreros. Altas botas negras. Bajo el capote, el mauser. En el cinto, el pistolón.

Un guardia rural, deteniéndose y arrimándose a la tapia del cementerio: Vamos a liar un pitillo.
— Saca una petaca mugrienta, el librillo de papel de fumar. los fósforos —

El otro: Nos hemos retrasado un poco. Nos va a coger la noche antes de llegar al pueblo.

Un guardia rural: Nos ha cogido ya. ¿Y qué? ¿Tienes miedo?

El otro: No me gusta andar a estas horas en despoblado.

Un guardia rural: Tampoco a mí.

El otro: También tienes miedo.

Un guardia rural: No es precisamente miedo: es asco de tener que exponer la vida por cuatro cochinos cuartos. La revolución del general Palmiro nos has dejado, como antes, en la miseria.

El otro: De las revoluciones sólo sacan tajada los peces gordos.
— Agarra la petaca del compañero y lía también un pitillo. —

Un guardia rural: Antes, por lo menos, había paz y nos moríamos de hambre tranquilamente. Pero hoy el odio y la venganza nos acechan en cada ~~xxxxxx~~ recodo y todos nosotros estamos condenados a morir con los zapatos puestos.

El otro: Como los rebeldes, [illegible] los del monte, que cada día se más numerosos, y [illegible] más temibles. No podemos con ellos.

Un guardia rural: No podemos con ellos, no.

El otro: ¿Pero no salen a patrullar los del pueblo y nos dejan a nosotros tranquilos en la casa cuartel!

Un guardia rural: Pero [illegible] somos las columnas del orden, con mayúscula, y nos pagan para que cazpenos con su miedo y puedan comer y dormir y fornicar tranquilamente.

El otro: ¡Cerdos! y a nosotros que nos parta un rayo.

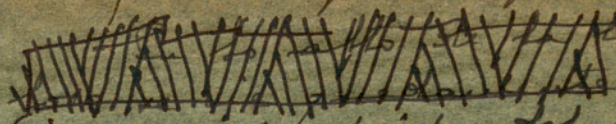
Un guardia rural: No lo creas. El rayo, respetuosos, le parecería un artefacto. y [illegible] no admiten bromas con el dinero.

El otro: Lo mejor será que nos vayamos para el pueblo.

- Hace ya un momento que apareció en lo alto de la tapia Cayano el toro. Alarga la pértiga y le dá con ella [illegible] en la cabeza al guardia rural que tan acertadamente propone reprimir al populacho.

Cayano el toro: ¡A callar, diablos!

- El guardia, al sentir que le tocan y oir la voz cavernosa se cae redondo al suelo. El otro tira el fusil y echa a correr



Un guardia rural: ¡Dios me valga! ¡Los del monte! ¡Los del monte! ¡Los del monte!

- En lo alto de la tapia, el loco se ríe ruidosamente: ¡ti-ti-ti-ti...

Cap. 004(57)

Cap. 004 (58)

VIII

I

Unas niñas, en una plazuela, juegan al corro. Anilla trémula que se trunca a cada instante y de la que brota una canción de ritmo lento y melancólico.

II

En la casa pobre – la casa sin hombre – una pobre mujer acuna al niño sin padre. Y para que el niño se duerma pronto, la pobre mujer canta. Canta con voz feble, ahilada.

Canción de cuna que diciáse un suspiro.

III

Una celda en la carcel. Uno de los presos, tumbado en el suelo, con la mirada fija en la reja, canturrea una copla.

IV

A orilla del río, en una mañana clara, cantan las lavanderas a voz en grito.

V

En el campo, bajo el sol, hendiendo la tierra con el arado, un rústico canta.

VI

Y canta, en la esquina, un ciego mendigo.

VII

Y en el monte, un pastor.

Cap. 004 (59)

VIII

Y un albañil, en el andamio.

IX

Y unas obreras, en la fábrica.

X

Y una modistilla gorjea como un pájaro en la jaula del taller.

XI

Y en un portal, canta el remendón.

XII

Y en el patio del presidio, el condenado a cadena perpétua.

XIII

En casa de la abuela cantan el nieto y otros dos chavales dándole con un palo a un bidón vacío y e imitando el paso militar:

— Ran! ¡Ran! ¡Rataplan!

Una comadre, escandalizada: ¡Dios mío! ¿Se están cayendo de inanición y rompen a cantar?

La abuela: Déjeles que canten, comadre. Déjeles que alboroten la casa, que armen mucho ruido. ¡Voces de niño, hálito de vida! ¡Benditas sean!

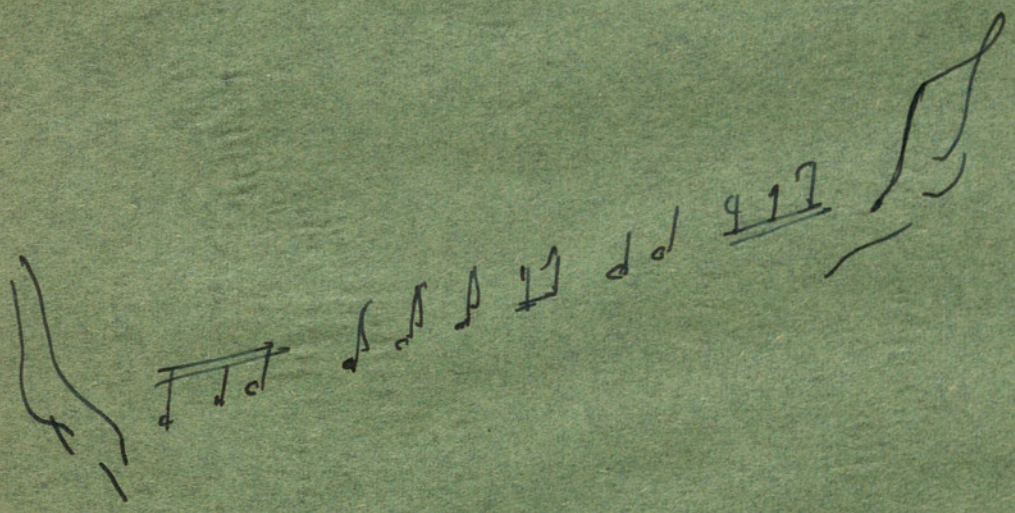
XIV

Cantan los hambrientos, los tristes

los vencidos y sus canciones hienden el aire como saetas.

Los vencedores, no. Los vencedores no saben cantar. En el alma de los vencedores no hay canciones.

Cap. 004 (60)



Cap. 004 (51)

IX

El general Palmiro ha convocado a sus ministros. Los ministros han llegado ya, puntuales, exactos, y aguardan la entrada del general. Van de uniforme, ni que decir tiene. Desde el triunfo del general, a todo el mundo le ha entrado —carnaval sin risas, carnaval siniestro— la manía del uniforme: camisas verdes, chaquetas blancas, gorras encarnadas, profusión de bordados en oro, etc, etc.

El ministro de justicia: ¿No les parece a ustedes que el general abusa ya con tanto consejo? ¿No les parece que nos joroba ya con tanto consejo?

El ministro de la guerra: Se terminó la guerra y como no sabe hacer más que una cosa: la guerra, el pobre se aburre.

El ministro de gobernación: ¿Entonces, usted cree que se trata simplemente de matar el tiempo?

El ministro de la guerra, riendo: Pues claro. Hicimos la guerra con tanto entusiasmo que ya, excepto el tiempo, nada nos queda por matar.

El ministro de justicia: Los consejos de ministros no

tienen utilidad ninguna. Sobre todo con el general Palmiro que, después de mucho consultarnos, acaba siempre haciendo lo que le viene en gana. Cap-004 (62)

El ministro de agricultura: Por algo es el amo, el salvador de la nación, un héroe.

El ministro de justicia: ~~[illegible]~~ Todo lo salvador y héroe y amo que usted quiera, pero abrasa un poco.

El ministro de hacienda: A su sombra nos enriquecemos, señores.

El ministro de la guerra: Pero él, a nuestras costillas y dando nosotros la cara, se enriquece muchísimo más que nosotros.

El ministro de agricultura, que, por lo visto, no sabe decir otra cosa: Repito que por algo es el amo.

El ministro de la guerra: ¡Que tío! ¡arrambla con todo!

El ministro de agricultura, rojo como moco de pavo: ¿¡?! ¡Ho, hombre! Usted, como ~~[illegible]~~ yo, como todos nosotros, solo recoge las migajas.

El ministro de la guerra.

El ministro de hacienda: Afortunadamente, tenemos la uña larga y ~~[illegible]~~ no conocemos la vergüenza ni por el forro.

El ministro de la guerra: Es una urraca.

El ministro de instrucción pública: Yo creo que la urraca es ella, la generala.

El ministro de justicia: Otra que tal baila. ¡Con que desfachatez juega a reina!

El ministro de estado: Señores, señores...

Cap. 004 (62)

El ministro de guerra: Para mí muy ratos, tiene la gracia de acabar. ¿Han visto ustedes lo de los espejos? Los desmisa, se encantan de todos, y los vende al extranjero. ¡Qué tío!

El ministro de agricultura: Ha hecho bien. ¿Para qué queremos nosotros los espejos?

El ministro de justicia: Tiene usted razón. Si es cierto lo de que la cara es el espejo del alma será mejor que no nos miremos al espejo.

El ministro de agricultura: Sería darnos vergüenza.

El ministro de la guerra, riendo: ¡Pero si no la tenemos!

El ministro de agricultura: ~~La gentuza no habla del general con tanta~~ ¡Irreverencia como nosotros, que le lo debemos todo.

El ministro de estado: No se alborote usted, querido colega. Sus nuestras palabras no hay la menor chispa de ironía. El general, ¿para qué vamos a engañarnos si todo el mundo lo sabe? es más listo que un coporro, tontaina como una beata y cauto como una cupletista pero es un militar experto y valiente y en el fondo lo queremos todos.

El ministro de agricultura, aferrado a su muletilla: ¡y es el amo.

El ministro de justicia: Sí, hombre, sí: el amo. El mejor, el que más nos conviene. ¿Qué

hariamos nosotros con un amo honra- 54
do?

Cap. 004 (64)

Un ujier, anunciando: Su Excelencia el general.

— Entra El general Palmiro. Se uniforme y con talones muy altos. Aire frío, altanero.

El general Palmiro: Buenos días, señores.

Los ministros: Dios se los dé también buenos a Su Excelencia.

El general Palmiro, sentandose a la cabecera de la mesa: Siéntense ustedes. Despacharemos los asuntos del día y luego les comunicaré algo de suma importancia para la vida del régimen.

— al ministro de la guerra:

Puede usted empezar. ¿Qué hay de nuevo?

El ministro de la guerra: Mucho y malo.

— El general Palmiro frunce el entrecejo —

Los soldados, según parece, se quejan de comer poco y mal. Y de vestir pez.

El general Palmiro, con desdén: ¿Pues qué se figuraban? ¿Que el cuartel era el hotel Ritz y que les íbamos a vestir de frac?

Los soldados no cuentan, general.

El ministro de la guerra: Lo sé, Excelencia.

El general Palmiro: ¿Y los oficiales? ¿Supongo que los oficiales no se quejarán?

El ministro de la guerra: No deberían ~~[illegible]~~ quejarse

por patrióticos y por [illegible] respeto al uniforme. Pero se quejan.

El general Palmiro, alarmado: ¿Pues qué les pasa?

El ministro de la guerra: Que desde que se suprimió el racionamiento andan de mal en peor. Antes, con el racionamiento, que vendían a las tiendas de comestibles, iban tirando y se hacían hasta rapa. o Triple. Pero hoy, [illegible] con la venta libre, [illegible] se les acabó el negocio y están que echan chispas.

El general Palmiro: Habrá que solucionar tan grave problema.

El ministro de la guerra: algunos oficiales se han puesto a trabajar.

El general Palmiro, indignado: ¿Trabajar? ¿Dice usted que trabajan? ¡Desgraciados! ¡Los oficiales de nuestro glorioso ejército no han trabajado nunca!

El ministro de la guerra: Los hay que han pedido plaza de camareros. Otros se dedican al teatro. Y los más ilustrados se ofrecen como tenedores de libros.

El general Palmiro: ¡Qué calamidad! ¡Qué bochorno! Nada, nada: hay que solucionar tan grave problema. [illegible] existe

El ministro de la guerra: [illegible] solución: aumentarles la paga.

El ministro de Hacienda: ¡Ah, no! ¡Eso de ninguna manera!

El ministro de la guerra, al de Hacienda: ~~[illegible]~~ Su Excelencia es un ansioso. ¿O teme que ~~[illegible]~~ metamos las narices en sus cuentas?

El ministro de Hacienda: Yo no temo nada. Al fin y al cabo, todos somos unos.

El general Palmiro, severamente: ¡Un poco más de decoro, señores!

El ministro de justicia, al de Estado, en voz baja: Eso es pedir peras al olmo.

El ministro de la guerra: Pues que se aumente el presupuesto de guerra.

El general Palmiro: ¡Qué barbaridad! ~~[illegible]~~ No se puede aumentar el presupuesto de guerra en tiempo de paz.

El ministro de la guerra: Se podría crear un nuevo arbitrio, un nuevo impuesto.

El ministro de Hacienda: Imposible. El pueblo está ya de impuestos hasta la coronilla.

El general Palmiro: Desgraciadamente, no estamos ya en guerra y hay que obrar con cierta discreción, hacer las cosas a la chita callando. La industria y el comercio, o sea: los abnegados, ~~[illegible]~~ los leales patriotas que con su cuenta

Cap. 004(67)

y razón [illegible] defendie-
ron la buena causa [illegible] y hoy se colman
su ambición enriqueciéndose gracias a
que el pobierno hace la vista gorda...

El ministro de justicia: Nos veremos forzados a ello,
Excelencia. Sin la [illegible] salir política de
la vista gorda no nos quedaría ni un solo
partidario.

El general Palmeiro: No, si me lo explico perfec-
tamente. [illegible] nadie se dedica a fabricar
tejidos o a explotar una mina por sen-
timientos. Tuvieron fé en nosotros, se
pusieron de nuestro lado en momentos
difíciles, hay que dejar que se enri-
quezcan... pero sin exceder. Para cada
nueva concesión se estipulará una prima
y un tanto por ciento para [illegible] nuestros
gloriosos ejércitos.

—El ministro de la guerra—
¿Qué le parece a usted?

El ministro de la guerra: [illegible] Pues yo que dentro de poco
la Banca, el comercio y la industria na-
cionales serán antimilitaristas.

—El general Palmeiro
hace un gesto de desa-
grado y se dirige al mi-
nistro: el de Instruc-
ción Pública

El general Palmeiro: ¿Y usted? ¿Qué tal us-
ted de nuevo?

El ministro de instrucción pública: Los intelectuales piden que se abra ~~[illegible]~~ el ateneo.

El general Palmiro, furioso, ~~[illegible]~~ descompuesto, chillando histéricamente: ¿Los intelectuales? ¿Pero no estaban todos en el destierro? ¿No fusilamos a los que no pudieron huir?

El ministro de instrucción pública: Me refiero a los muertos, Excelencia; a los afectos al régimen.

El general Palmiro, con un profundo desprecio: ¡Bah! Esos no cuentan. Esos, a callar y a obedecer. ¿Y para qué quieren que se abra el ateneo? ¿Para ir a tomar café?

El ministro de instrucción pública: Dicen que lo que les interesa es la biblioteca.

El general Palmiro: ¡Badulaques! ¡Pedantes! ¡La biblioteca! ~~[illegible]~~ ¿No son los intelectuales? Pues que escriban sus libros sin entrar a saco en los que escribieron otros.

El ministro de instrucción pública: Dicen, los pobrecillos, que eso les es totalmente imposible. Necesitan consultar textos, hacer citas.

El general Palmiro, indignado: ¿Citas? Eso se queda para cierta clase de mujeres.

El ministro de instrucción pública: ¡Pero, Excelencia!

El general Palmiro, echando chispas: ¡A mí no

se me replica! ¡al que replica lo dimito! ¡Pues bueno fuera! Otra vez buscaré un ministro de instrucción pública que no sepa leer ni escribir. Cap-004 (69)

— Un silencio. Los ministros se miran, pasmados, pero no se atreven a chistar —

Además, según tengo entendido, se quemaron todos los libros de los vencidos.

El ministro de instrucción pública, ~~[illegible]~~ ~~[illegible]~~ tímidamente: Se salvaron algunos, Excelencia.

El general Palmico: Falta de celo. Falta de patriotismo. Sí orden de que se quemaran todos. ¡Que placer inmenso quemar los libros cuando no se puede ~~[illegible]~~ quemar a los ~~[illegible]~~ autores, que son todos unos herejes!

— Un nuevo silencio. Y decide el cabecito:

El ateneo seguirá cerrado. Y la biblioteca ... la biblioteca se la enseñaremos a los forasteros para que se convenzan de que amamos la cultura y cese la campaña de calumnias.

— Con una transición brusca, de amo —

A otra cosa. ~~[illegible]~~

— Al ministro de justicia —

Ahora le toca a usted.

El ministro de justicia: Ya no sé donde meter a los presos. Todas las cárceles del territorio están llenas de bote en bote.

El general Palmiro: ¿Delincuentes comunes? Me parece mucha delincuencia.

El ministro de justicia: Oficialmente, presos por delito común: robo, estafa, y otras menudencias por el estilo. Pero la verdad es que ladrones y estafadores hay pocos en las cárceles. La mayoría son presos políticos.

El general Palmiro: ¿Conspiradores?

El ministro de justicia: No se atreven a tanto: por el momento, desafectos al régimen. murmuradores;

El general Palmiro, iracundo: Hacer dura con ellos. Todo el que no siente amor incondicional y entusiasta por el régimen es un conspirador en potencia. ¿Dice usted que ya no hay cárceles suficientes?

El ministro de justicia: No las hay, Excelencia.

El general Palmiro: ¿Y si habilitáramos como carcel el ateneo?

El ministro de agricultura: ¡Magnífica idea!

El ministro de instrucción pública: ¡Genial!

— El espadón sonríe, halagado.

El ministro de justicia: Magnífica y genial idea, sí, señor. Pero la caída del ateneo sería insuficiente.

El general Palmiro: Pues que se construyan otras cárceles, todas las que sean necesarias. A-

Cap-004(71)

si remediamos el paro obrero durante un tiempo y luego, si ~~[illegible]~~ protestan por haberse quedado sin trabajo, si mete en las carceles a los que las ~~[illegible]~~ han construido.

El ministro de agricultura, entusiasmado: ¡Genial! ¡Genial!

El general Palmiro: No, si a mi no me faltan ideas.

— al de agricultura —

Incluso tengo la de otorgarle a usted, por su celo en servir al régimen salvador, la gran cruz de primera clase de Santa Escolástica!

El general Palmiro, dirigiéndose al ministro de Estado —

¿Y el extranjero? ¿Cambia su actitud hostil hacia nosotros? ¿Nos mira con más buenos ojos?

El ministro de Estado: No, Excelencia. Excepto cuatro republiquitas americanas que viven en estado semisalvaje, los gobiernos de las grandes naciones nos desprecian y la prensa no cesa en su infame campaña de calumnias: que si somos un estado inquisitorial; que si el régimen es la más estúpida y sanguinaria de las dictaduras; que su Excelencia y los ministros, los generales y los obispos nos dedicamos alegremente al robo y hemos convertido la nación en la caverna de ali Babá D...

El general Palmiro: ¿Lo dicen por mi guardia etío-

El ministro de agricultura: mi agradecimiento a tantas cordades será eterno, Excelencia.

pe? ¿Qué Ali Babá es ese?

El ministro de Estado: El de los cuarenta ladrones. Pero añaden que ahora los ladrones somos más de cuarenta, muchísimos más.

El general Palmiro: ¡Bah! ¡Tonterías!

— Al ministro de agricultura —

¿Y la agricultura?

El ministro de agricultura, compungidamente: Mal, Excelencia; muy mal; rematadamente mal. Las cosechas están perdidas.

El general Palmiro: ¿Pues?

El ministro de agricultura: La sequía, Excelencia. Hace muchísimos meses que no llueve.

El general Palmiro: Le pediré al cardenal primado que se hagan rogativas.

El ministro de agricultura: Los campesinos no creen ya en las rogativas.

El general Palmiro: ¡Desgraciados! ¡Han perdido la fe en Dios!

El ministro de agricultura: Por lo visto, tienen más fé en la lluvia.

El general Palmiro al ministro de Hacienda: Habrá que importar unas toneladas de trigo.

El ministro de Hacienda: Imposible, Excelencia. Nadie quiere fiarnos.

El general Patricio: No hay que apurarse: Dios proveerá. Dios es nuestro aliado, está con nosotros.

— al ministro de industria y comercio —

¿Y usted? ¿Tampoco usted puede darnos buenas noticias?

El ministro de industria y comercio: Desgraciadamente, tampoco. Faltan las materias primas. Falta el fluido eléctrico. Las fábricas trabajan tan sólo tres días por semana. Los obreros están descontentos.

El general Patricio: El descontento de los obreros carece totalmente de importancia. Contra el descontento de los obreros tenemos los fusiles de la policía.

El ministro de industria y comercio: Pero es que a los amos les para lo mismo que a los obreros.

El general Patricio, asombrado: (¡Los amos!) ¿También están descontentos?

El ministro de industria y comercio: También.

El general Patricio: ¡Idiotas! ¿No comprenden que deben estar, si no quieren perderse, a merced? ¿No comprenden que amos y gobernados son todos unos?

El ministro de industria y comercio: El sindicato los obliga a pagar a los obreros, trabajen o no trabajen.

El general Patricio: ¡Qué bestialidad! ¡Qué demagogia!

— al ministro de justicia, severamente —

¿Cómo tolera usted tan sedicioso 74
sindicato? ¿No habíamos acabado con todos?

El ministro de justicia: Se trata del ~~[illegible]~~ S. O. P. C., o sea del Sindicato Obrero Patriótico Cristiano, bien visto por la Iglesia y afecto al régimen.

Cap-004(74)

El general Palmiro: Eso es otra cosa... Sin embargo, sería preferible que la Iglesia nos dejara las manos libres en asuntos que no la atañen directamente. Soy patriota y cristiano como el que más, soy el Primer Patriota de la nación y el Primer Cristiano, pero... pero forzoso es confesar que la Iglesia ~~[illegible]~~ abusa un poquito. ~~[illegible]~~ Resulta muy cómodo pagar a los obreros los días que por falta de fluido eléctrico no pueden trabajar. ~~Es~~ Resulta muy cómodo cuando paga otro.

El ministro de Estado: ~~[illegible]~~ al lanzarnos a la guerra, la Iglesia, Excelencia, ~~[illegible]~~ se pidió a Dios la destrucción de nuestros enemigos y bendijo nuestras armas.

El general Palmiro: Ya lo sé, ya lo sé.

El ministro de la guerra: Pero ahora se cobra con usura tan bendiciones.

El general Palmiro: No podemos dejar a los amos en la estacada. No podemos permitir que estén descontentos.

El ministro de industria y comercio: Pero tampoco podemos ponernos a mal con el sindicato. Los obreros, cristianos o herejes, no cuentan y con ellos acabaríamos pronto. Pero es que

los del sindicato tienen con ellos una fuerza invencible: Nuestra Santa Madre la Iglesia Católica Apostólica Romana.

El ministro de la guerra: ¿Quién les meterá a los curas en camisa de once varas?

— El general Patuico se mira con enfado —

El ministro de industria y comercio: Son muy malos, muy ladinos. Piensan en el mañana y con su manera política de hoy quieren hacer olvidar su vergonzosa política de ayer.

El general Patuico, iracundo: ¿En qué tienen que el régimen se venga abajo? ¿En qué creen posible un cambio de régimen? ¡Que se aguanten! ¡Hay Patuico para rato!

El ministro de agricultura, con entusiasmo: ¡Los patuicistas, Excelencia!

Los otros ministros, no tan entusiasmados: ¡Patuicistas.

El ministro de agricultura, poniéndose en pie y a voz en grito: ¡Patuico! ¡Patuico! ¡Patuico!

Los otros ministros, imitándole puestos en pie: ¡Patuico! ¡Patuico! ¡Patuico!

El general Patuico: Gracias. Gracias, señores. Su patriotismo me emociona. Con semejante patriotismo yo, el general más general de todos los generales, y ustedes, los ministros más inteligentes y abnegados de todos los ministros, somos invencibles. ¿Hay a

Cap. 004(76)

santo de qué los cambios, de ministerio o de régimen, si somos el cogollo, la flor y nata, lo mejor de lo mejor? Nada, nada: a seguir uncidos patrióticamente al carro del estado, ~~XXXXXXX~~ y a procurar sacarlo del pedregal. Les anuncié antes de empezar el consejo que tenía algo importante que comunicarles.

— Pulsa un timbre. Comparece un ujier.

Que pasen esos señores —

— Se retira el ujier —

He llamado a consulta, para someterles un caso gravísimo, a los tres sabios más importantes de la nación. Porque, aunque nuestros adversarios afirmen cínicamente que matamos o metimos en la carcel a todos los intelectuales, todavía nos quedan tres.

— Entran, introducidos por el ujier, tres señores muy graves, muy solemnes, muy antipáticos. Saludan, torpemente, con grandes reverencias.

Siéntense ustedes, señores. Les he llamado porque se trata de un caso que no pueden resolver mis ministros. He hablado de ello

con mi mujer, que es, después de Dios, mi consejera, y ella me ha sugerido la idea de reunirla a ustedes. La patria necesita el concurso de sus más doctos y preclaros varones.

— Los tres cortesanos se inclinan, como los fantoches del guiñol, en sucesivas reverencias.

— El pueblo no nos quiere.

El ministro de Hacienda: Naturalmente. El pueblo no puede querer a sus gobernantes. Pero eso no tiene importancia pues, al fin y al cabo, se gobierna siempre contra el pueblo.

El general Palancio, después de mirarle con ensimismamiento al ministro, repite: El pueblo no nos quiere.

— Y prosigue:

Quiero ser libre y, por tan insolente y grave delito, le condenamos al hambre, le damos de palos, le sometemos a un severo régimen policíaco. Debería estar aterrado, humillado, triste, hipocondríaco. Y no lo está. Hace chistes, inventa historietas cómicas y ¡canta!

— Horrorizado, presa de histérica indignación — tal como se lo dijo a ustedes: ¡canta!

— Los ministros y los cortesanos se miran atarantados, sin acertar a explicarse la indignación del general.

Cap-004(78) 78

El ministro de justicia: Canta porque no tiene vergüenza ni dignidad.

El ministro de instrucción pública: O para consolarse. Quien canta su mal espanta.

El ministro de la guerra: El nuestro es un pueblo muy terne y con mucha vitalidad. No hay peste que acabe con él.

El general Palmiro: Cantan los obreros sin trabajo, los niños sin juguetes, las mujeres hambrientas, los presos que van a morir.

El ministro de Estado: ¡Ah! Dejémosles cantar.

El general Palmiro, frenético, iracundo: ¡No! Yo no quiero que canten. Yo no quiero que estén alegres.

El ministro de Estado: Puede que, a pesar de los cantos, no lo estén.

El general Palmiro: Quiero que estén callados, que enmudezcan; no quiero que canten; no quiero que estén alegres, o que lo finjan. La alegría es para los vencedores, no para los vencidos. Se lo quitamos todo: el pan, la libertad, pero les queda la alegría, la alegría de vivir, que se nutre de la esperanza, y es una alegría siniestra, que da miedo.

El ministro de justicia: Acabemos con ella a tiros. O pongamos bozal a los cantores.

El general Palmiro, algo más calmado: Yo tengo otra solución más radical. Vamos a ver: ¿porque can-

Y me han asegurado que incluso cantan los sepultureros.

quiero engañarme, necesito creer que no lo cantan)

C. No; no lo cantan; porque no se oiría nunca. Pero, cantan y su canto sale disparado como una bala. Cantan y su canto es un "trágala": una provocación.

(Cap-004(79))

tan? Esto es lo importante, lo más importante: saber por qué cantan, buscar el motivo, la causa. Si se ignora la causa no se puede encontrar el remedio. Yo señores, con la ayuda de Dios y de mi mujer, creo haberla encontrado. Cantan porque viven en un decorado demasiado ciente, demasiado luminoso; en un clima demasiado benigno. Hemos procurado, con la más buena voluntad del mundo y con un tesón digno de todos los elogios, ennegrecer el decorado: las calles llenas de policía, las reatas de presos, los consejos de guerra, las cárceles, el fusilamiento y el garrote vil. Pero en Primavera el cielo sigue siendo azúl, el aire es templado, hay sol, hay flores, la tierra parece resucitar a la vida. Y con ella, después del frío del invierno, resucitan las canciones, que nacen de la esperanza. Esos miserables saben que llega siempre la Primavera. Y yo quiero que para ellos no llegue nunca más. Yo quiero, mando y quiero y que se haga pronto, que sus vidas sean vidas sin Primavera.

— Una pausa. Los ministros y los sabios siguen sin comprender y se miran unos a otros y le miran al espadón, muy atribulados —

¿La Primavera? Una mozuela impúdica y harto ligera de ropa que retoza ton-

Cap. 004(80)

tamente y encalabrina a las gentes. Es de poco sesó. Nosotros, los ricos, los amos, los graves varones de esta patria austera, ¿para qué la queremos? Con buenos abrigos, casas confortables y mesa bien provista no necesitamos para nada la Primavera. La Primavera no es una cosa seria. La cantan los poetas en los juegos florales. Aquí no queremos cantos ni poetas. Quedan suprimidos los poetas.

El ministro de justicia, sonriendo babosamente: Los suprimimos hace tiempo: a tiros.

El ministro de Estado: Algunos lograron escapar y nos mandan desde el extranjero ramilletes de flores nada cordiales.

El general Palmiro: Esos no cuentan.

El ministro de Estado: Quedan tres o cuatro, afectos al régimen.

El general Palmiro: Esos cuentan menos y nadie les hace caso. ¡Que se vayan al cuerno!

— Con una transición —

— Con una transición —

Me preocupan los otros, los que, sin ser poetas, en vez de llorar y cubrirse con la ceniza de la penitencia, cantan y no cantan por oficio. ¡Con qué afán esperan la llegada de la Primavera! Hay que obligarles a que no esperen nada. Hay que arrancarles de cuajo la mala hierba de la esperanza. Quedan suprimidas la canción, la baya, la risa.

Cap. 004(81)

— Con un odio atroz que pone temblores desgarrados en su voz —

Queda suprimida la Primavera.

— Los ministros y los sabios, pasmados, creyéndole loco, le miran al general. Este, dirigiéndose a los sabios, recalca.

¡Queda suprimida la Primavera! ¿Han comprendido ustedes? Hasta nueva orden me van a suprimir ustedes la Primavera en toda la extensión del territorio. Ordeno y mando y que se haga pronto.

— A pesar de su piel dura, los ministros se sienten avergonzados ante la insensatez del ~~xxx~~ amo. Los sabios se miran atribuladamente sin saber qué hacer ni qué decir. Al fin, uno de ellos balbucea tímidamente unas palabras —

Un sabio: Pero... pero, medite su Excelencia...

El general Palmiro, tajante: Las Excelencias no meditan~~xx~~: ordenan.

El ministro de justicia: Pero si se suprime la Primavera ~~xx~~ no habrá flores.

El general Palmiro: Nos pasaremos sin ellas. Al fin y al cabo, ~~las flores~~ no son comestibles.

El ministro de justicia: Nos pasaremos sin ellas, sí, señor. Pero, ¿y los santitos de los altares van a quedarse sin flores?

Cap. 004 (82)

El general Palmiro, severamente: En nuestra patria, señor ministro, Dios y los santos pueden prescindir sin las flores de la tierra: les basta con las del alma.

El ministro de Estado: ¿Y qué van a comer los súbditos?

El general Palmiro: Lo que se importe del extranjero: conservas. Los Estados Unidos podrán suministrarlas, a cambio de hierro. En los Estados Unidos, el país más civilizado del mundo, sólo se comen conservas.

El ministro de industria y comercio: ¿Y las bestias? ¿Qué van a comer las bestias?

El general Palmiro: Conservas, como nosotros.

El ministro de agricultura, muy atribulado: Pero, permítame su Excelencia... sin Primavera no hay agricultura posible.

El general Palmiro: Nos pasaremos también sin agricultura.

— El ministro pone una cara muy triste —

Pero no tema usted: conservaremos el ministerio.

— El ministro de justicia sonríe, regocijado. El general lo ve y añade: —

Con el de justicia hicimos lo mismo.

Cap. 004(83)

— A los sabios —

Desgraciadamente, no puedo, con todo mi poder, suprimir la Primavera, que no se suprime por decreto. Por eso les he llamado a ustedes, por eso recurro a su ciencia, que lo puede todo.

Uno ~~[illegible]~~ de los sabios: Hacemos lo imposible, Excelencia.

El general Palmiro: En la época de la desintegración del átomo no existe lo imposible. La política es el arte de eliminar lo imposible, de saltárselo a la ~~[illegible]~~ torera.

Otro de los sabios: Pero es que la ciencia es cosa mucho más seria que la política.

El general Palmiro: Por que es seria recurro a ella. O sea: a ustedes. Ustedes son los sabios más sabios de la nación y los sabios lo pueden todo. Quiero que puedan suprimirme la Primavera. ~~[illegible]~~ Si no lo consiguen creeré que su cacareada sabiduría es una engañifa, una estafa indecente, y los mandaré fusilar.

— a los sabios —

Pueden ustedes retirarse.

— a los ministros —

El consejo ha terminado.

X

~~[illegible]~~ La abuela y el nieto acaban de llegar a su casa triste. ~~[illegible]~~ Vienen de mendigar. ~~[illegible]~~ La abuela vacía el capacho encima de la mesa: unas pocas patatas, un pedazo de pan seco.

Atardece.

La abuela, contemplando el mísero botín: Poco es, pero ~~[illegible]~~ menos da una piedra.

El nieto: ¿Hoy podremos cenar, abuela?

La abuela: Pues claro que sí.

El nieto: ¿Y mañana también?

La abuela: ¡Quién sabe! Mañana está muy lejos.

El nieto, arrumbado: ¿Muy lejos?

La abuela: Pertenece al futuro y nosotros no tenemos futuro, no tenemos mañana.

El nieto: Eso no puede ser, abuela. Vendrá la noche, que está ya al caer, y después de la noche llegará la mañana vestida de luz. Y ~~[illegible]~~ un día la luz de la mañana será más resplandeciente que nunca, y en las ramas de los árboles ~~[illegible]~~ aparecerán las ~~[illegible]~~ hojas: unas hojas pequeñitas, de un verde casi blanco, y en los prados habrá flores y pájaros en el cielo. Y ya no ~~[illegible]~~ hará frío y ya no tendremos que oír los ramos pidiendo limosna. Entonces ~~[illegible]~~ será bueno vivir, abuela. Será como un milagro, como uno de esos milagros tan bellos de los cuentos

de hadas.

La abuela, amargamente: De milagro vivimos.

El nieto: ¿Ahora? ¿Hoy? ¿Con frío y mendigando?

— La abuela calla. El nieto la contempla esperando que le descifre el enigma.

Aparece Casiano el loco con un haz de retamas secas que deja en el suelo, al lado del hogar.

Casiano el loco: Para que no paséis frío.

La abuela: Gracias, Casiano. Eres muy bueno. ¿Porque serás tan bueno?

Casiano el loco: ~~[illegible]~~ Pues no lo sé. Quizá porque estoy loco.

El nieto: Dime, abuela: ¿qué quiere decir vivir de milagro?

La abuela: Morirse de hambre.

— El niño la mira sin comprender. El loco se ríe.—

El niño: Tengo frío.

~~[illegible]~~ Casiano el loco: Ha nevado en la montaña.

La abuela: ¡Cuanto tarda este año la Primavera!

Casiano el loco: ¿La Primavera? ¿Esperáis la llegada de la Primavera? Inútil espera. Ya no volverá. Se fué al otro mundo.

La abuela: ¿Cómo que se fué al otro mundo?

Casiano el loco: Pues que la mataron.

La abuela, mirándole con pena al loco: ¿Dices que la mataron? ¿A la Primavera?

Casiano el loco: A la Primavera, sí. Yo la vi morir. La mataron los sensatos; los que, no pu-

Cap. 004(86)

diendo con su sensatez, desencadenaron la guerra. ~~Las~~ Llegaron una mañana clara, llenando el aire de estampidos, corriendo la pólvora. Maniataron, riendo, a los que lloraban; los llevaron hasta la tapia del cementerio y los fusilaron. La Primavera cayó con ellos. Tenía una rosa de sangre en el pecho.

(Cap. 004 37)

XI

En casa del alcalde del pueblo. Encima de una cómoda, presidiendo, una imagen de la Virgen ante la cual montan la guardia dos floreros con flores de trapo. En la pared, sin que decir tiene, un gran retrato del general Palmiro.

En una mesa de las llamadas de ministro, vieja y fea — a tono con el resto del mobiliario — dulces, copas y unas botellas de vino.

En el salón del monterilla se han reunido para recibirle al nuevo teniente de la guardia rural, que acaba de llegar, los notables del pueblo: el cura, el boticario, el maestro de escuela, el médico, el rico propietario, el militar retirado, la esposa del boticario, la del militar retirado, etc., etc. Fauna desagradable y peligrosa, bichos que se dicen domésticos pero que están por domesticar, amalgama de lo grotesco con lo siniestro. Diríase un aquelarre visto por Daumier.

El alcalde: La verdad, señor teniente: tenemos miedo.

La alcaldesa: Un miedo espantoso, señor teniente.

El cura: Yo, por las noches, no me atrevo a llevarles el viático a los que agonizan fuera del pueblo.

La esposa del boticario: Las personas honradas, las que amamos el orden y la religión, nos morimos de miedo.

El médico: Antes, cuando alguien nos hablaba de que el monte estaba infestado de

Cap-004(88)

rebeldes que cometían sinnúmero de fechorías nos encogíamos de hombros, diciéndonos, para tranquilizarnos: "¿Los del monte? ¡Patrañas! ¡Fantasías!" Cómo no les veíamos nunca aparecer por aquí, no creíamos en su existencia.

La alcaldesa: Pero cuando aparecieron por fin... ¡Fué horrible, señor teniente! ¡Horrible! Llegaron a media tarde. La plaza estaba llena de gente. En la puerta de la casa-cuartel, el teniente hablaba con los guardias que iban a salir de servicio... Sonaron unos disparos y el teniente y los guardias cayeron.

El teniente: Sí, ya sé.

La alcaldesa: La gente, corría enloquecida en todas direcciones, gritando: ¡Los del monte! ¡Son los del monte!

El teniente: ¿Pero cómo, habiendo tanta gente en la plaza, pudieron escapar?

El médico: La confusión, el miedo...

El cura: Si Dios no lo remedia acudiendo en nuestra ayuda, estamos perdidos.

El boticario: Tiene razón el señor cura: estamos perdidos.

El maestro de escuela: ¡Caro vamos a pagar el triunfo de nuestra santa causa!

El rico propietario: Ya lo estamos pagando.

La esposa del rico propietario: ¡Dios mío, no abandones a los pobrecitos ricos, que tanto te ama-

Cap-004(89)

mos!

El alcalde: Será mejor que le dejemos (tranquilo) a Dios y procuremos salir del atolladero sin su ayuda.

— al teniente —

Necesitamos guardias, muchos guardias.

El teniente: Con los que he traído me basta y sobra. Son tíos a los que no se les arruga el ombligo; tíos con muchas pelotas. Pero habrá que ayudarnos, tendrán que colaborar ustedes. Es decir; ustedes, no: los mozos. ¿Son muchos?

El alcalde: Bastantes.

El teniente: ¿Afectos al régimen?

El médico, que, cuando no tiene miedo, es un guasón: Afectísimos seguros servidores.

El teniente, que no se ríe nunca: ¿Tienen arma?

El alcalde: Todos.

El teniente: ~~[illegible]~~ Que se presenten con ellas en la casa cuartel. Desde mañana patrullarán todas las noches por el pueblo ~~[illegible]~~ y sus aledaños en grupos de cinco.

El alcalde: ¿Dice usted que por las noches?

El teniente: Sí, señor.

El alcalde: Pero es que... Es que apenas anochece ~~[illegible]~~ las gentes se encierran en sus casas y no se atreven a salir hasta que asoma el día.

El teniente: A eso le llamo yo...

— a las señoras —

y ustedes perdonen... fal-

Cap. 004(90)

ta de redaños. Pero esto se acabó. Estamos otra vez en pie de guerra y hay que dar el pecho. Desde mañana, el pueblo a oscuras y patrullas durante la noche. La semana próxima daremos la primera batida en el monte para limpiarlo de fieras.

Cap-004 (91)

XII

El monte. Un claro en el bosque. Amanece y los picachos nevados se pintan de rosa.

Los guerrilleros combaten con un pequeño destacamento de guardias rurales. Descargas cerradas, ráfagas de ametralladora.

Llegan unos guerrilleros llevando herido a uno de sus compañeros. De cuando en cuando el viento cimero arrastra grandes nubes de humo que levanta del suelo y hace danzar en las copas de los árboles.

Llegan El capitan y un grupo de insurgentes custodiando al Teniente de la Guardia Rural, que anda cojeando. Ha cesado el tiroteo.

El capitan se sienta en una piedra.

El capitan, al oficial prisionero: Supongo que estarás satisfecho. ¿No tenías tantas ganas de dar con los guerrilleros? Ya diste con ellos. Tu, según tengo entendido, te enorgulleces de no hacer prisioneros. Nosotros, tampoco los hacemos: no sabríamos donde meterlos. En el monte no hay cárceles como en las ciudades. Tú serás la excepción de la regla.

El teniente de la Guardia Rural: ¡Bandidos!

El capitan: Tú serás nuestro prisionero. Lástima que no podamos lucirte en calidad de trofeo de guerra. Lástima que no podamos guardarte

algún tiempo entre nosotros.

Pedro, asombrado: ¿Piensas soltarlo?

El capitan: Pues claro que sí.

— Murmullo de disgusto, entre los guerrilleros, cuyo número va aumentando con los que llegan — algunos con los uniformes y el armamento de los ~~[illegible]~~ guardias caídos — una vez terminado el combate. ~~[illegible]~~

Pedro: Me parece un disparate. Muerto el perro, acabada la rabia.

El capitan, a los guerrilleros recien llegados: ¿Se acabó?

El Rana: No ha quedado ni uno.

~~[illegible]~~

— Dejan los guerrilleros en el suelo los uniformes, las botas, los gorros, las armas de los muertos —

El capitan, a Pedro: Pues, sí: le voy a soltar. ¿Qué harían en el pueblo sin él? No podemos privarles de un valiente como este.

— al Rural —

Porque, según tengo entendido ... aquí nos enteramos de todo, ... eres un valiente.

Pedro: Valentía de chulo. Valentía de asesino de mujeres y niños.

El capitan, a Pedro: Calma, calma.

— al Rural —

Le aseguraste al alcalde, ese pollino, que acabarías con los del monte. ~~[illegible]~~ Lástima grande que no lo hayas logrado, verdad? Fuiste demasiado ambicioso. Con los del monte no acaba nadie: ni tú, tan valiente. Seremos los del monte quienes acabaremos contigo.

Pedro: ¿Entonces, le pegamos cuatro tiros?

El capitán: No. He dicho que lo soltamos y lo soltaremos. Quiero que, al verle, el miedo de los del pueblo sea un miedo terrible, pavoroso, que les hunda en la locura.

— al Rural —

Hoy acabaron para siempre tus baladronadas. Hoy acabó para siempre tu valentía. ¡A ver, vosotros!

— a unos guerrilleros —

Le cortaréis la lengua. Le cortaréis las manos. Y lo pondréis, para que regrese al pueblo, en el lindero del bosque.

— al Rural —

¿Qué? ¿Te parece una salvajada? A mí también. Pero vosotros las hicisteis peores, mucho peores, mil veces peores.

XIIII

El hall del teatro de la opera. Noche de gala, ~~[illegible]~~ representación de gala en honor del general Pakenio.

Mucho frac. Muchos uniforme. Las señoras, cargadas de joyas; los hombres - decir los caballeros sería extralimitarse y mentir descaradamente - cargados de condecoraciones.

El jefe del cuarto militar del general, al jefe superior de policía: ¿Se han tomado todas las precauciones?

El jefe superior de policía: Todas. Tengo en el teatro trescientos agentes.

El jefe del cuarto militar del general: ¿Y en las calles?

El jefe superior de policía: También. En todas las calles por donde pasará su Excelencia, en los áticos y en las porterías, hay numerosa vigilancia. Además de la guardia Etíope, que es muy decorativa pero de la que no me fío, ~~[illegible]~~ y cierran el itinerario un pequeño destacamento de policía montada.

El jefe del cuarto militar del general: ¿No serán excesivas tantas precauciones? ¿No dirán las gentes que su Excelencia tiene miedo?

El jefe superior de policía: La vida de su Excelencia el general Pakenio es preciosa, casi sagrada y todas las precauciones contra un posible atentado son pocas.

El jefe del cuarto militar del general: ¿Usted cree en

Cap. 004 (95)

la posibilidad de un atentado?

El jefe superior de policía: Hemos evitado ya más de uno.

El jefe del cuarto militar del general: ¿Entonces...?

El jefe superior de policía: Cunde el descontento, mi coronel.

El jefe del cuarto del general: Entre el bajo pueblo, ya me lo figuro.

El jefe superior de policía: No, mi coronel. Es decir: sí, mi coronel. Pero, además de entre el bajo pueblo, cosa que no tendría la más mínima importancia, entre la aristocracia, la burguesía, los comerciantes, los funcionarios.

— (con desolación de monigote —

Temo que incluso entre mis subordinados.

El jefe del cuarto militar del general: ¡Pero, hombre!...

El jefe superior de policía: ¿Sabe usted de donde salen los chascarrillos y las historietas que hacen befa y escarnio de su Excelencia? ¡De los círculos aristocráticos! ¿Sabe donde se imprimen las hojas clandestinas? ¡En la imprenta del Diario oficial! ¿Sabe cómo llegan las que nos mandan los emigrados? ¡Por la valija diplomática!

El jefe del cuarto militar del general: ¡Inaudito!

El jefe superior de policía: No diré yo que se conspira en los cuartos de banderas... No me atreveré a decirlo... Pero sí diré que cada día son más los oficiales que se arrepienten de haber tomado parte en la sublevación...

El jefe del cuarto militar del general: ¿Está usted seguro?

El jefe superior de policía: Segurísimo. Y puedo añadir que también la Iglesia empieza

Cap-004 (96)

a volvernos la espalda. Y esa sí es mala señal porque los curas gozan fama de tener buen olfato.

Oyense en la calle unos vítores, unos aplausos.

El jefe del cuarto militar del general: ¿Y esas aclamaciones? ¿Y esos aplausos? ¡Es el pueblo que vitorea al general!

El jefe superior de policía: No, señor: son mis agentes que esta noche se han disfrazado de persona. Los generales, como los tenores, también tienen claque.

— Voces de: ¡Ya llega! ¡Ya llega el general!

La concurrencia abre calle para que pase el salvador de la patria.

La marquesa de Tal, a su marido: Cada día me hacen menos gracia las fiestas en honor del general.

El marqués: ¿Pero, mujer, por qué?

La marquesa: Porque temo que acaben como empezaron: a tiros.

— Llegan, con numeroso séquito y vestidos de gran gala — él, de uniforme; ella con traje de noche, diadema (con más gusto llevaría el estafermo una corona) collar de perlas, brazaletes, sortijas... — El general

El jefe del cuarto militar del general, escandalizado: ¡También los curas!

El jefe superior de policía: También.

El jefe del cuarto militar del general: Los curas, la aristocracia, la burguesía, el ejército; en una palabra: las fuerzas vivas, las columnas de la sociedad. ¡Absurdo! ¡Increíble! ¿De qué se quejan?

El jefe superior de policía: No se quejan. Tienen miedo. El miedo está haciendo estragos en las columnas de la sociedad.

El jefe del cuarto militar del general: ¿Miedo a qué? ¿A quién?

El jefe superior de policía: Al mañana, a lo que puede estallar el día menos pensado, a la desesperación de los vencidos.

El jefe del cuarto militar del general: ¡Que estupidez!

~~Somos los vencedores~~ Lo tenemos todo: el dinero, las armas. Somos los vencedores.

El jefe superior de policía: Pues ya ve usted: los vencedores tienen miedo de los vencidos.

Cap. 004 (97)

Palmira y su mujer. 97

La condesa de Cual, pasmada, a su marido: ¡Pero si es mi collar de perlas! El que dí, quieras que no, para ~~[illegible]~~ las Navidades de los huérfanos de la guerra! ¡Vaya urraca nos ha salido la generala!

El conde, que no quiere líos, la pellizca en el brazo.

Himno. Brazos en alto. Gritos sincopados de: "¡Palmiro! ¡Palmiro! ¡Palmiro!"

La hija del nuevo rico, a su padre: ¿Papá: ¿porque siempre le llaman tres veces al buen señor? ¿Es que es sordo?

El nuevo rico, vestido de frac pero más grosero que una ristra de ajos: ¡Cállate, mocosa, que si te oyen a mí me retiran los permisos de importación y a tí te afusilan!

Cap-004(98)

XIV

La celda en la carcel. Por los sucios cristales del ventanuco entra la luz fria y gris de la tarde.

El comerciante: ¿No tienen ustedes frio? Estamos a finales de abril, y hace frio, verdadero frio. ¡Cosa más rara!

El joven: Por lo visto, tambien los elementos andan trastornados.

El viejo: Tiene razón el señor. Hace frio. ¡Cuanto tardara este año en llegar la Primavera!

El joven: (a todos) Las habrán encarcelado por faltas a la moral. ¡Como la linda doncella puede presentarse con tan poca ropa!

— El viejo sonrie.

El régimen del general Patulco impone la moralidad más rápida y severa. Se han desaparecido las estatuas que no llevaban, como traje, una hoja de parra. En las playas las señoras se bañan con camisón de dormir, y a los crucificados, a los pies, como San Sebastian, visten siempre elegantes trajes de fantasia, calzoncillos, nunca hubo en nuestro país tanta moralidad como ahora, ni tanta prostitución y pornografia como ahora.

El comerciante: ¡Calumnia! ¡Calumnia vil! ¡El general Patulco, cuya vida nos conserve Dios muchos años, es un caballero cristiano, su régimen lo ha bendecido nuestra Santa Madre la Iglesia católico-apostólico-romana!

El ladrón, con desgano: Cállate la boca, lechuzo. Mientras tú te pudres en la carcel seguro que tu mujer y tu hija estarán puteando por ahí.

Cap. 004 (99)

El ~~[illegible]~~ joven, al comerciante: Pero, hombre, ¿cómo es posible que a pesar de lo mal que le tratan siga usted siendo palmirista?

El viejo: Pues porque si dejaba de serlo no sabría qué ser.

El montañés, en un rincón: Ya me está incordiando el palmirismo de este tío. Palmirismo de cretino.

~~[illegible]~~ O de aficionado a verdugo

El comerciante: ¿Es que aquí no se puede opinar libremente?

El montañés, yéndose a él, amenazador: Ni aquí ni en parte alguna dónde mande Palmiro.

El viejo: Déjele usted. No vale la pena.

El ladrón, al joven: ¿Porque ha dicho usted que lo tratan mal? ¿Por haberle metido en la carcel? Es más ladrón que yo. A pesar de dárselas de persona decente, es más ladrón que yo.

El comerciante, acurrucado en un rincón: Lo que más me duele, lo más intolerable es la compañía que me han dado. ¡A un caballero como yo!

El montañés: No te apures, monada: cuando salga te llevaré conmigo al monte. Allí no tendrás frío.

El viejo, frotándose las manos: La verdad es que no nos vendría mal una estufita.

— Se abre la puerta de la

Cap.-004(100)

celda y un oficial de prisiones mete dentro de un empujón al ciego cantor.

El oficial: Ahí va un nuevo inquilino.

- Sale, cerrando la puerta. El ciego avanza a tientas y tropieza en las piernas del tabernero, tendido en el suelo.

El tabernero: ¡Eh, compadre! ¿Lo que está usted ciego?

El ciego cantor, más que viejo, envejecido, que habla con acento extranjero: Sí, sí, señor: ciego. Soy ciego. Disculpeme usted.

El viejo, tocándole del brazo al ciego: Por aquí, venga por aquí, compañero.

- Le sienta en el suelo y él se sienta a su lado. Los otros presos, excepto el comerciante, que sigue enfurruñado en su rincón, le rodean.

El ciego cantor: ¿Esto debe ser la cárcel, verdad?

El viejo: Sí, señor: la cárcel.

El joven: ¿Qué habrá hecho usted para que le traigan aquí a pesar de ser ciego? Será tentarse de un arma.

El ciego cantor: No, no se trata de un arma.

El montañés: Supongo que no le ha pegado usted cuatro tiros al general Patiño.

El ciego cantor: No sé quién es ese general.

El joven: El amo.

El ciego cantor: Yo no puedo repartir cuatro tiros a nadie: me falta lo principal.

El ladrón: ¿La pistola?

El ciego cantor: La vista.

- Un largo, un penoso silencio -

El viejo: ¿Ciego de nacimiento?

El ciego cantor: No, señor: de un accidente en la mina.

Porque yo era minero.

- (con inmenso respeto -

Un buen minero, ágil y fuerte. Y un hombre alegre, enamorado de la vida.

El joven: ¿Y de pensar de su oficio de minero?

El ciego cantor: Precisamente por él. El de minero es un hecho oficio. El minero, al volver a la luz, terminado el trabajo, parece nacer cada día. (Los demás hombres sólo nacen una vez. Y algunos quisieran no haber nacido.

- Un silencio -

Tenía una novia, íbamos a casarnos pronto. Decía quererme mucho pero cuando me quedé la desgracia se fué con otro. Hizo bien y no le guardo rencor a la pobrecilla. ¿Qué habría sido de ella conmigo, ciego y sin poder trabajar? (Los primeros tiempos me sentí muy desgraciado. (La luz) se había apagado para siempre en mi vida. Era como si me hubiesen condenado a no salir nunca más de la mina. Algún domingo venían los compañeros

Cap-004(102)

a verme. Después se cansaron y dejaron 102
de venir. No tenía la pensión de accidentes
del trabajo porque el ingeniero y
el capataz se las arreglaron de manera que
pudiesen probar que yo era el único cul-
pable del accidente. Los ingenieros y los capata-
ces pueden, cuando le conviene a la compañía, probar lo que les
dá la gana. ¡Qué le vamos a hacer! En ca-
sa era un estribo, una boca
de más. Tenía un solo amigo: el per-
ro, un perro que me quería mucho y antes me acompañaba a
la mina y, después, cuando me quedé
ciego, no se movía de mi lado. ¡Cómo saben
querer los animales! Y tenía el acordeón,
mi acordeón. Con él me iba a tocar cuando
había boda o bautizo en el poblado minero. O
cuando los mozos armaban un
baile en la plaza. Los días de trabajo, solo en
casa, tocaba para mí. Fué entonces cuando
empecé a cantar. Antes del acci-
dente no sabía. Después, sí. Con los pája-
ros sucede lo mismo: les ciegan con un hier-
ro candente para que canten mejor. Un día
me cansé de mi vida triste en la casa triste
y me fuí con el perro a correr los caminos del
mundo cantando. Y de pueblo en pueblo lle-
gué a vuestra tierra.

El viejo: Mal le han hospedado a usted en
ella.

El joven: ¿Pero por qué le han metido preso?

El ciego cantor: Me dijeron que porque cantaba.

Cap. 009 (403)

— Le miran con extrañeza —

El joven: Se lo decían en broma.

El ciego cantor: No creo, porque en ningún país las bromas llevan a la cárcel. No, no; me lo dijeron muy en serio y en muy mala forma.

El viejo: Será que habían suprimido la mendicidad.

El ciego cantor: No, creo, porque yo no pedía [illegible] Pedir, nunca. No sabía, no podía. [illegible] Simplemente: cantaba, que es una manera de trabajar como otra cualquiera. Al que me alarga una moneda le doy las gracias y en paz. No, no; no han prohibido la mendicidad. Un cojo fingido, caballero de no sé qué, que pedía por Dios, me dijo que la mendicidad se había convertido, de un tiempo a esta parte, en la industria nacional. Se puede pedir, pero no se puede cantar. Lo han prohibido por decreto. ¿Y que el país está de luto?

El joven: Sí, señor. De luto: de luto por la decencia y la dignidad.

El ciego cantor: Lo que siento de veras es que me hayan separado del perro. ¿Qué habrá sido de mi pobrecillo? ¡Cómo me quería! ¡Y cómo le quería yo, que ya sólo podía querer a él!

XV

Las comadres se han reunido en casa de la abuela. Prima hora de la tarde, de una tarde fría con viento que bate el llano.

En el hogar arde, como en pleno invierno, el fuego.

La abuela, arrebujada, como las otras comadres, cabe el fuego: ¡Que cosa más rara! Estamos en abril...

— a una de las comadres —

¿Estamos en abril, verdad?

La comadre: En abril, sí.

La abuela: ... y el invierno no se decide a marcharse.

Otra comadre: Hace frío, verdadero frío, como en pleno invierno.

La abuela: Por las mañanas el campo amanece con una capa de escarcha, como en diciembre.

Una comadre: Y, como en diciembre, nos visita la nieve. La lluvia en el llano es nieve en el monte. Y a veces también en el llano.

Otra comadre: Los trigos están que da pena verlos. apenas levantan un palmo.

La abuela: No florecieron los almendros, que anuncian la llegada de la Primavera. Ni las acacias se pusieron su perfumada peluca blanca.

Una comadre: Los árboles, los almendros y los otros, siguen con las ramas negras y desnudas.

Otra comadre: Como las vides, que tampoco dan señales de vida

La abuela: No habrá vino. No habrá pan. Las cosechas estan perdidas

Una comadre: ¡Que raro!

Otra comadre: ¡Nunca vióse cosa parecida!

La abuela: Es inexplicable.

Una comadre: Y, como todo lo inexplicable, da angustia.

La abuela: No ha vuelto la cigueña que anidaba en lo alto de la torre de la iglesia.

Una comadre: Ni las golondrinas, que cuelgan sus nidos bajo el alero.

Otra comadre: Ni el ruiseñor, que los otros años, mediado abril, ya cantaba á orillas del torrente.

Una comadre: Ni han llegado las cardelinas.

Otra comadre: Y emigraron los pinzones.

Una comadre: La alheña no ha dado su flor.

Otra comadre: Ni vióse a las mariposas, que son flores que se lleva el aire.

La abuela: Mirad. La nieva otra vez y el aire se llena de mariposas blancas.

Una comadre: ¡Cuanto tarda la Primavera!

Cap-004(106) 106

XVI

La plaza del pueblo, anillada de soportales.

Domingo. La gente sale de misa. Ropas negras, almas negras. El sol se esconde tras una tupida cortina de nubes – diríase que, como las humanas criaturas, tiene miedo – y empieza a llover.

La alcaldesa, arrebujándose en su abrigo: ¡otra vez la lluvia!

La médica: Por no variar.

La boticaria: Y menos mal si la lluvia no se convierte en nieve.

El alcalde: Hace un frío impropio de la estación.

El médico: Un frío que pela.

El boticario: Estamos a dos bajo cero, señores.

El alcalde: Es verdaderamente inexplicable.

La alcaldesa: De cuando en cuando asoma el sol, pero se esconde pronto. Diríase que no quiere vernos, que le damos asco.

La boticaria: Un sol palidecho, ictérico, de ojo legañoso.

El ~~[illegible]~~ rico propietario: Este año me arruino, señores. Como ~~[illegible]~~ siga el tiempo poniéndonos mala cara, me arruino. La cosecha del trigo está ya perdida; vino, no habrá gota; no puedo llevar los rebaños al monte a causa de la nieve. ~~[illegible]~~ Y en

si fuera poco, las tasas, los impuestos, las suscripciones. El gobierno del general Palmiro debiera ~~[illegible]~~ apiadarse de los pobres ricos y no agobiarnos con tantas suscripciones. Estamos peor que con la República.

El alcalde, atemorizado: ¡Por Dios, no diga usted eso!

El rico propietario: ~~[illegible]~~ ¡Es la pura verdad!

El alcalde: Sí, señor: es la pura verdad. Los republicanos ~~[illegible]~~ eran unos badulaques, unos infelices, ~~[illegible]~~ ~~[illegible]~~ nosotros, los anti republicanos, nos iba mejor con la República, pero debemos callárnoslo y ponerle ~~[illegible]~~ al mal tiempo buena cara.

El rico propietario: ¿Se refiere usted al frío o al gobierno?

El alcalde, con ~~[illegible]~~ miedo de que el teniente de los rurales le haya oído: al frío, al frío.

El rico propietario, malhumorado: Esa es otra broma: el frío. ¿No decían que Dios estaba con nosotros?

El juez: Nos habrá olvidado. ¡Tiene tanto qué hacer el buen señor!

El rico propietario: En el monte hay más de un metro de nieve, ¡y los corderos en el corral!

El boticario: En el monte hay algo peor que la nieve: los guerrilleros.

El rico propietario: ¡Hiál rayo les parta! ~~[illegible]~~ También les entró la manía de los impuestos. Me arrancaron cien mil pesetas por el rescate del chico, un granuja que no vale dos reales.

que se dedicaban con gran entusiasmo a la
discusión y a los vicios de moda.

Cap. 004 (108)

El teniente de la Guardia Rural: Con los guerrilleros acabaremos nosotros, los rurales. Deje usted que llegue el buen tiempo y verá qué paliza les damos.

El rico propietario: El otro teniente, que tenía siempre las pelotas en la boca, quiso intentarlo y pagó cara la intentona.

— El teniente se calla, molino —

El alcalde: Además, ¿cuándo llegará el buen tiempo?

El juez, al médico y al boticario: Para ustedes ha llegado ya. Las pulmonías abundan pues una bendición. ¡Bonito negocio!

El médico: Sí, señor; un negocio excelente: para mí, para el amigo,

— Por el boticario —

y para el señor cura, que también cobra lo suyo.

El boticario: Y para los guerrilleros, que se ríen del mal tiempo y nos tienen muertos de miedo. El mejor día se presentan en el pueblo y nos cazan como a ratones.

El teniente de la Guardia Rural: ¿Estando yo aquí? ¡Ni soñarlo!

La alcaldesa, a la esposa del rico propietario: Sí, señora. Pues claro que hay cine: como todos los domingos. Echan una película nacional, pero no va nadie.

La esposa del rico propietario: ¿Porque es nacional?

Caf-004(109)

La alcaldesa: No, señora: porque es muy mala. Pero, sobre todo, porque anochece pronto y no es prudente andar por las calles después de anochecido.

La esposa del rico propietario: ¿También usted tiene miedo?

La alcaldesa: Como todo el mundo. El día que se les antoje, bajan los del monte y hacen una degollina.

La esposa del rico propietario: ¡Jesús! ¡Qué horror!

La boticaria: Lo mejor para acabar con esos bandidos sería pegarle fuego al bosque por los cuatro costados.

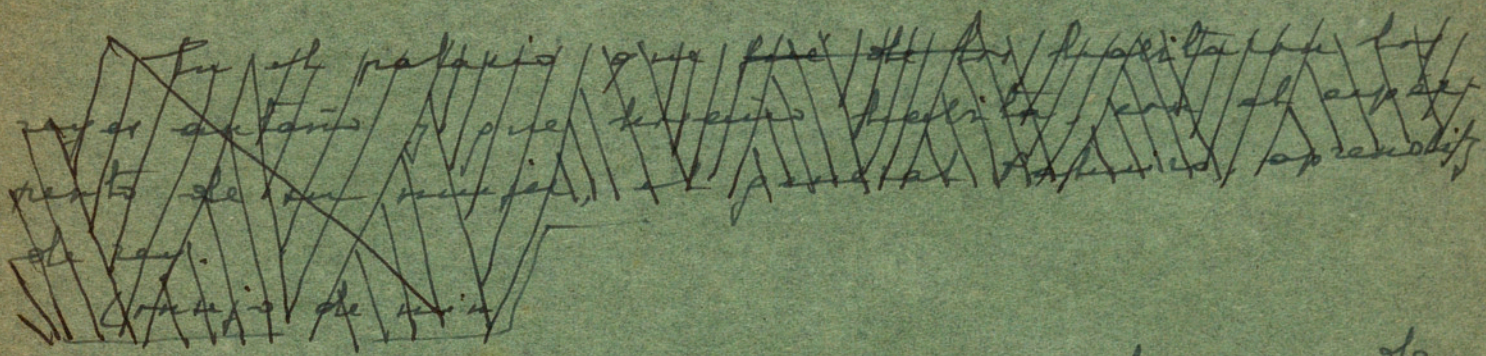
La esposa del rico propietario, asustada, indignada: ¡No, no! ¡No, de ninguna manera! El bosque ~~[illegible]~~ es propiedad de mi marido.

Cap-004 (110)

XVII

~~En el palacio que fué de los habitaron los reyes antaño y que hoy ha habitado, con el esperpento de su mujer, el general Palmiro, aprendiz de rey.~~

~~Consejo de ministros~~



En la frontera. Un lugar en la raya de la frontera. Dos o tres barracones de madera en los que, pagándolo bien, se come, se bebe y pueden adquirirse un sin fin de productos de la nación vecina: tabaco, perfumería, zapatos, etc. Puede que con el tiempo los barracones se conviertan en un pueblo.

Del lado de la nación vecina el paisaje es grato, amable, riente: prados de un verde que parece recién pintado, trigos que ya amarillean, árboles majados de frutos, flores. Del lado del feudo palmirista, el paisaje es ascético, desolado, a base de ocre, siena y gris: los árboles, con las ramas desnudas; los prados, secos; los campos, en barbecho; ni un pájaro; ni una flor.

Los pobladores del feudo del invicto general, estrechamente vigilados por aduaneros y guardias rurales, contemplan atónitos y envidiosos la tierra prohibida, alegre y fecunda, dónde las gentes ríen, comen y cantan.

Un sol de fuego, espantoso, que lo abraza todo, ~~[illegible]~~ en el

territorio patriarista. En el cielo del terri- 111
torio vecino - y más pálido, levemente brumoso en el
horizonte - bogan unas blancas nubecillas rosadas.

Un matrimonio patriarista: Pues, sí: a un frío
[illegible] intenso que ha durado hasta fi-
nales de junio ha sucedido un calor
asfixiante y terrible que lo abrasa todo.
El aire se ha hecho irrespirable. Hemos pasa-
do sin transición del invierno al verano.

Una pareja de jóvenes del país vecino, con los brazos
y las piernas al aire, casi desnudos: ¿Porque no
os aliperáis de ropa?

Un matrimonio patriarista: Porque las autori-
dades de nuestro país no lo permiten
y nos meterían en la cárcel
por ultrajes al pudor. En nuestro país
hay mucha moralidad.

Una pareja de jóvenes del país vecino: ¿Qué tiene
que ver el calor con la moralidad? ¿Qué
tiene que ver con la salud?

Un matrimonio patriarista: Lo ignoramos. Pero puede
que sí tenga que ver con la política. En el
[illegible] nuevo régimen, que es aperitivo,
todo tiene que ver con la política: la
poesía, la música, las modas, la cocina, la
higiene.

Un señor viejo, patriarista, a Un señor alegre, del otro
lado: [illegible]
[illegible] El nuestro es un país maravilloso.

Un señor alegre: Pero, más o menos, como todos.

Un señor serio, tristemente: No; como todos, no. Como el nuestro, no.

Un señor alegre: ¡Ah, claro! El vuestro es un país muy raro.

Un señor serio, con envidia: Tenéis prados en los que verdea el heno; campos en los que amarillea el trigo; montañas pobladas de bosques; caseríos blancos, limpios. Os reís, cantáis sin miedo a las multas ni a la carcel.

Un señor alegre: ¿Vosotros, no?

Un señor serio: Nosotros, no. Nadie canta ya en mi tierra. A nadie le quedan ánimos para cantar.

Un señor alegre: Sois un pueblo dormido.

Un señor serio: En efecto. Y nos da mucho miedo pensar en cuando despertaremos.

Un señor alegre: ¿Por qué?

Un señor serio: Porque el despertar va a ser terrible.

Un joven obrero del país de Palmiro a un joven obrero del otro lado: ¿Y dices que hay trabajo?

Un joven obrero del otro lado: No falta, no.

Un joven obrero del país de Palmiro: ¿Ganáis buenos jornales? ¿Jornales con que poder saciar el hambre?

Un joven obrero del otro lado: ¡Naturalmente! No vivimos como millonarios, claro está, pero podemos comer bien, vestir decentemente, ir al café y al cine y comprarle flores a la novia.

— El obrero del país de Palmiro, con agilidad de gamo, salta al país vecino, tierra para él de

Los árboles, sin hojas, se han quedado en esqueletos de árboles. En cuanto a las personas, excepto cuatro o cinco, estamos en los puros huesos. Respecto a cantar...

Cap. 004 (113)

promisión. Se arma gran revuelo. Corren los aduaneros y policías del otro lado y logran trincarlo fácilmente.

Los policías y aduaneros palmiristas van de un lado para otro, dan grandes voces, profieren insultos y amenazas.

Un policía del otro lado: ¿Qué maneras son estas de penetrar en un país civilizado?

El joven obrero del país de Palmiro: Pues unas maneras un tanto acrobáticas pero completamente pacíficas.

Los policías y aduaneros palmiristas: ¡Que nos lo entreguen! ¡Nos pertenece!

Un policía del otro lado: ¿Tiene usted pasaporte?

El joven obrero del país de Palmiro: Con unas piernas como las mías, ¿para qué lo quiero?

Un policía del otro lado: Aquí sólo podemos admitirle si es usted refugiado político.

El joven obrero del país de Palmiro: Seré lo que queráis.

Otro policía: Si no hay alguien que responda por ti y no quieres volver a tu tierra tendrás que enrolarte en la Legión Extranjera.

Un obrero del otro lado: Respondo yo. Se vendrá conmigo. Le encontraré trabajo.

Un policía del otro lado: Pero si no le conoces.

Cap-004 (114)

Un obrero del otro lado: ¿Como que no le conozco? 114

Es un obrero, como yo; un pobre, como yo. Los pobres somos una gran familia, señor policía.

Los aduaneros y policías patuiristas, descompuestos y vociferantes: ¡Que nos lo devuelvan! ¡Es nuestro! ¡Que nos lo devuelvan o se lo diremos al general Patuiro! ¡Patuiro! ¡Patuiro! ¡Patuiro! ¡Si os negáis a devolvernoslo es que sois unos cochinos demócratas, un pueblo depravado y sin ley!

Un policía del otro lado, sin hacerles caso, al obrero: ¿A qué has venido?

Un obrero del país de Patuiro: ¡A trabajar, a comer, a reirme, a cantar, a echarme una novia!

XVIII

En el palacio que antaño habitaron los reyes y que hogaño habitan — caducidad del ~~[illegible]~~ rinforrango ~~[illegible]~~ — el general Palmiro, aprendiz de rey, y el esperpento de su mujer.

Consejo de ministros. O mejor: consejillo. ~~El general y sus colaboradores [illegible] su ropa [illegible] inquera, sus ropa de cuando repican gordo.~~

El general Palmiro, al ministro de gobernación: ¿Dice usted que lo que está ocurriendo en la frontera puede tener resultados peligrosos?

El ministro de gobernación: ~~[illegible]~~ Peligrosísimos, Excelencia. Las gentes acuden con gran entusiasmo y en número cada vez mayor a la frontera. Las playas ~~[illegible]~~ de moda, los más bellos y pintorescos lugares de veraneo están desiertas y la industria hotelera ha protestado enérgicamente.

El ministro de Hacienda: ¡Malo!

El ministro de agricultura: Pero, ¿qué encantos tendrá de un tiempo a esta parte la frontera? No me lo explico.

El ministro de gobernación: Pues la explicación

Cap. 004 (116)

es muy sencilla: los encantos de lo prohibido. Acuden a la frontera de la misma manera y con idéntico propósito con que el hambriento se detiene a contemplar, desde la calle, el interior de un restaurant. Van allí, a la línea fronteriza, a contemplar los bosques, los jardines, los campos, las flores, las hombres felices que ríen, trabajan y cantan. Van allí a contemplar lo que aquí no tienen: la Primavera.

El ministro de Justicia: Malo.

El ministro de la Guerra: Malo.

El ministro de Agricultura: Malo.

El ministro de Hacienda: Malo

El ministro de Gobernación: Muy malo.

El general Palmiro: Malísimo.

Me propuse acabar con la Primavera, esa indecencia, esa inmoralidad. Me propuse arrancarla de las vidas, de mis súbditos destruirla, echarla al cubo de la basura del olvido.

A mis súbditos les quedaba el consuelo del recuerdo, compañero peligroso. Recordaban los tiempos en que se reían, comían, tenían libertad, tenían

Primavera, y eso era intolerable. Sobre todo, la Primavera, que enloquece al hombre y puede inducirle a barbaridades irremediables. Si se dan cuenta de que únicamente para ellos dejó de existir, si se dan cuenta de que sigue existiendo para otros, estamos perdidos. Hay que evitarlo.

El ministro de Gobernación: Sí, Excelencia: hay que evitarlo, pues de lo contrario nos quedaremos solos. Las deserciones aumentan de día en día.

El general Palmiro: Declararemos zona de guerra la frontera y llevaremos allí tres o cuatro divisiones.

El ministro de la Guerra: Muy bien, Excelencia.

El ministro de Estado: Me parece peligroso.

El general Palmiro: ¿Peligroso?

El ministro de Estado: La nación vecina puede tomarlo a mal, considerarlo una provocación y darnos un disgusto.

El ministro de Agricultura: ¿Otra guerra? ¡Sería espantoso!

El ministro de Estado: Tan espantoso, que sólo se batirían los oficiales.

El ministro de la guerra, indignadísimo:

Cap. 004 (118)

¡Insulta usted a nuestro pueblo!

118

El ministro de ~~Estado~~ agricultura: Nuestro pueblo está de nosotros hasta la coronilla y nos aguanta, a regañadientes, porque se encuentra indefenso.

El ministro de justicia: ¿Pues, entonces, qué es lo que podemos hacer para acabar con el bochornoso y antipatriótico espectáculo de la frontera!

El general Palmiro: ¡Ya está! Nada: ya está.

— Sonriendo —

¡Si cuando digo que no me faltan ideas!

— Con una transición —

Levantaremos un muro altísimo a todo lo largo de nuestras fronteras. Encerraremos el reino en una anilla de piedra, custodiada por numerosas tropas. Aislaremos nuestra patria querida del mundo pestífero que la rodea. Y consagraremos nuestro aislamiento a Dios. Una muralla muy alta, altísima, que aleje de nuestra vista el espectáculo nefando, perturbador y atentario a las buenas costumbres, de la Primavera.

— Adoptando una pose

¡A de tan íntegro y arraigado patriotismo!

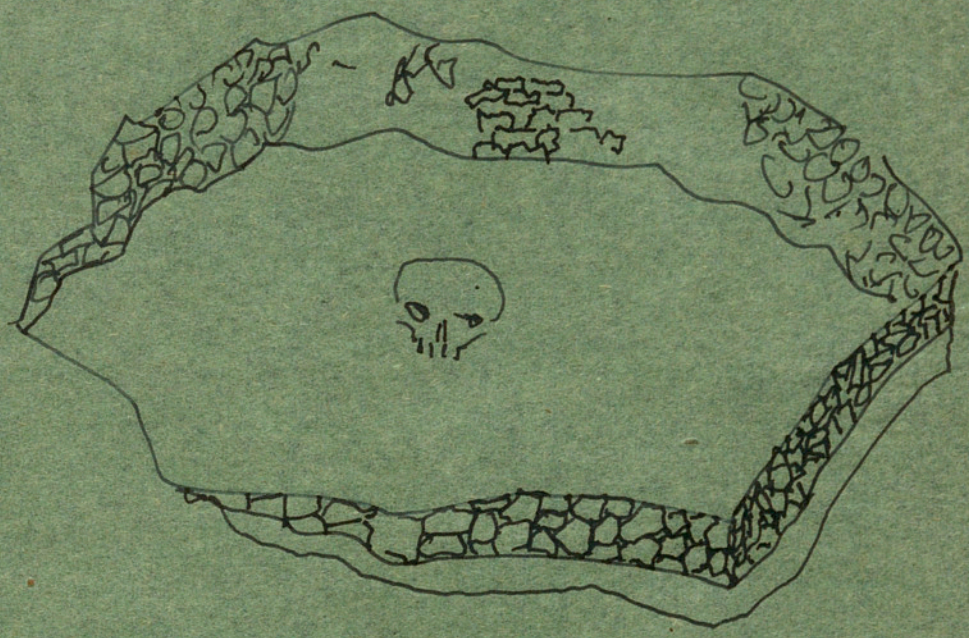
El ministro de ~~Instrucción pública~~ Estado no lo niego. Pero él y nosotros tenemos del patriotismo conceptos muy distintos. El patriotismo no se puede adquirir en los cazares. Es prenda hecha a medida.

Y la guerra pondría el fusil en sus manos y el tiro saldría por la culata. Hay que evitar la guerra. Hay que evitarla a todo trance si queremos conservar el régimen.

de iluminado de palo- 119
tilla -

¡Muralla altísima! ¡Muralla del reino de Dios ~~en la tierra~~ en la tierra!

El ministro de la fuerza: ¡Desaparezca su Excelencia de mi vista de inmediato!



Cap. 004(120)

XIX

El gran poeta extranjero ~~[illegible]~~ —grandote, ~~[illegible]~~, tardo, ~~[illegible]~~ viejo, calvo, ceñudo, ~~[illegible]~~ sordo, francamente antipático— es huesped de honor del general Palmiro. Le han llevado de iglesia en iglesia, de banquete en banquete, le han condecorado, le han festejado, le han bailado el agua. ~~[illegible]~~ (Bendita, ni que decir tiene)

Acompañado por el ministro de Instrucción Pública, cuatro badulaques con ínfulas más o menos poéticas y ~~[illegible]~~ la consabida escolta de policía motorizada, el carcamal viaja por el territorio del general Palmiro.

~~[illegible]~~ Una avería en el coche, de fabricación nacional, les obliga a detenerse en descampado. Lugar agreste y solitario, a la entrada de un bosque junto a la carretera.

Los personajes y personajillos saltan al suelo. Los polizontes motorizados, fantoches patibularios, montan la guardia.

El gran poeta extranjero, ¿¿ ~~[illegible]~~ Porque nos detenemos en lugar tan solitario, tan lejos de poblado?

El ministro de Instrucción Pública: Una avería en el coche?

El gran poeta extranjero: ¿Cómo dice usted? ¿En el coche?

El ministro de Instrucción Pública: Una pequeña avería, sí. No tiene importancia.

Un poetastro: ¿Qué le parece nuestro país, querido maestro?

El gran poeta extranjero: Medieval. Completamente medieval. Me encanta. Me maravilla. No hay en el resto de Europa un rincón tan auténticamente medieval como este país. Pero, la verdad, [illegible] diríase que no se dan ustedes cuenta de la bondad de la Divina Providencia al deparades la suerte de habitar en tan magnífico decorado.

El ministro de Instrucción Pública: ¿Pues D...?

El gran poeta extranjero: ¡La indumentaria, señor! ¡La indumentaria! Vestir de americana y usar corbata ante tanta iglesia románica y tanto cartillo gótico es una profanación, una verdadera e imperdonable profanación. En su país de ustedes lo más apropiado, lo más lógico sería vestir cota de malla, y en vez del sulfar paraguas, empuñar la heroica alabarda.

— El ministro, un secreta-

Cap-004(122)

rio, los poetastros, y los periodistas, no sabiendo qué decir, le ofrecen al extranjero el homenaje de una sonrisa babosa, de una sonrisa lacayuna.-

El ministro de Instrucción Pública: ¿Cuando regrese usted a su país piensa decir todas estas cosas acerca de nosotros?

El gran poeta extranjero: Sí, señor. Mi país, de un pasado grande y glorioso, se ha hundido en la más abyecta de las decadencias. Ha perdido la fe en el sacerdote y el guerrero. Los descendientes de los grandes capitanes que vertieron su sangre por su Dios y su rey, se han convertido en soldados de opereta que sólo sirven ya para lucirse en los desfiles de las mojigangas oficiales. Los nietos de los grandes marinos que pasearon nuestro invicto pabellón por todos los mares del mundo juegan a barquitos en el agua sucia de los bidets de las mujeres que engañan al marido. Y hemos substituido la heroica cota de malla por el short indecente. Mi país, señores, corrompido por la democracia, no tiene redención.

Gp-004(123)

Un poetastro: Pero a usted le admiran, maestro.

El gran poeta extranjero: Sí, señor. En mi país y en todas partes. Pero a regañadientes y sin la menor simpatía. Me admiran por snobismo, porque admirarme da cédula de inteligente, pero no comprenden nada de lo que escribo y mis grandes dar a los generales de mi país y a los mártires de su país de ustedes, les parecen a todo el mundo un galimatías. En realidad, no tengo admiradores sino clientela: la de los católicos ricos.

El ministro de Instrucción Pública, con unción: ¡Respetabilísima clientela!

Los poetastros, con los dientes largos: ¡Clientela envidiable!

El gran poeta extranjero, contemplando el paisaje: Desolación, austeridad, ascetismo, llanuras yermas, sin un pájaro, sin una flor. Es encantador, verdaderamente encantador.

El ministro de Instrucción Pública: ¿Y los habitantes? ¿Le parecen también encantadores al egregio poeta?

Cap. 004 (124)

El gran poeta extranjero: También, serios, graves, casi patéticos, sin una risa, sin una canción. ¡Encantador! ¡Encantador! Todo, en este bendito país del benemérito general Palmiro resulta encantador. Es el cielo quien les ha mandado a ustedes el general Palmiro.

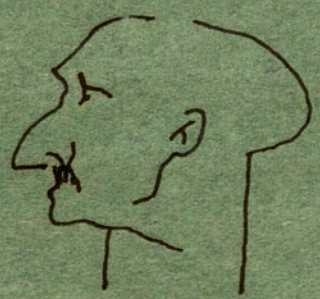
El ministro, los secretarios, los periodistas, los poetastros, y los poetastros, en voz baja y mirando recelosamente hacia el bosque: ¡Palmiro! ¡Palmiro! ¡Palmiro!

El gran poeta extranjero, que no les ha oído: ¿Cómo?

El ministro de Instrucción Pública: Vitoreábamos al jefe, pero lo hacíamos en voz baja para no asustar a los pájaros.

— a los de la escolta —

A ver si se repara pronto la avería. Este no es lugar seguro y podrían darnos una sorpresa desagradable.



XX

I

El dueño del hotel, a unos turistas extranjeros: Si, señor, los alrededores son muy bellos y pintorescos, pero les aconsejo que no dejen de encerrarse y no se alejen mucho del pueblo.

Un turista: ¿Por qué?

El dueño del hotel: Porque a los del monte, cada día más insolentes, les molestan las visitas.

Un turista: ¿Los del monte? ¿Quiénes son los del monte?

El dueño del hotel: Los bandidos.

Un turista, entusiasmado: ¡Pero si los bandidos son muy pintorescos!

El dueño del hotel: Lo era antes, en 1930. Los de ahora, muchos más peligrosos y menos pintorescos, luchan contra el régimen del general Batuzo y a los fondistas nos dejan a la última representar!

II

La ciudad. Madrugada lívida en la ciudad. La pareja de policía,

Cap. 004 (126)

armada hasta los dientes, pasea la calle solitaria. Bajo la niebla parpadean, opacas, las luces del alumbrado. En el alto cielo se apagan los luceros.

Envueltos en sus capotes, fusil en ristre, avanzan soñolientos los policías.

Un guardia: ¡Perra vida la nuestra!

Otro guardia: Perra y peligrosa.

Un guardia: ~~[illegible]~~ Ganamos un sueldo mísero.

Otro guardia: ~~[illegible]~~ Y no nos dejan robar cuando todo el mundo roba.

Un guardia: Los pobres nos odian.

Otro guardia: Los ricos nos desprecian.

— De la sombra salen dos sombras que se abalanzan sobre los guardias. Lucha breve, a navajazo limpio. La sombra se traga a las sombras.

En la acera, degollados, yacen los míseros defensores del orden. —

III

En el despacho del juez. Un estante con libros. Una mesa atiborrada de papeles. Unos diplomas. Un retrato del general Palmiro. Un

Crucifijo.

La jueza, una mujerota gruesa, y fondona entregándole una carta a su marido: Han traído esta carta.

— El juez, un tipejo esmirriado, de faz chupada y amarillenta de ictérico, coge la carta y la lee.

Lívido de espanto, balbucea:

El juez: Es un anónimo. Me amenazan de muerte

La jueza: ¿a santo de qué?

El juez: Me llaman asesino y me aseguran que pagaré dentro de poco todos mis crímenes.

La jueza: No eres un criminal; no eres un asesino. ¡Eres el juez!

El juez: según el autor de la carta, juez es sinónimo de asesino.

La jueza: Tonterías. Eres un funcionario como otro cualquiera. Te pagan por tus sentencias de muerte como le pagan al tenor por sus romanzas.

El juez, amedrentado, blandiendo el anónimo: y al que me sentencia a mí, ¿quién le paga?

La jueza: Nadie, porque se trata seguramente de un aficionado.

Cap. 004 (128)

En el palacio episcopal, Su Ilustrísima le dice al secretario:

Su Ilustrísima: La cosa se pone muy fea para el general Palmiro, antes renegaba de él la chusma, la pobretería, pero la Iglesia, todopoderosa, no hacía caso. La pobretería nunca formó parte de nuestra clientela. Hoy las cosas han cambiado y todas las clases sociales se alejan del general.

El secretario: Las ratas abandonan el barco.

Su Ilustrísima: Porque el barco hace aguas. La tormenta no se ha desencadenado aún, pero su inminencia la intuye todo el mundo. La Iglesia colaboró lealmente con el general, bendijo sus armas, absolvió todas las salvajadas de sus huestes. Hay que hacer olvidar la colaboración de la Iglesia. La Iglesia, con fina inteligencia, maniobró siempre con sagacidad, supo siempre ponerse al sol que más calienta, vencer todos los escollos. Será muy doloroso para nosotros, pero nos veremos obligados a a-

Caj-001 (129)

bandonar al general, si no queremos hundirnos con él.

El secretario: En efecto: la deserción llenaría de tristeza nuestras almas.

Su Ilustrísima, severamente: La Iglesia no deserta nunca. La Iglesia sólo tiene una política: la de Dios.

El secretario: Su Ilustrísima, como siempre, tiene razón: hay que salvar la patria... Digo: hay que salvar a la Iglesia.

V

Los generales se han reunido en consulta.

Un general: Señores: ha sonado la hora de las graves decisiones.

Otro general: ¿Pues qué ocurre?

Un general: Lo que ocurre ninguno de nosotros lo ignora. Es más, lo sabe todo el mundo, incluso la gente de la calle. De manera que lo mejor será, por esta vez, no hacernos el sueco. ¡Señores: nos han tomado el pelo!

Los demás generales, muy alborotados: ¡Oh!... ¡Indignante!... ¡Incalificable!... ¡Tomarnos el pelo! ¡a nosotros! ¡Los salvadores de la patria!

Uno de los generales: ¿Se puede saber quién es el

Cap-004(180)

que se atrevió a tamaño desafuero? 130

Un general, con desprecio: ¿De estas alturas, lo ignora usted todavía? ¡Que calamidad!

— Volviéndose con saña al retrato del general Palmiro —

¡Ese! ¡Ese es quien, haciéndose el amo, nos ha tomado el pelo! ¿Quien tiene la culpa de que esa acémila se haya hecho el amo? ¡Nosotros! ¿Por que? Por nuestra tontería. Por nuestra cobardía.

— Gestos descompuestos. Voces de protesta —

Lo dicho: por nuestra cobardía. ¿Es que nos sublevamos por Palmiro? ¡No! ~~[illegible]~~ Nos sublevamos por el rey nuestro señor. ¿Quien se aprovechó de la situación?

Uno de los generales: Como aprovecharse nos aprovechamos todos.

Un general: Se aprovechó Palmiro, que ha incrustado sus posaderas en el trono, y el rey nuestro señor sigue en el destierro. ~~[illegible]~~ Señores: no tenemos vergüenza, no tenemos dignidad.

— ~~[illegible]~~ Callan, abrumados, los invictos generales —

Somos unos idiotas, unos perseles. Gracias

Cop-004(131)

a nuestra idiotez, hemos hecho de Palmiro un personaje. Un personaje tan sándio que se ha tomado en serio su papel de representante de la Divina Providencia en la tierra y nos ha hecho odiosos al resto del mundo civilizado. Nosotros, con nuestro heroísmo y nuestra abnegación, le sacamos las castañas del fuego. Cualquiera de nosotros tiene méritos más que suficientes para ocupar su lugar. Pero, más avisados que Palmiro, y, sobre todo, menos vanidosos, no lo haremos. La vida de un dictador acaba siempre en drama. Y en nosotros sólo se comprende, a Dios gracias, el sainete.

Otro de los generales: ¿Pues entonces?

Un general: Siguiendo a su lado, sosteniéndole con nuestro prestigio, caminamos vertiginosamente a la hecatombe y hundimos la patria en el caos. Lo más práctico, lo más patriótico es abandonarle, cambiar de camisa, pasarnos al enemigo. Únicamente así conseguiremos tal vez que se olviden las bar-

rabasadas y atrocidades que cometimos por complacerle a Palmiro.

Otro de los generales: Yo diría, compadre, que por su boca habla el miedo.

Un general: Y no se equivocaría usted. Tengo miedo. Miedo, sí, señor: como usted, como todo el mundo.

Otro de los generales: ¡Pero si somos los más fuertes! Tenemos las armas, el dinero.

Un ~~señor~~ general: Sí, señor: somos los más fuertes. Pero en la vida de los pueblos llega siempre un momento ~~[illegible]~~ en ~~[illegible]~~ que los fuertes son vencidos por los débiles. La ira de los débiles, cuando estalla, es espantosa y lo arrasa todo.

VI

Un salón en el Círculo de las Clases Directoras.

El banquero: Queridos amigos, ~~la~~ la situación se pone cada vez más fea. Ese granuja —señalando el retrato del espadón— nos ha metido en un berenjenal del que, si no nos damos prisa, no sabremos como salir.

El orondo fabricante: También lo temo. El régimen del general Palmiro está

¡Todo el mundo está descontento. Todo el mundo está arrepentido. Lo que antes calificábase de rebelación y brisa hoy se considera disparate mayúsculo. Ya no se limitan a murmurar del régimen, a criticarle con cachufletas: ¡ya se atreven a protestar, a declararse en huelga. ¡La huelga, señores!

está dando las boqueadas. Cap. 001 (133) 139

podrido, y vamos a pagar cara nuestra adhesión al manifiesto. El pueblo se va a vengar ferozmente de los malos ratos que le hicimos pasar.

El banquero: Por de pronto tenemos que ingeniarnos para hacer pasar los capitales al extranjero. Y a renglón seguido pactar con el adversario, o intentarlo. !!!

El nuevo rico, muy alarmado: ¿Cree usted que nuestras vidas corren peligro?

El banquero: Corre peligro nuestro dinero, que es nuestra vida.

El nuevo rico, palideciendo: Cállese usted, por Dios. Sus palabras dan miedo.

El banquero: Bendigamos el miedo que nos abre los ojos a la realidad.

VII

Casiano el loco cruza lentamente la plaza. Desde el atrio de la iglesia el cura — rollizo, sanguíneo, con el rostro herpético y la mirada torpe — le llama.

El cura: ¡Eh, Casiano!

— Se detiene el loco. Le mira sin responder —

Ven. Liaremos un pitillo.

Casiano el loco: Bueno.

— El cura saca la petaca y el librillo de pa-

pel de fumar que, des-
pues de liar lenta-
mente el cigarrillo, alar-
ga al loco. Este se guarda
papel y petaca. El cura
protesta:

¡Eh, tu: la petaca!

Casiano el loco: ¿Quieres que te la devuelva? Bue-
no.

Vacía el tabaco en
un bolsillo y se la devuelve
al reverendo. Este, que ha-
bitualmente tiene un genio
como la pólvora, va a enfa-
darse, pero, dominandose -difi-
cilmente- opta por reirse.

El cura: Que no, vaya. Que no me enfado contigo.

Casiano el loco: Haces bien.

El cura: Eres
pobre.

Casiano el loco: El más pobre del pueblo.

El cura: No tienes dinero...

Casiano el loco: Nunca lo tuve.

El cura: Eres como los anarquistas, que quie-
ren abolir la moneda.

Casiano el loco: ¿Los anarquistas? ¿Quienes son
los anarquistas?

El cura: Unos hombres muy malos que no
sienten simpatía por los curas, los

(ap.004(135))

alcaldes ~~y~~ ni los guardias. Ha-
da, nada: quédate con el tabaco.

Casiano el loco: Eres generoso. ¿Puede mandar?

El cura: ¡Bah! al fin y al cabo, una cajetilla. No tiene importancia.

Casiano el loco: Tu generosidad parece cosa de milagro.

El cura: ¡Qué exageración!

Casiano el loco: Ya sé que no crees en los milagros.

El cura: ¡Hombre!

Casiano el loco: En los milagros sólo creemos nosotros los locos. Pero nosotros los curas, no.

— Un breve silencio. Fuman.

El cura: ¿Qué opinas de lo que está pasando?

Casiano el loco: No pasa nada.

El cura: ¿Cómo que no pasa nada? Estamos abocados a una nueva revolución.

— Casiano el loco le mira y se encoge de hombros —

Las personas honradas ~~[illegible]~~ lo vamos a pasar muy mal.

Casiano el loco: ¿Quiénes son las personas honradas?

El cura: El señor alcalde, el señor juez, los propietarios, los guardias rurales, yo...

Casiano el loco: ¡Ah, sí!

El cura: Y el señor obispo, los ministros, el general Palmiro.

Casiano el loco: No sé quién es el general Palmiro.

El cura: ¡Desgraciado! ¿Que no sabes quién es el general Palmiro? Es el salvador de la patria.

Casiano el loco: No sé quién es la patria.

— Otra pausa. —

El cura: ~~[illegible]~~ Los revolucionarios ~~[illegible]~~ han propuesto acabar con nosotros, las personas honradas.

Casiano el loco: ¿Quiénes son los revolucionarios?

El cura: Los malos, los enemigos del general Palmiro y de Dios, los del monte.

— De pronto recelosamente —

¿Tú les conoces a los del monte?

Casiano el loco, después de mirarle fijo al reverendo: No.

El cura: Son gente muy mala, lo peor de lo peor. Su número es mayor cada día y los hay, de norte a sur, de este a oeste, en todas las montañas. Abundan como las setas, se reproducen como los ~~[illegible]~~ tepóridos. ~~[illegible]~~ Reciben armas del extranjero. Y oro, mucho oro.

Casiano el loco: ¿Oro? ¿Porqué, pues, no te

vas con ellos?

El cura: No digas tonterías, loco.

Casiano el loco: No son tonterías, ~~[illegible]~~ cura.

El cura: asaltan las casas de los ricos, ocupan los poblados, presentan batalla a la tropa. El mejor día entran ~~[illegible]~~ en el pueblo y me asesinan ante el altar.

Casiano el loco: ¿Tienes miedo?

El cura: Como todas las personas honradas, ¿y tú?

Casiano el loco: Yo no soy una persona honrada: soy un loco, y los locos no tenemos nunca miedo.

Cap. XXI (188) 198

XXI

El palacio que fué real un tiempo y que hoy ocupan los que juegan a reyes: Palmiro y su mujer.

Los intrusos acaban de comer. La generala, un esperpento de nariz ganchuda y pelo teñido de negro, se ha propuesto darle la tabarra al monigote de su marido.

La generala: Esto no puede seguir. Estoy harta de sufrir humillaciones.

El general Palmiro: ¿Humillaciones?

La generala: Y cuchufletas. ~~[illegible]~~ El pueblo no nos quiere.

El general Palmiro: Naturalmente. ¿Como va a querernos si le hemos acogotado y molido a palos? No hay que pedir gollerías. ~~[illegible]~~ Pero no importa. Puedo ~~[illegible]~~ pasarme perfectamente sin el cariño del pueblo, ese rebaño abyecto y estúpido que vitorea indistintamente a Jesús y a Barrabás.

La generala: Y que crucifica a Jesús, no lo olvides.

El general Palmiro: ¿Qué te propones? ¿Meterme miedo? No lo conseguirás.

La generala: Me propongo ponerte en guardia. Vives muy confiado.

El general Palmiro, con una ~~[illegible]~~ sonrisa seca y fría: ¿Yo, que nunca me fié de nadie?

La generala: ~~[illegible]~~ El edificio, que al terminar la guerra parecía tan sólido, se resquebraja y tambalea; amenaza ruina. ~~[illegible]~~ Me estremezco al pensar que, al hundirse, pueda cogernos debajo.

El general Palmiro: ~~[illegible]~~ ¡Bah! En los hombres como yo eso no ~~[illegible]~~ cuenta.

La generala: ¿Pues qué clase de hombre eres tú?

El general Palmiro: El que ya pertenece a la Historia.

La generala: Una historia que empezó muy bien y acabará muy mal. Hace apenas unos años te vitoreaban, te llevaban bajo palio, como a la sagrada Forma, teníamos tratamiento de reyes.

El general Palmiro: No creo que las cosas hayan cambiado.

La generala, con acrimonia: No lo crees porque te niegas a creerlo, porque tu vanidad ha creado a tu entorno un mundo de mentira, un mundo de mentirijillas ~~[illegible]~~ en el que, como en el teatro, todo es de quita y pon.

El general Palmiro: ¡Generala!

La generala, sin hacerle caso: aparentemente

las cosas no han cambiado, si-
guen siendo el amo, siguen condecorán-
dote - incluso a mí, de
cuando en cuando, me alcanza la pro-
pina de alguna que otra condecoración;
siguen rindiéndonos los honores que se
rinden a las testas coronadas.

El general Palmiro: Pues entonces, ¿de qué te que-
jas?

La generala: De que... Mira, Palmiro: las mu-
jeres somos más listas y perspicaces que
los hombres. No te fíes mucho.
Todo el mundo está de nosotros hasta
la coronilla: los ricos, los pobres, el e-
jército, la Iglesia...

El general Palmiro: No temas. A mi fortuna co-
mo a mi desgracia están estrechamente
unidos muchos intereses: los del ejército,
de la Iglesia, de la alta banca. Mi
caída acarrearía la de ellos. En cuan-
to al pueblo, al populacho, le apla-
caremos con fiestas.

La generala: No asistes a ellas, huyes de las
aglomeraciones - el fútbol, las carreras,
el teatro - propicias al atentado. Y cuan-
do no hay manera de quedarse en
casa y tienes que asistir te rodeas
de un número tan inusitado de
policías que la gente comenta, rego-
cijada: "El amo tiene miedo"

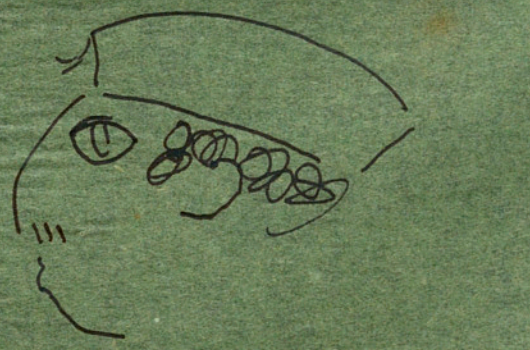
El general Palmiro, reñido:

Cap-004(141)

no me importan los comentarios 141
de la gentuza.

La generala: En vez de fiestas, el pueblo prefe-
riría pan.

El general Palmira: Las fiestas logran que se
olvide el hambre. Fiestas para matar el
hambre, para matar el tiempo,
que es lo único que nos queda por
matar.



6. Como, por falta de materias primas, no hay trabajo, les daremos fiestas.

Cap. 004 (1429)

XXIII

Noche. Y en la noche, el viento, orquestando su voz potente en alaridos, sollozos, suspiros, risotadas...

El viento: ¿Prohibiste las canciones? ¿Querías matarlas en su nido que es la boca humana? ¡Pobre botarate! ¡Pobre fantoche sanguinario y grotesco!

No ahogarás mi voz, no matarás mi canción. Mi voz no tiene cuerpo mortal. Mi canción es múltiple, nace en las cimas y en los llanos, en los bosques y en el mar y canta la vida del hombre: su pena y su alegría, su amor y su odio, su derrota y su triunfo.

Quisiste matar las canciones, todas, porque intuías que son las ventanas por donde se entra, volando, la esperanza. Quisiste matar a la Primavera, que lleva una copla en cada flor y es fuerza y consuelo en el corazón del hombre. Quisiste matar el espíritu y no sabías que el espíritu es inmortal

¿Y para que no hendieran el aire como avecillas? ¿Ignoras que esas avecillas, las canciones, se ríen de todos los cazadores? ¿Ignoras que son inmunes a todos los tiros?

O menos una: la que canta tus glorias de asesino y de ladrón con bendición apostólica.

Quisiste matarlas

[J] – del tono menor al mayor –

(Gc-204(143)

No creas, pobre botarate, que los hombres, bajo tu régimen estúpido y feroz, hayan olvidado sus canciones. No las cantan a voz en grito, como las cantaban antaño, como las volverán a cantar por miedo al vergajo de tus polizontes: Las canciones del hombre se han acogido, esperando mejores tiempos, a su nido. Pero, tenlo por seguro: echarán a volar cuando despierte la Primavera.

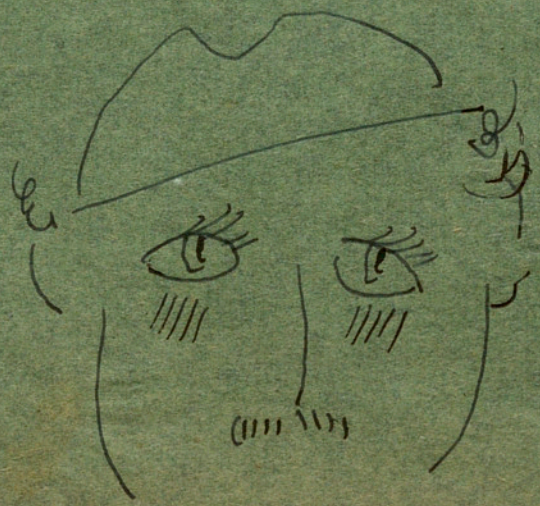
Mientras, soy yo, el viento, quien vuela cantando en tono mayor por campos y ciudades, por valles y montañas, en los ríos y en el mar. Canto para que no se duerman el odio y la venganza en el alma de los hombres, de los hijos que dejaste sin madre, de las madres que dejaste sin hijo. Canto para que no se les muera la esperanza en el corazón. Canto para que afilen la cuchilla al ritmo de mi canción. Canto tu miserere, general Palmiro, excremento católico apostólico romano, amasado con fiemo y con pus. Mi voz está compuesta

Y las susurran en voz muy baja, las murmuran ~~[illegible]~~ como las madres las murmuran meciendo la cuna en que duerme el hijo. ¡Que no las vigan las grandes orejas, las descomunales orejas de la policía!

Cap-001(144)

de miles, de millones de voces. Todas las que pretendiste acallar reviven, más potentes, en la mía, y ya no podrás acallarlas jamás. No habrá nadie, nadie, que no maldiga tu nombre: ni tu madre, que en ti parió a un engendro. Eres el más abyecto, repulsivo de los hijos. Tu contacto, tu sola vista lo emponzoña todo. La inmensa vanidad que te devora puede darse por satisfecha: ya perteneces a la Historia. Pero la Historia dirá de ti: fué uno de los más malos y el más inútil de los seres que han poblado la tierra. En ti, general Patuiro, todo es histrionismo. Huele mal, general Patuiro: huele a podredumbre, a carroña en descomposición.

¡Miserere!... ¡Miserere!



XXIIII

Invierno. Bajo la ancha campana del hogar, (sobre el fuego,) se acurrucan la abuela y las comadres, negras hembras de aquelarre que la llama ilumina de rojo. Casiano el loco y el nieto asan unas castañas en la ceniza ardiente.

Es la noche de difuntos. A intervalos regulares, doblan las campanas de la iglesia.

Casiano el loco, sacando una castaña de entre las cenizas y ofreciéndosela muy ceremonioso a la abuela: Toma.

La abuela: Gracias, Casiano.

Casiano el loco: Cómela antes de que se enfríe.

El nieto: Dame una también a mí, loco.

Casiano el loco: Primero, las mujeres. Después, si quedan, comeremos nosotros.

El nieto: Es ahora cuando tengo hambre.

Casiano el loco: Ya me lo figuro. Pero de hombres, a aguantarse el hambre para que puedan comer las mujeres.

El nieto, enfurruñado: Yo no soy un hombre.

Casiano el loco: ¿Como que no?

El nieto: Soy un niño.

Casiano el loco: Te equivocas. Ya no quedan niños. Murieron todos con la primavera. Ya no pasan los años: se quedan, amontonándo-

se y pudriéndose, y pudriendo las raíces de la vida. ~~[illegible]~~ ¿Comprendes?

El nieto: No.

Casiano el loco: La infancia, como la Primavera, pasó a mejor vida. Ya no hay niñez. El niño se ha perdido en el bosque intrincado de las malas pasiones del hombre, que es el bosque petrificado por el desengaño. Por eso se ha quedado el mundo tan frío y silencioso: porque es un mundo sin niños.

— Concluye:

Todos, hombres, a un lado, los locos, al otro, los sensatos, de los que Dios nos libre, aunque lo mejor es que nos libremos nosotros por si Dios llegaba tarde. ¡No te fíes de los sensatos, rapaz!

— Coge otra castaña y la ofrece a Una comadre

Cómela, que está calentita.

Una comadre: Gracias. Si no es por ti, que las cogiste en el bosque para nosotras, no comíamos castañas esta noche.

Otra comadre: Los ricos del pueblo las comen con pestiños y beben copitas de moscatel para que pasen mejor.

Otra comadre: ¡Así se les tornen piedras en la panza!

Otra comadre: Piedras es poco: veneno.

— Un silencio. Crepita un leño en el hogar. Estalla una castaña.

Otra comadre: Primero, la visita al cementerio, para ~~[illegible]~~ que, "los que no les olvidan", limpien y adornen las tumbas de los queridos difuntos. Después, por la noche, a llenar la andorga

La abuela: Ya no les llevan flores, como (hacíamos) antaño.

Una comadre: Porque no las hay. Nuestro país es un país sin flores.

La abuela: Sí les llevan, pero son de trapo y se destiñen y pudren en el fango de las lluvias.

La abuela: Como los uniformes y las banderas de los generales.

Una comadre: Les llevan flores de trapo y les encienden luces que el viento apaga.

Otra comadre: Luces para darles envidia a los fuegos fátuos.

La abuela: Nosotras no tenemos necesidad de ir al cementerio. Nuestros muertos no están enterrados en tierra sagrada.

Lasiano el loco: ¿Tierra sagrada? ¿Qué es eso de tierra sagrada? "No digas

tonterías, mujer. ¶

La abuela: Nuestros muertos están enterrados al borde de los caminos. La tierra, al llenarles la boca, apagó su última maldición, o el último beso que nos mandaban a los que viviríamos para vengarlos. En invierno los árboles son, sobre la tumba, el brazo y el puño crispado de nuestros pobrecitos muertos.

Una comadre: y En Primavera, cuando había Primavera, la fronda verde les daba cobijo

Otra comadre: Los ruiseñores, cuando los había, les cantaban al llegar la noche con pies de terciopelo y cuando nacía, con dardos de oro, el día.

La abuela: Otros fueron arrojados al abismo y al atardecer las primeras estrellas ponían una gota de luz en sus ojos espantosamente abiertos

Una comadre: Otros murieron guerreando en las montañas y en los llanos.

Casiano el loco: No murieron. No murió ninguno. Los que cayeron al borde de los caminos, los que fueron

¡Tierra sagrada! ¡Que cosas raras decís
los que no tenéis la suerte de estar
solos!

Cap. 004 (149)

arrojados a las simas, los que ~~[illegible]~~ ~~[illegible]~~ le plantaron cara a la muerte en los campos de batalla, los que en las cárceles sucumbieron a la tortura, todos, todos están aquí. Aquí, con ~~[illegible]~~ vosotras, ~~[illegible]~~ velando. Y esperando con vosotras.

Una comadre: Y contigo.

Casiano el loco: No; conmigo, no. Nosotros los locos no tenemos muertos que nos acompañen en las horas de soledad. La muerte no existe para los locos.

— Se levanta, se sube el cuello del derrotado gaban y sale dando las "Buenas noches".

Una comadre: ¿Qué ~~[illegible]~~ le pasa?

Otra comadre: Pues eso: que está loco.

~~[illegible]~~ La abuela: ¡Pobre Casiano!

Otra comadre: ¿Se habrá enfadado con nosotras?

La abuela: ~~[illegible]~~ ¿Enfadarse con nosotras? Imposible.

Una comadre: ¿Imposible, por qué?

La abuela: ~~[illegible]~~ nos quiere. ¡Pobrin!

— Una pausa. Dan las horas en el reloj de torre-

Una comadre: ¿Entonces, porque vivamos siempre con nosotras, que tuvimos trato con la Desnarigada?

Cariano el loco: Porque en vez de (limitaros a comer, y de) arañar dinero y predicar el odio, como hacen el cura, el alcalde y el teniente de la Guardia Rural, no os reís nunca y padecéis hambre. Para dar con mi presencia la muerte al olvido. La locura es la vida.

C. — Al abrir la puerta, oyese la voz quejumbrosa del viento: "Miserere... Miserere..." —

J. Porque, según tengo visto, sólo se enfadan los sensatos. Y porque

Una comadre: Media noche.
Otra comadre: La hora de las brujas.
Otra comadre: Vámonos. Es ya muy tarde.
Otra: Sí, sí: vámonos.

— Se levantan, se arrebujan en sus mantones raídos, y se despiden —

Las comadres: Adiós... Buenas noches... Hasta mañana.
La abuela: Buenas noches.

— Salen. El viento, en el camino: Miserere... Miserere... La abuela ~~[illegible]~~ mira al exterior, atiende unos ~~[illegible]~~ instantes. Cierra. Y murmura tristemente:

También nosotros, tú y yo, nos iremos un día camino adelante pidiendo por el amor de Dios.

El nieto: No, abuela. Nosotros, no. Nosotros no podemos irnos.
La abuela: ¿Porque?
El nieto: ~~[illegible]~~ ~~[illegible]~~ ~~[illegible]~~ Porque debemos esperar ~~[illegible]~~ el retorno ~~[illegible]~~ de la Primavera.

¡Nos iremos un día, no volveremos más!

XXIV

Una ancha plazoleta en el monte. Invierno, postrimerías del invierno. Es por la mañana y se han reunido, para recibir e informar al ~~[illegible]~~ Enviado de la ciudad – un hombre más cerca de los cincuenta que de los cuarenta, con el pelo cano, la mirada inteligente, el gesto enérgico – los jefes de los grupos de insurgentes que luchan en los montes. El enviado de la ciudad, sentado en una piedra, lapiz en mano, anota en una pequeña hoja de papel cifras y fechas.

~~[illegible]~~ El enviado de la ciudad, al Capitan: ¿Y aquí sois muchos?

El capitan: Unos doscientos, jefe. Pero cuando es preciso puedo contar con el doble.

El enviado de la ciudad: ¿Dónde los reclutas?

El capitan: En los caseríos y aldeas. Diez horas me bastan para reunirlos. Terminada la acción, dejan aquí las armas y regresan tranquilamente a sus casas.

El enviado de la ciudad, a otro de los cabecillas: ¿Y tú, "Cariñoso"?

El "Cariñoso": Yo me ~~[illegible]~~ eché al monte con mi cuñado. Hoy somos trescientos y le tenemos a raya al enemigo. Me ~~[illegible]~~ temen

5. Han acudido todos a la concentración; los de los contornos y los que actúan en regiones lejanas.

Cap-004(152)

más que al cólera morbo. Mi soto nombre les da escalofríos. En mis dominios —digo dominios porque lo son realmente— ya no cuentan los alcaldes, los jueces, las curas y las tropas de Palmiro. Ocupamos los pueblos cuando nos da la gana y el tiempo que nos da la gana, limpiándolos de la morralla palmirista.

El enviado de la ciudad, a otro: ¿Y tú, Jeromín del Soto?

Jeromín del Soto: El pasado jueves, al filo de mediodía, crucé a caballo y tremolando la bandera de libertad el pueblo de Puentes del Madrón.

El enviado de la ciudad: Es una baladronada, inútil como todas las baladronadas. Podía cortarte cara.

Jeromín del Soto, con altiva risa: ¿A mí? No me pueden.

— Transición —

Y no es una baladronada. Ni mucho menos. Mi gesto sirvió para dar ánimos y encorajinar a las gentes, para darles fe de vida. Por la noche atacábamos el cuartel de los rurales y ejecutábamos en la plaza al monterilla del pueblo.

El enviado de la ciudad, a otro: ¿Y tú? ¿Te llaman Todoparami, no es cierto?

de la vida de "los del monte". Si no nos ven actuar, armar ~~[illegible]~~ gresca de cuando en cuando, van a creernos personajes de leyenda. Y eso sería peligroso.

Todoparami: Es cierto.

— Sonríe Conachonamente. ¿Sabes por qué? Pues porque mi partida es la más pobre de todas.

El enviado de la ciudad: ¿En hombres?

Todoparami: Ho, no; en hombres, no: en armamento. Ho tenemos nada o muy poco.

El enviado de la ciudad, al capitán: Hay que armarles lo más pronto posible.

El capitán: Se les armará, jefe. Como no sabrían manejar las ametralladoras y el tiempo urge se les darán rifles de los que me han prometido para mañana.

Todoparami: Tenemos algunos máusers y algunas pistolas. Botín cogido a los rurales. Y tenemos hoces, guadañas, cuchillos.

El enviado de la ciudad: Serán mejor los rifles.

Todoparami: Y tenemos (que no se venden ni se toman al enemigo) otras armas: el coraje, el odio, el afán de cobrarnos caro todo cuanto nos han hecho sufrir.

El enviado de la ciudad: Vamos a ver: otro.

Pepón el de la sierra, avanzando: Yo soy Pepón el de la tierra. Vengo del sur y he podido llegar sin tropiezo. Ho te digo más.

El enviado de la ciudad: Me parece poco.

Pepón el de la tierra: (¿Conque poco, eh?) Cuatro años atrás ningún insurgente podía alejar-

se dos kilómetros más allá de su escondrijo sin caer en manos de la policía. Hoy las cosas han cambiado, y los perseguidos se han convertido en perseguidores.

El enviado de la ciudad: ¿De cuantos hombres dispones?

Pepón el de la tierra: ¡De todos! En cortijos, caseríos, pueblos y ciudades, ¡de todos! Y se que ocurre lo mismo en el este, en el oeste y aquí en el norte. Todos aguardamos la señal.

El enviado de la ciudad: La señal se dará el día 15. Por la noche, a las diez, se encenderán grandes hogueras en las cumbres de todas las montañas del territorio

— a los capitanes —

armaréis a vuestros hombres y a las once avanzaréis hacia los puntos de concentración que os están señalados para converger en la capital.

Todoparami: ¡Caza mayor!

El cariñoso: ¡El jabalí se llama Palmiro!

El enviado de la ciudad: opondrán resistencia, pero confío en que será débil. Para vencerla, los mineros

5] podemos compararnos a nuestras anchas

Cap. 004 (155)

abrirán camino con ~~[illegible]~~ bombas de mano.

Un guerrillero: Pero el enemigo tiene cañones

El enviado de la ciudad: Los tomaréis por asalto. Tú, si tienes miedo, puedes quedarte en casa haciendo calceta.

Un guerrillero: Sí tengo miedo. Pues claro que lo tengo. ~~[illegible]~~. Pero no pienso quedarme en casa. Iré con vosotros y, con miedo o sin él, se tomarán los cañones.

El enviado de la ciudad: Así hablan los hombres.

— Transición —

Como todo el mundo está harto del régimen del general Palmiro — régimen puesto bajo la advocación de la ~~[illegible]~~ Cursilería, el Latrocinio y la Crueldad — no hay peligro de ~~[illegible]~~ caer en una (de esas) guerras civiles ~~[illegible]~~ en las que todos son vencidos. Por lo tanto, todo ~~[illegible]~~ tiene que ser muy rápido. La operación iniciada el 15 ha de terminar el 18. Y ha de terminar con la victoria. Tenéis el deber de triunfar.

Ft incluso los vencedores.

156 I
(ap. 004 (156))

XXV

I

En el despacho de la fábrica.

El patrono, a su socio: Se rumorea que los obreros preparan una huelga.

El socio, ~~[illegible]~~ pasmado: ¿Una huelga?

El patrono: Revolucionaria.

El socio, riendo: ¿Bajo un régimen policiaco como el del general Palmiro? ¡Imposible!

El patrono: Si, como creo, los obreros se lanzan a la huelga, los patronos debemos secundarla desde bastidores, o sea: sin dar la cara.

El socio, escandalizado: ¡Pero, hombre!

El patrono: Los obreros están hartos del régimen del general Palmiro. ~~[illegible]~~ Los patronos lo estamos también.

II

En la ~~[illegible]~~ comisaría.

Un guardia, a otro: Si la huelga estalla, ¿tú qué harás?

Otro guardia: Si puedo, escabullirme. Si

155 L II
Cap-004(157)

no, disparar al aire.

III

Su casa del nuevo rico.

El nuevo rico: ~~[illegible]~~ Creo que lo mejor sería liquidar el negocio y marcharnos con viento fresco a veranear.

La esposa del nuevo rico: Heliodoro, tú has empinado el codo. ¿Veranear en marzo?

El nuevo rico: Bueno, primaverizar.

La esposa del nuevo rico: Bien sabes que ~~[illegible]~~ para nosotros no existe la Primavera. Por cierto que, desde que no existe, ¡me dan unas sofocaciones, unos ahogos!

El nuevo rico: Eso ~~[illegible]~~ no tiene importancia: es la menopausia. Lo que importa es largarnos cuanto antes.

La esposa del nuevo rico, alarmada: ¿Largarnos? ¿~~[illegible]~~ abandonar al general Palmiro, nuestro protector?

El nuevo rico, malhumorado: ~~[illegible]~~ ¡mal rayo le parta al general Palmiro!

La esposa del nuevo rico: ¿Pero por qué largarnos?

El nuevo rico: Porque esto huele a chamusquina.

Cap. 004 (158)

IV

En el cuarto de Canderas.

Un capitan: Ya estamos hartos de hacer el primo, de hacer el canelo.

Otro capitan: Seguir al lado del general Palmiro es precipitar nuestra ruina.

Otro: A nosotros el general Palmiro nos importa un bledo. Si ~~[illegible]~~ sus adversarios nos pagan, nos ~~[illegible]~~ pasaremos al campo de ~~[illegible]~~ sus ~~[illegible]~~ adversarios. Lo importante es salvar la pelleja.

Un capitan: Y seguir cobrando.

V

En la sacristia.

El cura párroco: ~~[illegible]~~ Me da en la nariz que se avecinan días luctuosos para la Iglesia. Su Ilustrísima me ha pedido que traslade al palacio es tesoro de la Virgen. ¿Para qué querrá su Ilustrísima, tan rico, el tesoro de la Virgen? Lo pondré a buen recaudo para que, en vez de caer en las manos sacrílegas de la chusma, no salga de las mías.

VI

El ministro de la guerra, a los otros ministros: Lo mejor es presentar nuestra dimisión a Palmiro. ~~[illegible]~~ ¿O vamos a resignarnos a que ese idiota nos ar-

zastre en su caída?

Cap. 001(159)

VII

Se han reunido los miembros del comité revolucionario, gente de pelo en pecho, dispuesta a todo, en un bar céntrico, a la vista de todo el mundo, — esta es, a fin de cuentas, la mejor manera de conspirar — sin tapujos ni aires misteriosos de melodrama. Son, aparentemente, unos buenos señores que toman su doble de cerveza como podría hacerlo el más pacífico de los ciudadanos.

Sin embargo, están bien guardados: mezclados con la gente que pasea arriba y abajo, sentados en un bar vecino, los amigos velan.

El señor gordo: El golpe se dará el día XX. (Pasa a la escena en el monte)

El señor flaco: ¿No fallará nada?

El señor gordo: Es de esperar que no. Tenemos armas y gente dispuesta a todo. Al gobernador, ese mastuerzo, se le prenderá en casa de su querida, la Rosalba. Del jefe superior de policía se encargarán los agentes comprometidos en la jefatura.

Cap. 004 (160)

Declarada la huelga general en la madrugada del 15, lo primero será el ataque a la Telefónica y a la Radio, ataque por sorpresa, que debe llevarse con rapidez extrema.

El señor viejo: ¿y el ejército?

El señor gordo: Ese nos dará qué hacer, pero tenemos de nuestra parte a muchos oficiales ambiciosos que quieren hacerse perdonar las pasadas tropelías. Contamos con cinco regimientos que se echarán a la calle con nosotros. Se atacará la Capitanía general. Será lo más duro, pero porque el ~~[illegible]~~ capitán general se resistirá, pero acabaremos con él.

El señor ~~[illegible]~~ joven: ¿Contamos con la aviación?

El señor gordo: No.

El señor joven: Malo.

El señor gordo: Pero contamos con los que, de acuerdo con el personal subalterno, inmovilizarán a la aviación. A la una de la madrugada el aeródromo será ocupado por nuestras fuerzas y los pilotos afectos al régimen hechos prisioneros. Al estallar el movimiento no podremos evitar que se

una a nosotros el populacho, la hez de los bajos fondos, acuciada por el instinto de robar y matar. A río revuelto... Pero una vez vencedores, se han tomado todas las medidas para eliminar implacablemente tan peligrosos colaboradores. Hay que hacerlo así, pues es siempre el populacho quien deshonra las revoluciones.

El señor flaco: ¿Y en las demás ciudades?

El señor gordo: En todo el territorio, la sublevación estallará a la misma hora. Una sublevación debe regularse como la maquinaria de un reloj.

El señor viejo: Pero puede fallar una ruedecilla, un resorte cualquiera.

El señor gordo: Siempre suelen fallar, en efecto, una ruedecilla, un resorte cualquiera, pero la maquinaria sigue funcionando y la avería se repara dándole más ímpetu al movimiento.

El señor joven: ¿No se abrirán las cárceles?

El señor gordo: No. Los presos comunes no nos interesan. A los políticos se les libertará cuando todo haya terminado.

El señor viejo: Los responsables, los peces gordos, ¿no escaparán?

El señor gordo, sonriendo: Esta vez, creo que no. Los puertos y las fronteras serán

ocupados por los nuestros desde los primeros momentos.

Cap. 004 (162)

El señor joven: Ya verán ustedes como Palmiro sí escapará.

El señor gordo: Tampoco. Ese menos que nadie. Ese tiene que pagar. Y pagará.

El señor joven: Menos mal.

El señor gordo: Ya no se recibirán nuevas consignas ni habrá, puedo asegurarlo, contraorden. El día 15, todo el mundo en su puesto.

A una suripanta, que pasa mirándoles provocativa —

Oye, preciosa: ¿quieres sentarte con nosotros?

La suripanta, sentándose: Pues, sí.

El señor gordo: Nos correremos una pequeña juerga. ¿Qué vas a tomar? ¿Cerveza?

La suripanta: ¿Y a eso le llamas tú una pequeña juerga? Que me sirvan un sandwich de filete.

El señor gordo, riendo: ¡Toma! ¡Eso sí será una juerga de veras!

— Gritando:

¡A ver! ¡Hoyo! Un filete para la señorita. Un filete con muchas patatas. Y con una botella de buen vino,

de vino francés. ¡Viva la juerga! 160

—Los conspiradores se ríen casi tan estupidamente como si se tratara de auténticos juerguistas.

La pobre suripanta les mira un tantico extrañada y les mira, con envidia, un agente de policía que pasa, sucio y desastrado.

Cap. 004 (163)

Cap. 004 (164)

XXVI

Un salón en el palacio real. Como en todas partes - los cines, las universidades, las corseterías, los burdeles - el inevitable retrato del general Palmiro. El que hay en el salón es de grandes proporciones, de los llamados de cuerpo entero.

El general Palmiro habla con su otro yo: el retrato.

El general contra Palmiro: Cada vez vengo con más frecuencia a verte, ¿sabes por qué? Porque cada vez me siento más solo. Mala compañera, para un jefe, la soledad. Los jefes necesitan darse en espectáculo; necesitan vivir en espectáculo; recibir los aplausos de la multitud. La soledad, según tengo entendido, es la amiga de los sabios. Pero los jefes no somos sabios. ¿Para qué queremos la sabiduría? ¿Para qué queremos la soledad? Y, sin embargo, cada día me siento más solo. Soledad que no sé explicarme, que no depende del menor o mayor número de personas que me acompañen. Soledad que nace en mí y se nutre de mi vida,

destruyéndola... ¿Qué?... Dice que mi mujer... Mi mujer dejó hace tiempo de ser la esposa y se ha convertido, hidrópica de vanidad, en la Señora, con mayúscula, una señora ~~xx~~ dengosa y cursi que se ha tomado en serio su papel de reina. Sí, no, tampoco mi mujer puede arrancarme a la soledad, esa soledad que me asedia por todas partes y en la que voy hundiéndome como en un lodazal. ¡Si la soledad fuera visible! ¡Si uno pudiera verla llegar y ahuyentarla a gritos! El hombre de la calle, el hombre cualquiera tiene amigos, va a la oficina ~~xxxxxxxx~~ y al café, sube el tranvía, pasea por las calles. Yo, no. Yo, cada día estoy más solo. ~~xxx~~ Siento que todo lo humano, todo cuanto tiene un hálito (y una palpitación) de vida, una voz, un gesto, se aleja de mí, aislándome. Por eso acudo a ti: porque sólo me quedas tú, ~~xxx~~ mi retrato, mi otro yo. El yo de los hombres sin historia, de los que viven en el anónimo, ~~xx~~ o el de los hombres de gran personalidad, me han asegurado que es un yo interior que enriquece su vida. El mío, no. El de los jefes como yo, no. El de los jefes como yo, es exter-

Cap. 004 (165)

5] y ~~[illegible]~~ eso me encocora profundamente pues sólo yo tengo derecho a tomarme en serio los papeles de la comedia.

no, de puertas afuera. Lo el yo que, 169
por llegar demasiado tarde, se quedó en
la calle solitaria, prisionero de su soledad
y de su vacío. Porque me siento vacío, ¿sa-
ber? deshabitado. Toda mi vida está en
tí, que estás fuera de ella, que eres refle-
jo ~~[illegible]~~ frío de lo que no existe. Sí, ya se:
duermo, como, ando, me visto, me desnu-
do, asisto a un Te Deum o a un desfi-
le militar... pero rodeado de policías,
~~de banderas~~ para que nadie advierta el
vacío de mi existencia; para que nadie
advierta que tras la fachada, recamada
de oro y pedrería, no hay nada; para
que, mientras los papanatas se encan-
dilan con la fachada y los patriotas
buscan en ella el blanco a sus pistolas,
el niño ~~[illegible]~~ vea que el emperador an-
da desnudo. Quería una vida de héroe
y me ha sido concedida una vida de fan-
toche. ~~[illegible]~~ anhelaba la grandeza y
sólo conseguí ~~[illegible]~~ su caricatura. Una cari-
catura que no hace reír y a la que
mis súbditos arrojan las pellas de barro
de sus insultos y maldiciones. No pu-
diendo hacerme amar quise hacerme
odiar ¡y sólo he logrado que se rían
de mí! Tal vez me odien, seguro que
me odian, ¡pero como se ríen!

Cap. 004 (167)

— Mirándole al retrato —

¿Qué te pasa? ¿Es que tú, mi otro yo, ~~[illegible]~~ te ríes ~~[illegible]~~ también?

— En el retrato del espadón el rostro fofo y abotagado se ha convertido en una descarnada calavera: los ojos, dos agujeros sin luz; la boca, sin labios, riéndose silenciosamente.

Y las manos pulidamente enguantadas de blanco se transforman en zarpas ~~[illegible]~~ chorreantes de sangre.

El general Palmira, lívido, temblando de ira vesánica, grita con la voz ronca, ~~[illegible]~~ desgarrada.

¡Ah, canalla! ¡Canalla! ¡Canalla!

— Le pega un tiro al retrato, que se mancha de sangre —

Cap. 001 (165)

XXVIII

Prima hora de la mañana, de una mañana marcina y con sol. En la casuca pobre, sumida en las tinieblas, duermen la abuela y el nieto.

Reina un gran silencio, uno de esos silencios graves y profundos y henchidos de presagios que nacen cuando la vida de las humanas criaturas va a cambiar. De pronto el silencio se rompe, se desgarra con el crepitar lejano de unas ametralladoras. La vieja y el rapaz siguen durmiendo, pero el rapaz se revuelve en la cama. Más cerca, el canto de un pajarillo. Y es el canto y no los disparos lo que despierta al pequeño. Pero el trino del ave ~~diríase~~, en el que parece palpitar la vida que resucita diríase nacer de los ~~disp~~ disparos.

El niño abre los ojos y, maravillado, extasiado, atiende sonriendo. Sí, sí; no cabe duda: en los árboles del huerto canta un pajarillo. El ~~[illegible]~~ rapacín salta de la cama, casi desnudo — no tiene frío, el frío ya no existe — se dirige corriendo a la ventana y la abre de par en par. Un rayo de sol se cuela de rondón en la casuca pobre, ~~[illegible]~~ recamándola de oro. Ante la ventana aparece un árbol cuajado de flores blancas. Y ya no es un solo pájaro el que canta: son muchos, muchísimos. Diríase que son todos los de la tierra los que han acudido a darles con su canto los buenos días a los pobres vencidos.

Cap-004(169)

XXVII.

Prima hora de la mañana, de una mañana marsina y con sol. En la casuca pobre duermen la abuela y el nieto.

Reina un gran silencio, uno de esos silencios graves, henchidos de presagios, que nacen cuando en la vida de las humanas criaturas va a producirse un cambio profundo. De pronto el silencio se rompe, se desgarra, con el canto de un pajarillo. En el trino del ave palpita la vida, que resucita.

El nieto despierta y, maravillado, extasiado, atiende sonriendo. Sí, sí; no cabe duda: en los árboles del huerto canta un pajarillo. El niño salta de la cama, casi desnudo, - no tiene frío, el frío ya no existe - se dirige a la ventana y la abre de par en par. Un rayo de sol se cuela de rondón en la casuca pobre, vistiéndola de oro. Ante la ventana aparece, cuajado de flores, un almendro.

El niño, gritando con alegría delirante:

¡Abuela! ¡Abuela! ¡Ha llegado la Primavera! ¡El almendro está cuajado de flores! ¡Ha llegado la Prim

[1] Y ya no es un solo pájaro el que canta: son muchos, muchísimos

Cap. 004 (170) 156

El niño, gritando con alegría delirante:
¡abuela! ¡abuela, despierta! ¡Ha llegado la primavera! Los árboles están en flor. ¡Ha vuelto la primavera! Los prados reverdecen y cantan los pájaros. ¡Ha llegado la primavera, abuela!

— A la algarabía de las avecillas se unen, triunfales en el alba triunfal — alba de resurrección — los estampidos, cada vez más cercanos, de las armas de los guerrilleros

Mis Capdevila

Poitiers, 20 de mayo,
Las Escaldas, 3 de agosto de 1954

nera! Los prados reverdecen y cantan 166

— De lo lejos, triunfales en el
atla triunfal, crepitan las
descargas cerradas de los guerrilleros.

Cap. 004 (171)

Mis Capdevila

los pájaros. ¡Ha llegado
la Primavera, abuela!

Del atla de resurrexión.

Poitiers, 20 de mayo.
Les Escaldes, 9 de agosto de 1954